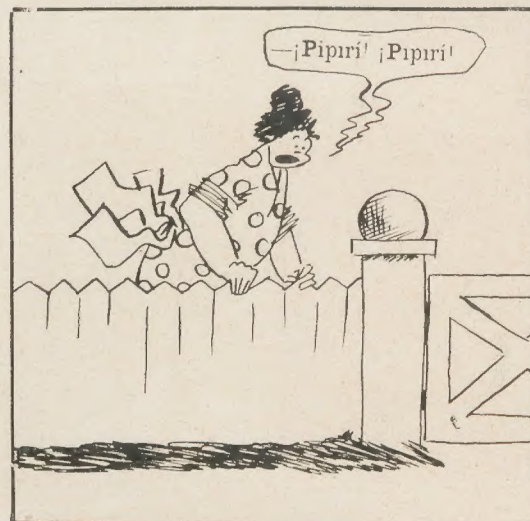
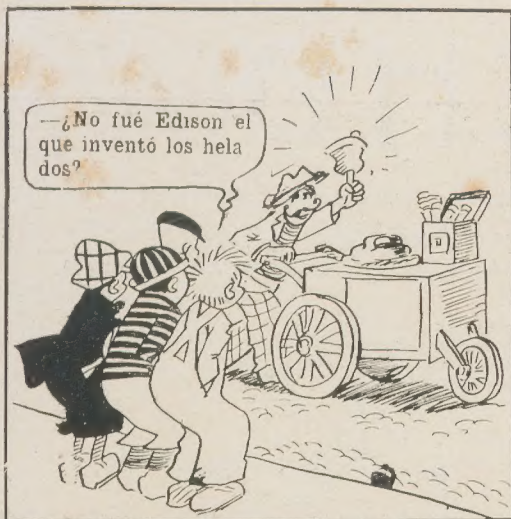


Inca Mocho

Revista Semanal





FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, julio 31 de 1928

N.º 849



¡ P E R U !

E L 28 de Julio de 1821, la efemérides patria del Perú, pertenece al calendario de las fechas eternas, porque significa ella la hora en que un pueblo grande y glorioso de la estirpe, nació a la vida de las naciones libres.

¡Memorable epopeya, la que evoca! En las pulsaciones de nuestra emoción fraterna auscultamos el claro sentimiento de adhesión de nuestro pueblo. Suena a hermandad el 28 de Julio de 1821, repitiéndose a través de la historia en todos los corazones sinceramente americanos. Simboliza un pacto inquebrantable de fe libertaria. Quiere decir que la lucha emprendida y realizada en común debe avivarse, debe intensificarse a medida que las naciones hispanas abren la cruenta brecha de su porvenir.

Aquí, entre nosotros, habrá de asentarse en el futuro la conquista civilizadora. Si como afirmó Splen-gher, ese raro y hondo investigador de la historia, toda civilización es un período, nosotros hemos iniciado ya el nuestro, jóvenes y pujantes pueblos americanos! El 28 de Julio de 1821, cuando la falange del Libertador — Gran Capitán, Gran ciudadano, Gran humanista, por la triple gracia de su genio militar, su austeridad civil y su espíritu de sacrificio — replegó sobre las murallas del Callao a las fuerzas del Virreynato, la espada patricia señaló el punto inicial de la marcha. Al Perú tocó en suerte ser depositario fiel del legado histórico. El 28 de Julio de 1821 representa la afirmación de los destinos de la América Hispana. En adelante, libres en toda libertad, sólo hemos luchado para la organización institucional, cada pueblo dentro de su propia esfera. Y hoy, el 28 de Julio de 1928, a un siglo apenas de la briosa jornada, como para volver a congregarnos en Lima bajo la advocación del General D. Juan José de San Martín, para repetirle nuestra fe y mostrarnos como dignos que hemos sido de su patriótico anhelo, contemplamos esta intensa solidaridad de naciones, que es la más alta y legítima esperanza de la humanidad toda.

Por eso la fecha del Perú será celebrada en el alborozo de nuestros corazones. Por eso la fecha del Perú exalta nuestro júbilo. La heroica nación del Pacífico, hermana en la historia pasada y en la historia futura, es en medio de ello — de nuestra alegría fraternal — la justificación amplia del entusiasmo colectivo.

Perú ha sabido ponerse al frente de la civilización hispanoamericana. Heredera directa de la gloria de España, porque el virreynato residió en su ciudad capital y porque en él se cimentó con profunda estructura el espíritu y la lengua de la raza, Perú es el remozamiento eterno de la madre patria. Ahí están sus instituciones, su cultura, su temperamento, para confirmarlo. La misma gracia típica de sus ciudades, la belleza de sus mujeres, la hidalguía y la inteligencia de sus hombres, es la que hizo de España la más alta expresión de genio que haya en la historia; y es lo que hace el Perú, lenta pero seguramente, una de las naciones más definidas progresistas y respetables del mundo. Basta echar una mirada a su actual desarrollo político, social y económico, alcanzado bajo el mandato de su Presidente reelecto D. Augusto B. Leguía. Perú fortalece en el mundo el concepto de América. Hace honor a la esperanza de los héroes que le dieron el espaldarazo libertador. Lo decimos en su fecha, con un tono de noble alegría, que es como resonancia de campanas echadas a vuelo entre un revuelo de palomas blancas. Y lo decimos ante el efusivo reconocimiento de España, grande en su majestad de madre patria, que nunca fué más digna que en estas horas en que la representa D. Miguel Primo de Rivera.

¡28 de Julio de 1821! La fecha inmortal del Perú, fecha que fué de sacrificio, de ideal, tornóse en fecha simbólica de realidad y confraternidad hispano americana. España nos tiende hoy su abrazo a través de la historia, y con ademán apostólico señala a las jóvenes repúblicas de su estirpe el camino de la gloria.

TORCAZA

Por Ernesto Mario Barreda

Juan Salvatierra llegó a la calle Piedras, frente al número 345. Sacó de su cartera un papel lleno de apuntes y lo recorrió con la vista. Después arrojó una mirada a los balcones.

—Aquí debe ser... — dijo entre dientes. — No hay chapa, sin embargo... Vamos a preguntar...

Empezó a subir los peldaños de la sucia escalera de mármol. En el rellano se dió con una vieja y le preguntó:

—¿Sabría decirme si Jenaro Gotelli vive aquí?

—Sí, señor... Su escritorio es el primero, pero hasta las dos no llega... Sí — repitió, — aquí vive, ocupa la sala...

—Muchas gracias, lo esperaré — dijo Salvatierra.

—Puede pasar, si quiere, a la antesala; está abierta...

Juan Salvatierra accedió, y la mujer, sin agregar otra palabra, desapareció hacia el interior de la casa por el largo callejón asoleado, de viejas baldosas rotas y paredes descascaradas.

Entró en la antesala, como la había calificado la vieja. Era un cuchitril ocupado con dos sillas de Viena, una salivera, y un mapa de "Buenos Aires y sus alrededores". Salvatierra se sentó en una silla, cruzó las piernas, y, sacando el reloj, vió que todavía faltaba un cuarto de hora para las dos. Bostezó y se dispuso a esperar entornando los ojos.

Jenaro Gotelli podía conseguirle lo que buscaba: unas cien hectáreas de tierra, a una hora de la capital, con población como para habitar cómodamente. Sí, Gotelli podría hacerlo — se lo habían asegurado, — pues se ocupaba de eso también, aunque su oficio principal era prestar dinero con usura.

Se oyeron unos pasos en la escalera y un hombre apareció en la puerta. Levantóse Salvatierra y se saludaron.

—¿El señor Gotelli?

—Sí, señor; tenga la bondad de pasar...

Penetraron en su oficina. Era un hombre de estatura mediana, bigote rojo, recortado en las puntas, ancho de espaldas, de cuerpo macizo tirando a gordo, de ojos pequeños en una cara de expresión fugitiva. Podría tener treinta años.

—He venido a verlo, porque ando con deseos de comprar tierra. Quiero hacer una granjita, algo así, chico, pero bien...

El rostro de Gotelli se iluminó. Hasta entonces había temido que Salvatierra fuera a pedirle dinero y lo observaba con aire reservado y escrutador.

—Y viene en un momento muy bueno para comprar. Eso sí: un poquito caro...

—Eso no sería un inconveniente y creo que nos arreglaríamos. La cuestión es dar con lo que busco. Yo necesito unas cien hectáreas a una hora de la capital; buena tierra, con arboleda y población para habitar yo...

—Sí, sí, una casita decente... ahá...; cien hectáreas, arboledas, buena tierra, naturalmente... sí... arboledas, cien... casa como de seis piezas, ¿serán muchas?

—No... lo que abunda no daña... El hombre siguió monologando entre dientes, pensando un breve rato, hasta que por fin dijo:

—¿Tiene mucha prisa?

—Regular... Si lo consiguiéramos pronto, sería mejor...

Le pidió un breve plazo para contestarle. Había lo que buscaba; sólo faltaba arreglar el precio y las condiciones de venta; hablaría con el propietario.

Salvatierra se levantó, sacando una tarjeta:

releyó la tarjeta.

—Parece hombre de plata... — dijo en voz alta. — A ver si "hago" este candidato, a quien no le importa pagar caro... ¡Je, je, je!...

Después escribió una carta, y llamando a la vieja le encargó que la echara al correo. Se levantó, comenzando a pasearse por la oficina.

SUPREMA LEX

Sí, Dios lo quiere a veces. La sangre, las matanzas vienen como una triste aterradora ley; señala lo infinito, momentos de venganzas; rompe la jaula el águila, quebranta el yugo el buey.

Terrible es la tormenta que trae las asechanzas, la rabia del rebaño, las iras de la grey; que pone las cabezas sangrientas en las lanzas, y arranca con las vidas la púrpura del rey.

Sí, Dios lo quiere a veces; y envía al cataclismo, hace brotar siniestro del fondo del abismo las lívidas borrascas, la negra tempestad.

Para que surja en medio de la árdua noche trágica como divina enseña, como corona mágica, tu nimbo constelado de luz ¡oh libertad!

Rubén DARIO.

—La compra se hará al contado, se entiende. Y aunque yo salga para afuera me puede escribir aquí nomás. Yo estaré cerca, en San Miguel, a una hora...

—Sí, conozco bien por allí...

Saludó y se fué.

Cuando Gotelli quedó solo, se restregó las manos y sonrió con expresión aviesa. Después leyó y

—Ya he esperado bastante — dijo por fin. — Ahora que paguen o si no yo vendo... A menos que ella no siga haciéndose la orgullosa...

Sus labios se apretaron, sus ojos pequeños tuvieron un relámpago de maldad y codicia. Pasó a la antesala y con el dedo empezó a recorrer el mapa:

—Aquí es — dijo, señalando un

EL ALMA

El alma es un mundo que llevamos dentro de nosotros, y al que muchos no se asoman nunca por atender al tumulto de la vida mortal, a los ruines apetitos de la carne, a las infernales seducciones del mundo exterior, a los vanos aplausos del público. Hay que asomarse a nuestra propia alma, por las ventanas de lo interior de la conciencia, para ver todos sus tesoros! Qué paz, que sosiego, que floridos campos, que eternos verdorés, que claridades celestes se gozan desde allí!... Cuán lejos se han quedado el ruido y la fiebre y la locura del mundo!...

En el jardín que se tiene ante la vista, todo habla de la inmortalidad del espíritu, todo murmura palabras de esperanza, todo convida al bien, todo dice que hay una mansión de justicia, que hay un descanso de los buenos, que hay un premio de las virtudes, que hay una patria de los desgraciados, que hay un Padre que nos aguarda, para explicarnos esta triste vida, y satisfacer todas nuestras ansias de bondad, de verdad y de hermosura.

ALARCON.

cuadrado. — Partido General Sarmiento y cerca de San Miguel... ¡qué casualidad!

Después regresó a su oficina, silbando entre dientes.

—¿El señor quiere cazar patos? Va a ser mejor de noche... Entonces, con la fresca, saben andar así... La luna sale temprano, así es que a eso de las nueve... la cañada no está lejos.

Era Rosendo el peón de la "Julietta", una quinta donde Salvatierra había ido a pasar esos días de otoño. Los dueños, amigos de la niñez, regresaron a la capital después del verano, y habían dejado a su disposición la casa puesta. Salvatierra prefería siempre los días otoñales, en que nuestro campo adquiere un encanto y una melancolía penetrantes.

—Sí, Rosendo, tiene razón: voy a salir esta noche... a pie nomás — agregó, — adivinando la pregunta del peón. Me llevo a Cachafaz...

Hablaban bajo la galería de la casa. Era al atardecer y ya algunas nieblas flotaban al ras de los campos. Bandadas de pájaros cruzaban el cielo rosado, devorando insectos en un revuelo constante. Venía de los potreros el balido de los rebaños, y los árboles sosegaban su follaje como en una quietud meditabunda.

Alto, con esa fuerza flexible que dan los deportes, Salvatierra tenía una expresión algo infantil en sus ojos azules. Sin embargo, cuando se disgustaba, su mirada brillaba de un modo extraño en su morena cara, bajo el cabello ondulado, abundante. Su afición al campo le hacía olvidar el título de doctor en leyes, prefiriendo corretear por lomas y cañadas a pudrirse en un bufete de abogado. Tenía dinero, era joven, podía darse su gusto en vida.

Después de comer sacó la escopeta de la funda y la revisó. Era de fabricación belga, un arma excelente. Ya estaba vestido con su traje de pana, calzado con botas de "expedicionario", calado el chambergó de "cow-boy", indumentaria que solía llevar a sus paseos cinegéticos. Terminó el cigarrillo, paseando y tirando manotazos a los mosquitos, que en molestas bandadas se habían levantado del pasto húmedo, en cuanto se puso el sol.

La luna apareció sobre las lomas lejanas, roja, enormes, corroída por un lado, dando un aspecto trágico a la noche. Salvatierra llamó al perro y silenciosamente se perdió entre los árboles que rodeaban la casa. De la tierra se desprendía como un perfume de frutas maduras; los árboles le dejaban la ropa saturada de vagas resinas cuando separaba las ramas al pasar; el aire estaba lleno de la pureza balsámica del campo, ese aire que los pulmones respiran con un profundo sentimiento de felicidad.

Por eso, cuando Salvatierra regresaba del campo a la capital, siempre decía que precisaba una semana para habituarse al "mal olor de Buenos Aires".

Al pasar por la casita de los peones, Rosendo le salió al encuentro.

—Pa dir a la cañada, con que tome así, cortando campo nomás, llega en poco rato...; tendrá que pasar dos o tres alambrados y el camino...

—Así que la cañada no pertenece a la "Julietta"...

—No, a Dios gracias... porque cuando llueve fuerte, suele tapar todo el bajo... parte está en el campo de los Romagosa, pero no l'í hace: todo el mundo agarra y corta camino... y andan cazando por ahí siempre... hasta l'hija de don Isaac suele salir a cazar...

—¿La hija de don Isaac?

—Sí, pues: l'hija de don Isaac Romagosa... una hija moza que tiene, a la que saben llamar Torcaza...

—Bueno — le interrumpió, — entonces tomo así nomás y enderezo...

—Sí, con confianza... allí hay muchos patos; hay también nutrias, pero a éstas con lazo se las caza mejor: hay que ser baquiano...

Salvatierra se desvió hacia la derecha para emprender la dirección indicada, mientras el paisano volvía a su pieza a reanudar el mate y coser unas riendas.

Anduvo en silencio, seguido del perro, que daba carreras locas, desapareciendo a ratos para presentarse de golpe, resoplando, moviendo la cola y con la mirada brillante. Después de pasar el segundo alambrado, notó que el terreno comenzaba a descender en suave pendiente, mientras los pastos se tornaban más duros y tan altos que le entorpecían la marcha, por lo que trató de hallar algún sendero abierto por las vacas para ir a beber. Lo encontró al poco rato y por él siguió: sabía con seguridad que le llevaría a la cañada.

La luna bañaba los campos solitarios, en un silencio de reposo infinito. Salvatierra divisó de pronto el reflejo del agua anunciada ya por el canto de ranas y sapos. Con precaución se fué acercando, para no espantar la caza, porque ya divisaba en el aire el vuelo de una bandada, con intenciones de bajar. Se llegó hasta el pie de un sauce frondoso que crecía a la orilla del agua, entre los juncos florecidos. Allí se estuvo, con el ojo atento y

—¡Cachafaz!..., ¡cuch!..., cuch!... el arma pronta. Llamó al perro:

La bandada seguía dando vueltas, desconfiando, sin resolverse a bajar. Salvatierra se impacientaba. Allí, a lo lejos, una lechuza comenzó a lanzar su grito de histérica, como si se burlase: bu, bu, bu... ¡cla clau!... ¡clac clau!... Y para colmo, se oyó el cercano traqueteo de un carro que venía por el camino.

“La cañada de las tunas” hacía allí un desvío brusco, y, saliendo de las tierras de Romagosa, atravesaba el camino yendo a bañar otros campos del vecindario. El carro pasaría muy cerca y la bandada de patos se dejaría caer quién sabe por donde. No era cuestión de pasarse la noche saltando alambrados.

Tuvo un momento de esperanza: el traqueteo cesó. Mas de pronto se oyeron voces humanas, broncas, coléricas, azuzando a las bestias, y el chasquido de un latigazo cortó el silencio de la noche. Habrían hecho un alto y ahora reanudaban la marcha. Al poco rato apareció el carro, avanzando penosamente al paso vacilante de los caballos agotados. Casi enfrente del lugar en que se ocultaba Salvatierra, uno de los animales se cayó. Fueron inútiles los golpes. Los dos hombres que venían guiando cesaron de azotarlo y parecieron celebrar consejo.

Uno de ellos, resueltamente, se dirigió al alambrado de Romagosa y, cortando con rapidez los seis hilos, dejó abierto un ancho portillo.

Allí cerca estaba una tropilla de caballos. El hombre, ayudado por el otro, comenzó a arrearlos hacia

el rinconero, con la visible intención de cambiar por un par de animales frescos la yunta de matungos que traía.

—¡Che!... vamos a cazar al picaso... está la yunta y seguro que el otro viene detrás... ¡atajalo! ¡atajalo!..., cha, que sos zonzó, hermano!

Volvieron a arrear los animales y consiguieron enlazar al que querían. El otro en seguida se acercó a olerlo, relinchó, se dejó pasar el maneador por el pescuezo. Tirando-

cubría, recogiendo el cabello. Sus ademanes eran vivos y el gesto del semblante debía ser enérgico.

—¡Suelten les digo..., suelten los caballos, que son míos..., o les va a pesar!

Y se echó la escopeta a la cara. Salvatierra, arrastrándose entre los juncos, empezó a aproximarse a la joven. Los hombres, que al principio habían hecho un movimiento de huida, se detuvieron y uno de ellos soltó la risa.

—¡Es una muchacha!... — dijo.

FRATERNIDAD

La gran metrópoli acaba de recibir en su seno la visita del mandatario electo, del Paraguay, doctor Guggiari. El pueblo argentino, en su íntegra representación, le tributó el homenaje que se merece porque virtualiza y expresa su joven personalidad, los tiempos nuevos de la Nación, heroica y hermana, unida a la República por el lazo fraterno de la sangre y del idioma, el rotundo idioma de Cervantes y — por qué no decirlo también — por el dolor y sacrificio de las jornadas homéricas de la Epopeya...

En el “¡presenten armas!” de los soldados de la patria con que se saludó su alta investidura se escuchaba por encima de las ceremonias del protocolo, el latido del corazón del País, hecho aplauso y hecho vitor, resonantes. Y cabe expresar que las palabras del preclaro estadista, han encontrado eco simpático en nuestra tierra. En efecto, América tiene grandes y soberbios destinos que cumplir. La paz, constructiva, debe ser su norma; el Derecho, su norte; la Democracia, su anhelo; y para satisfacer tantas supremas idealidades, para que en las tierras de Colón, hallen las razas angustiadas del viejo continente, su redención y su triunfo, es menester que los eslabones de la cadena racial se estrechen entre los retoños de la Máter, Gallarda y Conquistadora, para que irradie el sol bueno y fecundo de la Justicia; basamento sillar donde reposa la grandeza de las naciones.

Somos de los que piensan que cada ser colectivo tiene fijado — por leyes superiores e inmutables — su porvenir. ¿Cómo cabría suponer que el Paraguay, enclavada en la opulenta selva misionera, sedimento de la más alta civilización y cultura del coloniaje, no palparía con nosotros en el sentir de idéntico anhelo, reparador y eficiente? Su talentoso mandatario futuro lo supo con la virtud humilde de Cincinato, aceptando las fervidas consagraciones que se le rendían “no a mi mérito sino a mi patria”, proclamara, no al hombre, sino a los hijos esforzados de los valientes de Curupayty y Humaitá.

Hay una conciencia americana; hay algo que se sobrepone a todas las cancillerías; ese algo es — a un tiempo mismo, germen y calor fecundizante — el espíritu irreduciblemente solidario de las jóvenes repúblicas surgidas al vagido isócrono de la libertad, que se funden, compenetran y homologan en las pertinacias del Ensueño y avanzan, con firme y categórico paso, a las conquistas del Progreso, de la Civilización y de la Gloria!

los, los hombres se encaminaron hacia el carro, parado en la calle. De pronto se oyó una voz de mujer, que gritaba:

—¡Alto!... ¡Suelten esos caballos!... a ver, pronto!...

Una silueta femenina se recortó sobre el ribazo, entre los juncos, bañada por la luz de la luna. Sin temor ninguno, avanzó sobre los cuatreros, apuntando con una escopeta. Salvatierra la pudo ver ahora completamente, aunque la cara, vuelta hacia la luz se le ocultaba.

No era una paisana, ciertamente. Una bata estilo cazadora le ceñía el talle, y la falda, muy corta, dejaba casi hasta la rodilla, descubierta la pierna, protegida por altas polainas. Una gorra inglesa la

—No, t'equivocás, hermano, es una señorita... mire, niña, se los llevo emprestaos los caballos... a la güelta, se los traigo, y más gordos si quiere también...

Se echaron a reír, protegidos, detrás de los animales. La joven avanzó sobre ellos, trémula de coraje... Como siguiera apuntando, el mismo que hablara burlonamente la provocó:

—¿A qué no tira?... Se mi hace que no está cargada... Bueno; si no me mata le v'ia dar un beso...

Una nubecilla envolvió a la mujer y se oyeron uno detrás de otro, los estampidos secos del arma. Los caballos, heridos por alguna munición, se desbandaron. Allí a lo le-

jos se oyó el chasquido de los tiros entre las cortaderas.

—¡Mirá la mocosa, que había sido amarga!... ahurita me la vas a pagar...

—¡Ah!, perro maldito..., yo te voy a enseñar a meterte con una mujer!

—¡Perdón, patrón!..., perdón, no me mate..., si me v'ia dir...

Tartamudeaba. El otro, perplejo, no sabía que hacer; por fin dió vuelta y disparó. Salvatierra molía a trompadas y puntapiés al que tenía entre manos; y así lo fué corriendo, hasta que se metieron en un maizal vecino y desaparecieron.

Volvió al lado de la joven. Ahora la luna le daba de lleno, iluminando su bello semblante, agitado por la emoción. Salvatierra, al verla, se quedó cortado y no acertó nada más que a decir, señalando hacia el árbol:

—Yo estaba allí... cuando...

—Ya sé..., lo he visto venir: yo también soy aficionada a cazar de noche.

Salvatierra pensó: ¿Será la hija de Romagosa de que habló Rosendo?... Le dicen Torcaza, había agregado el paisano.

La volvió a mirar. Después, hizo su presentación:

—Soy Juan Salvatierra..., de Buenos Aires. Estoy veraneando en la quinta de Capurro...

—Conozco... Yo soy Inés Romagosa, y ésta es su casa... — agregó con una sonrisa, mientras envolvía en un ademán toda la extensión del campo, con la casa lejana. Después, en un vivo impulso, se interesó por él:

—¿No está herido?... en un principio temí que le hubiera pasado algo...

—No, señorita...

—Gracias a usted, los canallas no me han robado la yunta de malacaras...

—Me felicito, sobre todo, por haberle evitado un disgusto. Esos son capaces...

—Sí, me puse nerviosa y solté los dos tiros... Pero no quiero interrumpir sus goces de cazador... Voy a mandar un peón para que arregle el alambre y arree los animales... Gracias, mil gracias otra vez... ¡Adios!

Y le tendió su mano pequeña, suave, pero de enérgico tacto. Después se alejó caminando con paso ágil y, bajo la luna, se fué haciendo cada vez más pequeña, más pequeña, hasta que desapareció entre la bruma azul del alba...

Salvatierra, que la seguía con la mirada, suspiró profundamente, y ya iba a volverse, cuando un golpe feroz aplicado en la nuca, le hizo caer al suelo como herido por un rayo.

Abrió los ojos con una sensación de desfallecimiento. La cabeza le dolía, tenía todo el cuerpo molido. Arrojó una mirada alrededor y no reconoció la pieza en que estaba. Le habían acostado, y seguramente descansaba allí hacía algunas horas, porque el sol entraba por la ventana. Se llevó las manos a la nuca, donde sentía un dolor sordo: la tenía vendada. Entonces recordó vagamente...

Decidió levantarse, pues el gran silencio de la casa le impresionaba y no quería llamar. Al sentarse en la cama se sintió muy débil; por un esfuerzo de voluntad venció su flaqueza y comenzó a vestirse. Ha-

bría perdido alguna sangre, seguramente, y de allí nacía su debilidad; pero notaba que nada grave le había ocurrido.

Cuando se hubo calzado las botas, empezó a pasearse por la habitación. La puerta estaba entreabierta y vio que la pieza vecina era la sala. Mirando hacia el interior y en la pared que tenía al frente, alcanzó a distinguir un gran retrato de mujer, cuyos rasgos vagamente percibidos en la penumbra de la habitación, creyó reconocer. ¿Sería ella? allí a dos pasos y, de puntillas, atravesó la sala rápidamente: era ella, sí, Inés Ramagosa, la joven de la noche anterior... ¿Se hallaba, pues, en su casa?... ¿Qué habría sucedido desde el instante en que perdió el conocimiento?

No tuvo tiempo de pensarlo dos veces. En ese momento el picaporte rechinó y una voz de mujer, que reconocía entre mil, dijo, abriendo la puerta:

—Pase adelante...

Salvatierra se vio en aquella situación, a medio vestir, en completo desalino, y sobre todo invadiendo un terreno que no se le había franqueado. Cortado el camino, no podía ni intentar la huida... Sus rodillas se aflojaron; se dejó caer tras unos cortinados, desfalleciente, con las sienes humedecidas por un sudor frío.

Inés Romagosa entró en compañía de un hombre de estatura mediana, ancho de espaldas de cuerpo macizo tirando a gordo, ojos pequeños en una cara de expresión equívoca...

—¡Gotelli!... — pensó Salvatierra estupefacto.

La joven le señaló un asiento y ocupó otro a regular distancia. Como no le pedía el sombrero, lo depositó sobre una silla. Después tomó la palabra, con el grave acento de un hombre importante y como reanudando la conversación.

—Señorita Inés, usted y su papá comprenderán mi actitud... pero como no acudió ninguno a la citación, me extrañaba... Recibí sí, su tarjeta, y traigo todos los papeles para arreglar...

—Papá, como usted bien sabe— le contestó Inés vivamente, — está en la cama tullido... yo poco puedo salir... así es que no me explico su citación del otro día y su extrañeza de ahora.

Mohino pero conservando siempre aquel aire, que resultaba impertinente, insistió:

—Es que la distancia es muy larga... y es costumbre en los negocios citar al deudor...

—Sí, la distancia es muy larga, efectivamente, y si lo es para un hombre, imagínese si lo será para una mujer...; por lo demás, usted siempre ha venido a casa...

Gotelli adoptó un aire de resignada melancolía y dijo:

—Sí, señorita Inés, antes yo creía... tenía la esperanza de que no le sería indiferente... pero usted me desengañó...; sin embargo, no la he olvidado un solo instante... si hablé así...

Los cortinados donde se refugiaba Salvatierra se movieron en una leve ondulación.

—No siga, Gotelli... usted ya conoce mis sentimientos, que no han variado; no lo amo, no podría amarle...

Calló éste, frunciendo las cejas, mientras el corazón de Salvatierra se dilataba con un leve suspiro. A su pesar permanecía allí; temblaba ante la idea de sorprender se-

cretos que no le pertenecían, pero sentíase completamente sin fuerzas para variar de posición. Gotelli, volvía al asunto de su negocio:

—Por otra parte — estalló con sorda rabia, — cuando di el dinero en hipoteca, todos estos campos los pensaba comprar una gran empresa del telégrafo sin hilos...; bajos que sólo para eso sirven. No valen nada, pero ellos iban a hacer una estación aquí... y a pagar-

las cuotas atrasadas... si no yo venderé la propiedad, a menos que...

—¿A menos qué?

—Inés, usted, comprenda mi corazón: yo no soy un hombre de puro interés... hago mi negocio claro, donde puedo... pero cuando el corazón manda, manda... Si usted no se ha olvidado de lo que le dije hace tiempo, yo, por mi parte, siempre estoy dispuesto... y entonces no habría apuro, claro, la



—¡Hola! ¿Hablo con "El último grito de la Policía"?... Bueno. Como es mi revista favorita voy a darles una buena primicia... Se acaba de cometer un robo y asesinato aquí... Manden un repórter para la interview.

los bien... ¡Y qué!... no hubo caso y yo cargué con el clavo... pero ahora me ha salido un comprador y no quiero perder mi plata... un zonzo no cae todos los días!

Los cortinados se agitaron vivamente.

Inés le había escuchado, con una mezcla de indignación y desprecio. Por fin, dijo con sequedad:

—Bien; ¿qué es lo que usted desea?

—La devolución del dinero que le presté a su papá o el pago de

propiedad sería de la familia...

Terminó iniciando una sonrisa, que pretendió hacer graciosa.

Inés callaba, en actitud reflexiva. Salvatierra, que seguía ansiosamente este giro de la conversación, sintió que el pecho le latía hasta hacerle sufrir. Pero su desazón duró poco. La joven, después de permanecer callada un momento, contestó:

—Gracias, su petición es demasiado honrosa y no merezco tanto... Usted, como especulador, sabrá que

las operaciones no siempre se hacen completas...; así, pues, el negocio de su corazón, francamente, esta vez no le ha salido bien... ¡no acepto!

Gotelli, muy colorado, se levantó paseándose furioso por la sala. Al dar una vuelta llegó casi a rozar a Salvatierra, pero, en su ofuscación, ni lo notó. El acento irónico de la joven le había producido viva irritación y el rechazo de sus pretensiones le hería realmente, porque a su modo, estaba enamorado de veras. Hacía ya algún tiempo que conocía a don Isaac Romagosa y a su hija, interviniendo en los asuntos de aquél, a quien había facilitado dinero en una situación difícil, hipotecándole la propiedad.

Entonces frecuentaba la casa, y en una oportunidad le hizo a Inés su primera declaración, que ahora repetía con igual resultado.

Pero esta vez, el rechazo le había exacerbadado hasta ponerle ciego de ira. "Es una orgullosa, pensaba, y no sabe que yo puedo hacerle bajar la cabeza".

—Bien — dijo, parándose de repente con rabioso gesto; — pero usted ignora que, además de la deuda, yo tengo documentos que comprometen mucho a su padre...; son mi garantía en caso de venta por lo que le entregué de más, porque esta tierra no valía tanto... Lo comprometen — añadió, sacando unos papeles de la cartera, — y hasta podrían... sí... hasta podrían llevarlo a la cárcel...

—¡Canalla!... ¡Fuera de aquí!... Guarde esos papeles, no quiero verlos... ¿Qué nueva vileza se propone?

Inés Romagosa, muy pálida, extendió su mano hacia la puerta, arrojándole con un gesto. Gotelli agachó la cabeza como un toro que fuera a embestir, tomó su sombrero, dando una vuelta por la sala. Tenía la frente cubierta de sudor y por entre las cejas, espesas y erizadas, se filtraba el brillo sombrío de sus ojos. Salíó por último, después de arrojar a la joven una mirada rápida y rencorosa. Cuando se hubo marchado, quedó ella un instante como vacilando qué determinación tomar. Hizo luego ademán de ir hacia la pieza donde Salvatierra pasara la noche, pero se detuvo al llegar a la puerta; volvióse por fin y, atravesando ligera la sala, desapareció por el lado opuesto en el interior de la casa.

Salvatierra, en cuanto se vio solo, corrió a la habitación y allí concluyó de vestirse rápidamente. Después tomó su escopeta y, sin sombrero, con la desgredada cabeza ceñida por la venda, abrió la ventana y saltando fuera, se puso a correr hacia el camino. Franqueando el cerco de alambre, trató de orientarse en medio de la calle. Se metió por fin entre unos espesos sauces que crecían a un lado sobre unos terrenos anegadizos.

Don Isaac Romagosa reposaba en el lecho, el que no abandonaba ya dos años. Una parálisis progresiva le tenía cada vez más imposibilitado y su barba y cabello encanecían rápidamente. Había sido un hombre hermoso, alto, de contextura atlética, y aun en su decadencia física conservaba un aire de majestad, que la palidez del rostro acentuaba.

Enviudó a los pocos años de casado, y fruto de su matrimonio era

CAFE POPULAR

Una densa humareda de cigarros
Que se entra por los ojos y garganta,
Un rumor sostenido de colmena,
Y el chocar de billares y barajas.

Van los mozos, en alto sus prodigios
De copas, de botellas y de tazas,
Apurados, diciendo en voz sonora
Y apenas comprensible, unas palabras.

Los horteras se atusan el bigote
Borrachos del primor de su corbata,
Y piensan, mientras hablan de política,
En el tul que han vendido en la semana.

Al fondo del salón, casi esfumados,
Se adivinan un piano y una flauta,
Y saliendo debajo de unos rizos,
Con gran provocación, unas miradas.

Valentín MENDEZ CALZADA.

Inés, a quien amaba extrañablemente.

En ese momento entró ésta con el desayuno. Le dió un beso en la frente y aproximando una mesita empezó a prepararlo. Había heredado la estatura alta del padre, tenía el cabello negro y el rostro de un pálido mate. Los ojos grandes, verdes, que parecían negros a la sombra de las pestañas; la nariz aguileña, la expresión suave y aterciopelada que le había granjeado el sobrenombre de Torcaza, que le daban en la intimidad. Era enérgica, sin embargo, en el fondo, como ya lo hemos visto. La Torcaza se volvió un águila deliciosa...

Don Isaac le preguntó:

—Y ese señor... el herido, ¿nada se ha sabido de él?

—No — respondió con leve contrariedad, que trataba de disimular con una sonrisa distraída. — Se fué sin despedirse, nadie lo vió...

—Y saltando por la ventana, según me dijo Rita.

—¡Ya te vino con el cuento!... Sí, saltando por la ventana... al menos, la hallamos abierta...; cuando se le fué a despertar había desaparecido...

—¿Mandaste preguntar a lo de Capurro?

—No... Creo que su actitud no me obliga a interesarme tanto por él...

El señor Romagosa comprendió que su hija estaba disgustada y no le hizo más preguntas. Tenía servida una taza de té con leche y empezó a tomar el desayuno. Ella lo miraba con una expresión interrogante. Le parecía imposible que su padre, con aquella frente tan noble, con aquella mirada tan altiva y clara, hubiera cometido un delito que le pudiese llevar a la cárcel. No; el miserable de Gotelli había mentido... ¡era capaz de todo!

Mientras don Isaac mojaba lentamente un bizcocho en el líquido, con actitud meditabunda, ella empezó a hojear el diario que acababa de llegar de la estación. Ambos querían disipar las preocupaciones que les oprimían, pero la idea de la hipoteca no pagada, la próxima ejecución, el desalojo... les hacía un nudo en la garganta.

—Dime, papá, ¿qué clase de documentos son los que pueden llevar a un hombre a la cárcel?... — le preguntó de improviso dejando el diario sobre la falda.

—Muchas clases, Torcaca; pueden ser falsificaciones, falsas garantías, dadas con fines dolosos... ¿Por qué me lo preguntas? — dijo de pronto, sobresaltado. Y clavó en su hija una mirada penetrante.

Esta pensaba en las palabras de Gotelli. Tras un breve silencio, inconscientemente, empezó a hablar:

—Y tú... nunca... has tenido que... ver en una cosa... así...

Don Isaac la miró con ojos extraviados, mientras sus mejillas se coloreaban ligeramente. Entre el padre y la hija hubo una hesitación anhelante, ambos se interrogaban con la mirada. El rostro del enfermo se fué crispando en un gesto de dolor, de vergüenza, que Inés seguía con su sentimiento de congoja cada vez más agudo. Bajó él la cabeza por último, escondiendo sus miradas, substraendo el secreto de su conciencia, mientras de los ojos de su hija comenzaban a caer lágrimas silenciosas. Todo estaba explicado y aquel miserable tenía razón: su padre podía ser llevado a la cárcel en cualquier momento.

Una gran palidez terrosa cubría ahora el rostro de don Isaac, que,

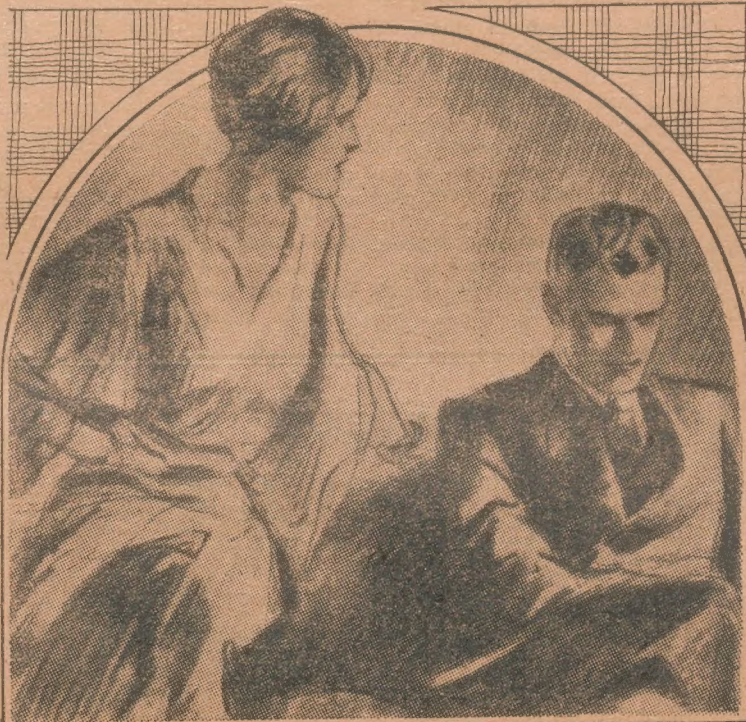
con mano trémula, dejó la taza sobre la mesita y reclinó la cabeza hacia atrás.

—¡Papá!... — gritó Inés, tomándole una mano.

—¡Papá!... ¿qué tienes?... Perdoname si te he disgustado... Fue una cosa de tonta, no sé cómo se me ocurrió semejante pregunta, a

peso, de aquel dolor, que de pronto sentíase sin fuerzas para sobre llevar él solo. Sus labios se movieron pesadamente:

—¡Fué en una hora negra de mi vida!... — dijo con voz sorda. — Arrastrado por la loca ambición, no me resignaba a ser un simple ciudadano, después de haber brillado



Vivimos precipitadamente. Dedicando escasos minutos para nuestras comidas; es esta la causa de los trastornos gastro-intestinales que padecen ininidad de personas.

1 ó 2 Pildoritas Reuter

antes de acostarse corrigen esos desarreglos y acostumbran el intestino a su función diaria.

(Son laxantes o purgantes, según la dosis)

EN TODAS LAS FARMACIAS

tí, que has sido siempre un hombre tan honrado...

—¡No! — dijo el enfermo con voz ahogada. — No lo he sido...

Se detuvo un momento, temblando en sus labios ya las palabras que harían la revelación. Parecía impaciente por referirlo todo, descargar en su hija la mitad de aquel

en el parlamento. Abandonado por mis amigos políticos, perdidas las elecciones, quise abrirme yo solo un camino... Nadie me respondía. Entonces decidí fundar un diario, para hacerme una atmósfera; compré una imprenta, todas las máquinas... y entregué en pago documentos falsos... Contaba con el

Dos clases de hombres

Mencio — filósofo chino — no reconoce más que dos clases de hombres, tan necesaria y tan respetada la una como la otra.

“Los unos — dice con profundidad — trabajan con sus brazos. Los que trabajan con la inteligencia, gobiernan a los hombres; los que trabajan con los brazos son gobernados por los hombres; los que gobiernan a los hombres son sustentados por los hombres. Es la ley universal del mundo”.

éxito: ¡me hallaba loco, ciego de esperanza!... Creía que una vez triunfante, ya se arreglaría aquello, con mi sola garantía, rescatando esos pagarés... Pero fueron un fracaso el diario y la candidatura... El vencimiento estaba próximo, todo se iba a descubrir y me ví a dos pasos de la cárcel... ¡Café enfermo... yo no puse fin a mis días, por no dejarte sola en el mundo...

Don Isaac se detuvo, oprimiendo sus sienes entre las manos, mientras Inés le echaba los brazos al cuello. Quedaron un rato así. Suspiró él penosamente, y siguió:

—Acudí a un hombre conocido para que me facilitara la suma... unos ochenta mil pesos... Se lo confesé todo y me puse en sus manos...

—Gotelli...

—¿Te lo ha referido?

—Todo, no... pero me amenazó con llevarte a la cárcel, porque no accedí a su petición de matrimonio... Me mostró los documentos esos; sí, los traía a propósito...

—¡Miserable! Me aseguró que los había destruido... Yo, entonces, le agradecí aquel acto que creí una delicadeza... Rescató los pagarés, tomó en hipoteca este campo, aunque su valor no alcanzaba a esa suma... Era mucha nobleza y lo creí un amigo. Yo estaba enfermo, sin voluntad; un niño me hubiera manejado.

—Sí; tuvo el cinismo de confesarme que, al hacer el negocio, creyó en el valor de estas tierras, aunque eran bajas y anegadizas, porque una gran empresa las pensaba comprar a buen precio; pero que luego desistió. Y que ahora valen menos que antes aún...

—Sí, y guardó esos papeles comprometedores, para emplearlos luego como un arma de extorsión... Y ahora, ¿qué pretende?

—Me dijo que un interesado las quería comprar y que no iba a perder a ese zonzó, porque lo creía seguro... pero que si yo lo aceptaba, el beneficio quedaría en la familia... Como lo rechasé me amenazó con esos documentos y entonces yo le mostré la puerta y le despedí...

Don Isaac reflexionó, con la frente nublada por ideas sombrías. Dijo por fin:

—Después de lo que sabemos, lo creo capaz de todo...; pero has hecho bien, hija mía.

Inés, al oír el tono de voz con que dijo estas palabras, tuvo un estremecimiento. Entrevió la vergüenza, la cárcel para su padre enfermo... ¡la muerte segura! ¿No habría modo de conjurar tanta desdicha?... Sí, habría un modo quizás... Y al pensarlo vagamente, Inés sintió que se abría un abismo ante sus ojos. Pero estaba resuelta a intentar algo para salvar a su padre.

—No, papá... no temas... yo lo arreglaré todo...

Don Isaac, la miró con ojos angustiados, temiendo comprender. Sus miradas la interrogaban de tal modo que ella le dijo:

—No sé lo qué haré... pero voy a buscarlo...

Después le arregló las cobijas, le tranquilizó con palabras eficaces, le dió un largo beso en la frente y salió de la habitación.

Don Isaac comprendió que su hija pensaba partir para Buenos Aires. Una pena muy grande le oprimió el corazón, le derribó la cabeza sobre la almohada, mientras dos gruesas lágrimas corrían por sus ojos.

—¡Señor, señor!... ¿no te basta el verme postrado en esta cama, para que me reserves un castigo mayor?

El cocherito que manejaba el "tonneau", volvióse en el pescante y le dijo a Inés con cara de circunspectancias:

—Sabe, niña Torcaza, que lo asaltaron al señor del otro día... a ese que vino de mañana, el gordo...

—Al señor... Gotelli?

—Sí, a ese mismo; hoy sale en "La Prensa", Vea niña, me dijo el muchacho de los turcos, que lo llevaba pa la estación, que al dar la vuelta al camino, junto al monte de acacias, les salió un hombre con un jussil y les dijo: ¡Párensen!... Y ahí nomás le sacó al gordo todo lo que llevaba... El gordo quería protestar, pero el otro le gritó: "Mirá: ¡en cuanto movás una mano o llamés, te dejo en el sitio!" Tenía la cara tapada con un trapo y no se le veía más que los ojos... El turquito dice que le entró un jabón!...

Inés palideció. Gotelli llevaba en los bolsillos los documentos comprometidos... ¡Dios santo, si caían en manos de otro!... Todo podría descubrirse... Su sacrificio ahora vendría a ser inútil.

No sabía que resolución tomar.

—Vea y cómo andan de salteadores, ¿no, niña?... La otra noche, el señor que para en lo de Capurro... ¡Ah! me dijo el piñon que estaba mal, con un ataque a la cabeza, y que no podía dejar la cama... ¿seguirá pior?

—¿El señor Salvatierra?... Mira, en cuanto me dejes en la estación, te vas a pasar por allí y preguntas cómo sigue... O mejor —añadió, reflexiva—, vamos ahora mismo, así ya me entero de paso...

El cochecillo giró hacia la izquierda, tomando por una callejuela interminable, que flanqueaban tupidas macluras. Ya el sol alto, en la mañana hermosa, un gorjeo de pájaros por entre el cerco, un aliento de verano sobre los campos recién trillados. Las parvas se alzaban como grandes masas de oro y los alfalfares enviaban en oleadas el perfume de sus flores, que las abejas preferían para hacer la miel.

Medio a su pesar iba Inés, resentida por aquella huida de la casa, descortés en grado sumo, con que Salvatierra había desaparecido. Recordaba los cuidados que le prodigara cuando le halló sin sentido, al volver en compañía del peonito. Le subieron sobre el "sulky" a duras penas, y así, despacio, yendo ellos a pie, volvieron a la casa. Entre el muchacho y un vecino le habían acostado, y allí le cuidaron hasta que empezó a volver en sí. Cuando ella salió de la alcoba, descansaba en un profundo sueño. Qué extraño después, marcharse de aquel modo... ¿Por qué lo haría?... Tuvo un impulso de despecho, dominado en seguida por esta reflexión: ¿habría padecido su cerebro por efecto del golpe?...

Un sentimiento de angustia le hizo acelerar la marcha del caballo. Sin explicarse la causa, notaba que su corazón se agitaba con acelerado impulso, conforme iban avanzando. Por un momento consideró que su acción podría ser mal interpretada y casi estuvo a punto de volverse. Pero no; los modales de Salvatierra, su intervención en la noche del atropello, todo en él denunciaba un noble cora-

zón, un espíritu lleno de delicadeza... Sí, sólo un singular estado de su organismo pudo lanzarle fuera de la casa, sin avisar, como un fugitivo... ¿Sería posible que estuviera tan grave? Cuando el "tonneau" se detuvo ante la portada de Capurro, y supo que Salvatierra se hallaba muy mal, sin que el médico le hubiera visto aún, Inés lanzó una exclamación de sobresalto.

—Recién esta mañana amaneció así —decía Rosendo, — porque ayer lo pasó en cama, sí, pero sin quejarse. Pero ahora está que no para, habla fuerte... dice cosas sin sentido. Ya maliciaba que algo le había pasado, desde que vino el perro solo... ya decía yo. ¿Por qué no se baja, niña y lo ve?... Tal vez usted sepa... y mientras viene el médico ya voy haciendo algo...

—Bueno... —dijo Inés. Y entraron en silencio.

ANECDOTA

Uno de los acompañantes que siguieron a Napoleón I en su destierro a Santa Elena le habló, en una ocasión, con cierto menosprecio, del general Berthier.

—Era hombre de pocos alcances — le decía.

—Sí; no tenía viveza y era muy débil de carácter, pero su mérito consistía en su talento técnico y por eso me convenía — contestó Napoleón.

—¡Aquella vanidad!... ¡Aquella soberbia! — replicó su interlocutor.

—Amigo mío... — replicó Bonaparte — Nada hay en el mundo más altivo que la debilidad apoyada en la fuerza. Observad, sino, las mujeres.

Ya en la alcoba tuvo el espectáculo de un hombre que deliraba, abrasado por la fiebre, agitándose en el lecho con desesperado desasosiego. Hablaba... Inés le oía lanzar palabras incoherentes y, de pronto, para su gran rubor, delante del peonito y Rosendo, el enfermo la llamó. Y no con su nombre de Inés o señorita Romagosa. Salvatierra le decía Torcaza, Torcaza... Lo decía suavemente. Y después, volvía a suspirar, a revolverse en el lecho...

—Vea, Rosendo, yo voy en seguida a traer el médico... Usted, mientras tanto, le va a poner constantemente paños de agua fría en la cabeza... No pare un minuto: en cuanto uno se calienta, le pone otro... ¿sabe?... Está muy mal...

Y mientras el peón corría a ejecutar sus órdenes, ella subió de nuevo al coche y con un fustazo enérgico lanzó el caballo por el camino a San Miguel.

Una semana estuvo el enfermo entre la vida y la muerte. El médico no respondió de él hasta entonces. Al haber abandonado el lecho Salvatierra, había agravado considerablemente su trastorno cerebral, producido por el talerazo a mansalva que le derribó. Luego su organismo parecía haberse complicado con un estado nervioso que inspiraba serios temores... Al octavo día la fiebre disminuyó, el enfermo recobró su lucidez y pudo hablar con el médico.

—Doctor — le dijo Inés cuando éste le comunicó la buena nueva, — creo que ya mis servicios están de más... Se trata de una persona a quien debíamos una atención... y eso ha explicado aquí mi presencia durante estos días...

—Y gracias a usted, a sus cuidados solícitos, hemos triunfado

con tanta eficacia y tan pronto...

En cuanto a que ya nos quiere abandonar, yo le rogaría un sacrificio aún de dos días o tres... hasta que desaparezca el peligro...

—Bien; me quedaré algunas horas durante el día y vendré a velar de noche si fuera necesario...

El médico se fué. Rosendo andaba por la cochera. Toda la casa reposaba en el silencio, y esta soledad en compañía del enfermo, por primera vez hizo latir con gran azoramiento el corazón de Inés. Muchas veces, en el delirio, oyó a Salvatierra que pronunciaba su nombre, acompañado de frases que no siempre lograba comprender, pero que a veces comprendía demasiado. Y de allí aquel temor nervioso que la agitaba, ante la puerta del enfermo, que debía franquear de un momento a otro y cuya mirada, ya lúcida, tendría que sostener...



—Me hallé presente a la entrevista... No fué mi intención sorprender ajenos asuntos, ciertamente, pero estaba en la sala cuando ustedes entraron. Me sentí desfallecer y caí, me oculté tras unos cortinados... Desde allí lo oí todo... Cuando ese hombre salió, en mi cerebro exaltado por la naciente fiebre, brotó aquella idea... Corrí por el monte, le saqué al encuentro cubriéndome la cara con la venda... Al principio traté de resistir, pero yo tenía seguramente en los ojos una mirada de loco, de extraviado... ¡le habría matado, en caso de resistirse! Pero, felizmente, obedeció... Extrajo la cartera y trató de ocultar los papeles; le exigí que me los entregara. Estaba rojo y se puso verde... Amartillé la escopeta... me los alargó con una mirada de hiena. Ahora ya no puede morder... Como usted ve — trató de bromear, — para algo me ha servido mi experiencia de la otra noche.

—Esos documentos — dijo Inés — son el testimonio de una delibidad que ya se ha purgado bien cara. Los retuvo ese hombre con mala fe, y sin ningún derecho. Pero el campo, si se vende, no alcanzará a cubrir la mitad de la deuda. Y nosotros debemos pagarla toda, aunque tengamos que pedir limosna...

Y refirió la amarga historia de los pagarés, con palabras que emocionaron a Salvatierra.

—Es usted muy generosa, señorita Inés. Pero, no tema: la tierra se comprará a un precio que cubra toda la deuda. Por otra parte, no es tan inservible como se pretende. El zonzon de que habló Gotelli piensa hacer ese mal negocio...

Y rió con tan intencionada expresión, que ella comprendió todo.

Inés permaneció en silencio durante un rato. Emociones encontradas combatían dentro de su corazón: una mezcla de vergüenza y gratitud... Aquel hombre conocía ya un doloroso secreto de su familia y les prestaba un servicio tan valioso esta vez, que no había palabras para encarecerlo. Inclínada sobre el puño, con la mirada baja, permanecía en silencio. Sus labios por fin se movieron:

—¿Por qué hace todo eso? — preguntó con dulzura.

—Porque... Pero, si le parece que está mal hecho, ¿para qué le voy a decir?

Ella le miró con los ojos bañados en lágrimas, pero su boca sonreía.

La mano de Salvatierra, larga y pálida, buscó la suya. Un tierno apretón fundió sus almas en un solo impulso y ya se lo habían dicho todo, cuando él murmuró con un ardiente fervor en los ojos:

—Porque te amo, Torcaza... mi Torcaza...

Todas las noches tenemos en un café nuestra cita.

Ella siempre llega después, mucho después, cuando ya supone que yo he perdido la esperanza de que aparezca.

Empezó acudiendo a las diez, y anoche las agujas del reloj marcaban la una y cinco cuando sus pálidas manos empujaron la cancela. Retrasando cada día un minuto, le gusta beber gotas de mi corazón, ordeñándolo con las manos del tiempo.

Entró en el café envuelta en su abrigo de pieles, destocada y subida de hombros; con la espina en curva de ola que va a sumergir a un hombre, de lomo de tigre que va a devorar o de arco que va a lanzar una flecha. ¡Entró como ella tiene costumbre!

Pasó sesgando nuestra mesa, de prisa, levantando los pies, con la vista perdida, sin ver a nadie, como una ciega que adviera salvando abrojos. ¡Ella nunca nos mira!

Se sentó en un rincón, y su cuerpo enlutado se destacaba del respaldo del diván, semejante a la concavidad negra de un túnel sin fin.

Lo mismo que un tren sin frenos acudí junto a ella. ¡Me atraía la resurrección de un diálogo, repetido cotidianamente con las mismas palabras, en el mismo orden, como salido de la misma placa de un gramófono que dos minutos antes creyera muerto!

Ese diálogo, que de unas noches a otras va brincando por las cumbres de nuestros labios, semejante a ecos, es el motor de mi espíritu: éste ha aprendido de mi cuerpo a no poder vivir sin oír al corazón hablar siempre con sus mismos latidos.

—¡Hola! — le dije dándole una palmada en un hombro.

—¡Hola, chiflado!

—¡Qué tarde vienes esta noche!

—Pues he venido por una casualidad: no pensaba venir.

—¿Por qué?

—Estoy muy cansada. No debía acostarme tan tarde.

—Por venir a verme a mí no te vas a acostar tarde. Aquí has llegado después de la una. ¿En dónde has estado hasta ahora?

—Mira — y dejó caer el abrigo hasta los codos para enseñarme el escote y los brazos desnudos. — Vengo de la ópera.

—¿Has estado?...

—Sí, con ese señor.

—¿Qué idiotez de tío!

—Si lo ofendes me enfado contigo. Me da mucha lástima de él. ¡Es tan bueno conmigo!

Siempre que llegamos ahí enmudecemos. Yo me pongo caviloso y ella sonríe enigmática. Enciende un capstan y se bebe una copita de kummel.

Fuma y fuma, y sus nervios, en una excitación enorme, le hacen maullar, ladrar como un perrito recién nacido y arrancarse pellejos de las uñas.

Yo, entretanto, miro su cráneo, pelnado como el de las gitanas de vaticínos: con raya en medio, las orejas cubiertas por el pelo y el moñono sobre la nuca. A ese moño lo odio más que al cuello de un tirano.

—Lo que hago por tí, bichito... — exclama de repente, cogiéndome las manos.

—¿Qué haces?

—Nada; nada — murmuró soltán-

El cubilete de dados

Por Joaquín Arderius

dome y apartándose al otro extremo de la mesa.

Quedamos separados; ella, arre-

nevada, y yo, con el espíritu agitado, ansioso de descifrar enigmas.

Toda su alma se hace una niebla

le teñía las mejillas se ha mezclado con el negro de su espíritu.

Ya no es un túnel sin fin, ni yo un tren sin frenos: ella, un cubilete de hierro azabachado que encierra unos dados, y yo, un jugador que ansia tirar los dados sobre la mesa.

—¡Es antipático este café! ¡Me aburro! — dice con un gesto despreciativo.

—Vámonos.

—No. Espera que den las dos y cuarto.

—Siéndote tan molesto el rato que estás aquí, no me explico a qué vienes.

—A verte.

—¡Yo a tí no te intereso!

—Si no te quisiera, ¿a qué iba a venir a buscarte?

—Mírame.

La he desembozado, y su cara se le queda visible.

—¿Para qué quieres que te mire?

—¿Es verdad lo que has dicho?

—¿Qué he dicho?

—Que me quieres.

—¡Tú estás loco! Yo no he dicho nada. Yo no quiero más que dinero.

—Y vuelve la cabeza mostrándome el moño.

Siento arrebatos de vaciar los dados para descifrar en ellos sus enigmas.

Es un cubilete con tapa, y será imposible sacarle los dados como no sea por medio de un resorte.

—Si me das la espalda, me levanto y me voy.

—Ya me he puesto bien.

Mis ojos son como unos dedos que trasteasen en la cara de ella para descubrir el secreto de su pasión misteriosa. Le miro la frente tensa, amplia y abombada, y jamás se frunce; es como una muralla de piedra en la que las cejas son dos grietas milenarias. Sus ojos, grandes y bellos, tampoco me revelan nada: las niñas, de un negror sin reflejos, son de una hipocresía desconcertante. A su nariz nunca quiero mirarla: me irrita su perfección helénica. Por fin, mi mirada se posa en sus labios, finos y rojos, iguales a dos cristales sangrantes, y mis ojos reciben la impresión de que los cortan.

Ella teme que su boca la delate, y abre el bolso, saca la borlita de carmín y se la pasa por las mejillas; después, la barra de los labios; luego, el espejito, y se mira en una fiebre de disimulo.

Yo sigo con mi mirada sobre sus labios.

—¡Cuidado que te pones antipático! Yo me voy. Si quieres venirme...

Salimos a la calle y llegamos a su casa.

Nos despedimos con un beso mutuo; el mío, fuerte, de piedra que se tira a un lago; el de ella, tenue, casi sin rozarme la piel, pero de jándome una comezón imborrable de bullir de antenas.

Y se encierra.

Y anoche, como todas las noches, me fui a mi cama sin sacar los dados que guarda en su pecho.

Pero mi paciencia se ha entregado. Hoy, cuando acuda a la cita, la esperaré en la puerta..., y, ya que no cede a otros resortes, la llevaré a una torre, y desde lo alto la dejaré caer para que, al chocar contra el suelo, se rompa y los dados brinquen a mis manos.

OBSEQUIO

Dos grandes productos nacionales

KALISAY



es el Aperitivo Quinado que recomiendan los médicos para uso familiar, por ser un verdadero estimulante de gran valor tónico y digestivo; y el

Vinagre OMEGA

que se obtiene del mejor vino argentino sin ácido acético artificial, base de los vulgares vinagres tan perjudiciales para el estómago e intestinos. EL VINAGRE OMEGA obtuvo, por su pureza, el Primer Premio de la Municipalidad y Gran Premio y Medalla de Oro en la última Exposición de la Industria Argentina.

El valor del contenido de cada estuche excede de \$ 1.50 mn. Sin embargo, se remite, libre de gastos, a todo el que nos envíe \$ 0.50 en efectivo o en estampillas de correo.

Sres. LAGORIO y Cía., Lda. (S. A.)

24 de Noviembre 480, B. Aires.

Deseando recibir el Estuche que anuncian, acompaño \$ 0.50 centavos.

Nombre

Domicilio

Localidad

P. C. Provincia

F. M.

bujada hasta los ojos en el abrigo, negra, y el rostro se le pone cetrino; como si transitase por una calle no; el carmín que momentos antes

Apólogo del libro de los Jueces

Los árboles, pidiendo un rey, se dirigen al olivo, que responde: no abandonaré el cuidado de mi aceite, tan suave para los hombres, y para los dioses, por reinar entre vosotros. La higuera dijo que prefería sus higos al embaudo del poder supremo. Lo mismo pasó con la vid y con otros árboles excelentes. Por último, el cardo, que no servía para nada, se hizo rey, porque tenía espinas y podía hacer daño.

A. FOUILLEE

UN SOÑADOR

Por V. García Calderón

Al pie de los Andes, en ese *tambo* perdido entre las punas, la almohada me pareció lujo excesivo cuando es tan fácil suplirla con el poncho plegado sobre la silla de montar.

Además, me la trajo, arrastrándola por carreteras y pesebres, un indiecito desaharrapado que ostentaba en el rostro dos cerezas de buen tamaño. Al acariciarle una mejilla con la mano, advertí que eran brotes recientes de la tremenda *verruga* del país.

Mediaba la noche de junio, un cuajaron de estrellas sanguinolentas alucinaba la soledad del trajinante; y era tarde, caramba, para observar las precauciones que me aconsejaron las almas caritativas en el puerto.

—¡Na vaya a beber el agua ni tocar a un enfermo! Le dará *verruga*, y nadie, sino los indios, sabrán curarlo.

Pero las almas caritativas no habían trotado como yo ocho horas seguidas por desfiladeros ardientes bajo la amenaza de los altos cóndores que buscan presa en las cimas.

Acepté la almohada, bebí el agua turbia y me tendí a dormir en el poyo de tierra que las espaldas de otros caminantes habían socavado como una tumba. El tambero, hombre discreto y bondadoso, vino tirando mi mula del ronzal para advertirme:

—Cuidado, que se la van a robar.

Por consejo suyo até las riendas a mi mano izquierda (la derecha sirve para el revólver) y así empezamos a dormir la mula y yo, fraternalmente unidos por este lazo corredizo que nos despertaba a entreambos según los vaivenes del sueño.

Entonces la luna llena, colándose por las rendijas del techo de paja brava, iluminó en el rincón de la pesebrera una figura mística. El hombre no parecía dormir, sino miraba en alto, con las manos cruzadas como un santo de iglesia.

Su barba inculca había crecido en libertad por el rostro amarillo como la puna y trepaba hasta el confín de los ojos soberbios, que relucían en el matorral nocturno de las cejas.

Como si no hablara conmigo, dijo sin mirarme:

—Lo está desvelando la luna. Así pasa, señor. Mire que la luna está gorda; ya la van a trasquilar. Si caváramos siguiendo su luz hacia el Norte, hallaríamos una veta de plata que llaman bonanza. También debe de haber oro; ¿se fijó al pasar en esos montes rojos? Son todo cobre, y esos otros verdosos son plata en barras. ¿Se figura, señor, esta injusticia? Yo conozco todo el mineral y las gentes no quieren hacerme caso. Usted viene buscando minas, por supuesto.

Nimbado en el plenilunio, que le mojaba media barba, me miró desconfiadamente, y como yo hiciera un signo negativo, agregó el hombre:

—Bueno, no quiere confesar. Nadie confiesa. Bueno, así se comienza. Todos tienen miedo de que yo

les arruine la ganancia, ¡badajo! Míreme esta pepita.

La mano mugrienta rebuscó en el hatillo que colgaba del poncho, hasta dar con un magnífico pedazo de oro bruto. Yo palpé el revólver bajo mi poncho. Pero el hombre de las barbas — Sebastián Cabral, para servir a usted — tenía

ciando la frente de mi mula con una simpatía irresistible que no dejaba de inquietarme. — ¡El no quiere confesarlo, paciencia! Pero ¿quién viene a la provincia para otra cosa? De aquí sacaron los gentiles, doctor, el oro y la plata del mundo. La corona de los Cristos y las sortijas de mi patrona Santa Rosa y todas las talegas que se fueron para los ricos, todo es oro peruano. Pero, mejorando lo presente, yo conozco el país del Loreto, donde los ríos arrastran pepitas más grandes que un maní. Oro puro, doctor, figúrese. Y allá nos fuimos con varios compadres por caminos de infierno, anda y anda y anda. Atraviése usted ríos en balsa y camine por tierras de café y cómase usted monos gordos, que

¡QUIEN SABE!

—Indio que asomas a la puerta de esa tu rústica mansión:

¿Para mi sed, no tienes agua?;
¿para mi frío, cobertor?;
¿parco maíz, para mi hambre?;
¿para mi sueño, mal rincón?;
¿breve quietud, para mi andanza?

—¡Quién sabe, señor!

—Indio que labras con fatiga tierras que de otros dueños son:

¿Ignoras tú, que deben tuyas ser, por tu sangre y tu sudor?
¿Ignoras tú, que audaz codicia, siglos atrás, te las quitó?
¿Ignoras tú, que eres el amo?

—¡Quién sabe, señor!

—Indio de frente taciturna y de pupilas sin fulgor:

¿Qué pensamiento es el que escondes en tu enigmática expresión?
¿Qué es lo que buscas en tu vida?
¿Qué es lo que imploras a tu Dios?
¿Qué es lo que sueña tu silencio?

—¡Quién sabe, Señor!

—¡Oh, raza antigua y misteriosa, de impenetrable corazón, que sin gozar ves la alegría, y sin sufrir ves el dolor!

¡Eres augusta como el Ande, el Grande Océano y el Sol!

Ese tu gesto que parece como de vil resignación, es de una sabia indiferencia y de un orgullo sin rencor...

Corre en mis venas sangre tuya;

y, por tal sangre, si mi Dios me interrogase qué prefiero

—cruz o laurel, espina o flor, beso que apague mis suspiros o hiel que calme mi canción,— responderíale, dudando:

—¡Quién sabe, señor!

José Santos CHOCANO.

de cerca la más inofensiva catadura que darse cabe. Sin preámbulos, empezó a contar su vida, divagando bajo la luna aquella que daba al pesebre no sé qué exaltación de Navidad.

—Así será, pues, señor — murmuraba Sebastián Cabral, acar-

no son mala carne cuando saben guisarlos. Quince días, treinta días, cincuenta días. Las latas de conserva del suelo querían decir que otros p... roseros habían pasado ya. Los cocodrilos salían a mirarnos de los pantanos, llenos de risa; nos bebíamos dos obleas de qui-

No Pague 2.90

... por un tarro de goma fijadora del cabello, cuyos ingredientes no conoce. Prepárela Vd. mismo con agua y Vistina; le resultará muy superior en calidad y perfume a las que se venden preparadas y le costará sólo 70 centavos el 1¼ kilo.

Adquiera en cualquier farmacia un paquetito de Vistina y haga un ensayo.

nina cada mañana y nos trompetaban los oídos como si fuera el himno nacional, con tal inquina, ¡badajo!, que por la noche dábamos el alerta a cada rato si cruzaban las ramas o si los pericos pasaban sobre las cimas chillando. Hasta que quién te dice que por dos latas de jamón y una carabina, un indio *conivo* se ofreció a llevarnos a la tierra del oro. Era cerca, doctor, pero teníamos que atravesar el gran río donde está la serpiente dormida. Esos cholos le rezan a la serpiente que se pasa las horas en el fondo del agua mirando las balsas que se atreven a pasar el rápido. No dice nada, pero, eso sí, le da capricho cuando las gentes de la balsa conversan y el indio nos había recomendado que no chistáramos. Todo mojado, daba grandes palotadas con un remo de chonta, cuando a lo mejor alguien tuvo miedo de irse a pique y se puso a gritar y la serpiente movió la cola en el fondo. Así naufragamos, doctor, cuando estábamos como quien dice en la puerta de la tierra del oro. En la orilla corríamos o unas hamacas colgadas de los árboles de caucho. "Amigos, amigos", gritábamos con una alegría sófera. Y cuando llegamos, mamita mía, ¡qué horror! En cada hamaca estaba un esqueleto. Se murieron de *beri-beri*, por supuesto; y uno de los muertos, como que estaba a medio caer, porque el hombre quiso bajarse y no tuvo fuerza para huirse de ese infierno...

Mi interlocutor se había erguido bruscamente y por la *quincha* agujereada del *tambo* miró afuera con inquietud. Mi mula dejaba escapar un extraño grito, que era relincho o rebuzno.

Una bala rebotó a mis pies; otra fué a atravesar la cabeza del buscador de oro que cayó de bruces. Avanzaba yo a la defensiva, guareciéndome el rostro con el poncho, cuando me gritó el tambero:

—No se desgracie, doctor. Es la polecia.

La "polecia" del lugar estaba dignamente representada por dos mulatos fornidos, uno con quepis y espadón, otro casi en cueros, pero llevando consigo un fusil muy respetable.

—¿Por qué han matado a ese inocente? — pregunté.

El mulato del quepis soltó una serie de interjecciones y contestó:

—¿Pobrecito, no? ¡Mamita mía, el muy pen... denciero!

Sólo cuando la policía hubo sacado de los andrajos del muerto mi reloj de oro, que él me robaba con arte y discreción incomparables, pude creer que había pasado la noche con *Taita Viejo*, el más ilustre bandido de la provincia.

Los genios del mal

Por Julio Aramburu

Mañana de estío. Los cerros están bermejos y brillantes. Por el cielo azul, las nubes blancuecinas se desmenuzan en caprichosos copos transparentes. En el apacible burgo de Tumbaya hay un ajeteo de fiesta. Las campanas de la iglesia parroquial repican a misa; mientras las "huairas" de las cumbres traen una fresca emanación de alba y de perfumes.

Tirado sobre un catre de "tientos". Saúl Nusay se despierta intranquilo. Siente un raro malestar al organismo. Punzantes dolores hieren su enérgica osatura. Quiere incorporarse y una nueva sorpresa lo detiene. Sus piernas se encogen por una rápida contracción clownsca, porque un terrible mal ha apresado injustamente su vida. No sabe qué decidir y viendo entonces la amarga realidad del amanecer, se tumba en el catre a llorar a gritos su tragedia.

Pasa el desasosiego moral y se pone a pensar en la tragedia. Reumatismo no era, porque hubiese tenido los síntomas iniciales de la estación invernal. Además, él fué siempre un hombre recio para el trabajo y el frío. Su salud física era de bronce, tal el resplandor cetrino de su rostro, enflorado por una oscura melena de cacique.

Su mente lucha por adivinar el secreto fisiológico. Sería un contagio, un "mal" o un "embruajamiento"? ¿A qué respondía el encontrarse inesperadamente tullido? De pronto, una idea comienza a razonar. No era un sueño, ni ficción, sino una verdad infausta que corría en la memoria del alma popular. Ahora ya no duda un instante más y comprende con espanto que se halla "embrujaio".

El arcano origen del mal nace del sentimiento amoroso. Los celos femeninos son los crueles agentes de la desdicha y el dolor. Por todas las ciudades del Norte se comenta la nefasta existencia de estos males. La general ignorancia de los seres ha contribuido a exagerar los tonos sombríos y amenazantes del hechizo popular.

Cuando un hombre — novio o esposo — abandona sin razón a la mujer amada, la venganza en el espíritu herido surge violenta y hostil. A la víctima culpable se la sacrifica sin piedad, se la lleva por medio de poderes ocultos hasta la suprema desesperación. El tiempo y el destino resuelven el arrepentimiento y el perdón. Si se reconcilia, sana; si se olvida al corazón atormentado, el maleficio persiste implacable y destructor.

Esa facultad humana de hacer "daño" Saúl la personifica ahora en su novia. Zulema Lemar fué la ingenua simpatía de su juventud. Era una mujer gárrula y huraña, de palidez india y trenzas negras y encrespadas. Hacía varios días que había decidido sacrificar el romance pastoril. Hombre andariego y tornadizo, amaba la diversión y el olvido. La inconstancia en la amistad era la normal disciplina de su espíritu extraviado.

Zulema Lemar, en presencia de la injusta acción del prometido, juró venganza y escarmiento. Se cuenta que vió a una bruja del poblado para confesarle la odisea de sus penas. Como recuerdo y elemento para el castigo, le llevó un pañuelo de seda, delicada prenda de Nusay. Este detalle es necesario para realizar y transmitir el "daño". Por eso, todos los objetos de uso personal tienen los vínculos funestos de la enfermedad y de la muerte.

La hechicera indígena, en conocimiento del drama espiritual, realizó una absurda ceremonia. Encendió una luz escarlata, trajo sobre la mesa dos calaveras humanas y un simbólico buho de ojos grandes y redondos. Quemó hierbas olorosas y luego, le pidió el pañuelo para envolverlo con negras lanas de cordero. Formó un muñeco infantil, la cabeza, cuerpo, brazos

y piernas grotescas y por adorno le clavó alfileres. Invocando las enigmáticas claves del destino, terminó la petición expiatoria y dolorosa. Zulema Lemar, en agradecimiento, le dejó unas monedas de plata. El "daño" justiciero estaba hecho y aquella mañana los genios del mal habían iniciado el malévolosuplicio.

Esta tétrica liturgia que Saúl Nusay la presentía en su memoria, no era un mito, sino el reflejo indigno de la supersticiosa realidad. Los días pasaban y el sufrimiento hundía en sus huesos las garras con furor. Ante la tremenda zozobra, Nusay resuelve llamar a la temeraria prometida. Le exigiría perdón y misericordia por el error cometido a causa de su temperamento voluble y juvenil. Lo que anhelaba ahora era la salud para saborear la dicha profunda del amor y de la vida.

Tarde de estío. Un cansancio de siesta aduerme todo el espíritu del pueblo. El calor pasa en rachas de fuego por las calles desiertas y huye hacia los cerros en remolinos polvorientos de tormenta. Saúl Nusay, en su lecho de

dolor, mira sonriente a la novia condolida. Ha llegado a verlo, accediendo al ruego, y para salvarlo del horrible mal. El tiene fe en la ventura humana y en el sentimiento milagroso de los mitos.

Han conversado mucho, evocando recuerdos marchitos y olvidados. A ratos, lloran amargamente. De pronto, ella saca del pecho un pequeño bártulo anudado y él confirma entonces la verdad de su tragedia. Lo desata y encendiendo un fósforo quema el muñeco de lana y seda, taladrado de alfileres. Lentamente las llamas extinguen al siniestro juguete; mientras un lampo de humo se enrosca y desvanece en el vacío del cuarto. El sortilegio del mal había terminado.

Cuando a los diez días del suceso, Saúl Nusay conversaba con Zulema, afirmado en las troneras del rancho, un escalofrío de miedo le oprimía todavía el corazón. A pesar de ir rápidamente mejorando, él temía el peligro de los genios invisibles y perversos. Pero el verdadero amor lo sostenía. Y fué así que en homenaje de virtud e idolatría, al poco tiempo se casó con ella, para gozar de la eterna felicidad del bien sobre la tierra.



El precioso auxiliar de las madres que crían

Matta
PALERMO

El valor personal

(Lo interesante de su tema nos induce a exhumar el presente artículo que el profundo sociólogo y distinguido diplomático don Ramiro de Maeztu, publicara, hace años, en España, y con el cual rebatía brillantemente ciertas apreciaciones que sobre el mencionado tópico, aparecieron en las columnas del diario "La VEU", de Barcelona)

"La Veu" de esta mañana discute uno de los temas que son fruto prohibido para un forastero con delicadeza. En el Senado se ha dicho últimamente que una de las causas de la situación actual de Barcelona ha sido la cobardía de los ciudadanos.

Y dice "La Veu":

"El concepto primitivo del valor personal va desapareciendo de las sociedades civilizadas con el ritmo del progreso". "Perfeccionado el funcionamiento del Estado, que da al ciudadano la garantía de una protección eficaz, desaparece la necesidad instintiva de defenderse personalmente".

"No nos podemos imaginar a un "gentleman" de la "City" andando a puñetazos por la calle".

Eso será en "La Veu"; pero en Londres no se puede uno imaginar a un "gentleman" sino como a un hombre dispuesto en todo momento a darse de puñetazos, en la calle por una causa justa. Casi diría que no es otra la definición de un "gentleman". El valor físico es tan indispensable al "gentleman" como el valor moral. Un hombre que tenga el valor físico, pero que carezca de buenas maneras y de espíritu de justicia, no es un "gentleman". Pero un santo al que le falta valor físico (si fueran compatibles los conceptos de santidad y cobardía), tampoco será un "gentleman". El valor físico es condición necesaria, pero insuficiente, para formar el "gentleman". La mejor traducción castellana de la idea del "gentleman" se halla quizás en la frase de "guante de seda en mano de hierro". "Guante de seda, pero en mano de hierro".

Y no lo digo con ánimo polémico, sino agradecido a la ocasión que se me ofrece para esclarecer y popularizar una idea importante. Mal serviría "La Veu", a Cataluña si convenciese a sus lectores de que el progreso hace innecesario el valor personal. Los combates decisivos de la guerra última son precisamente los que se han librado mano a mano y hombre a hombre en la soledad de las trincheras. Las expediciones nocturnas emprendidas por grupos de ocho y diez hombres para hacer prisioneros en las posiciones enemigas, son las que decidieron en favor de los aliados, la superioridad

en los servicios de Estado Mayor. Gracias a esas expediciones pudieron conocerse, día por día, los movimientos alemanes. No se ha inventado, no podrá inventarse, organización social alguna que redima al individuo de la obligación de ser valiente y decidido.

Aún hay que decir más. Cuanto más refinada sea una sociedad, tanto más tiene que insistir en la necesidad de que sus hijos sean valerosos, no solo moral, sino física, muscularmente. El dicho de Platón es de perenne actualidad. "Nuestros guardianes han de ser tan guerreros como filósofos". No sólo los guardianes. El hombre que

merezca el dictado de hombre ha de ser tan guerrero como filósofo. Si le falta la filosofía es una bestia y no nos sirve. Y si le falta el coraje y la resolución no podemos confiarle posición que defienda, y tampoco nos sirve. Pero que los brutos sean valerosos no nos interesa, porque lo que defiendan con su valor será brutalidad. Lo que nos importa es que los refinados y cultos sean valientes, porque lo que defenderán con su coraje será refinamiento.

Y aún es quizás más necesario refutar el concepto de que el perfeccionamiento del Estado hace innecesaria la defensa personal. Nada menos británico que semejante aserto. El "policeman", inglés no lleva armas, ni revólver, ni sable, ni aún bastón, precisamente para indicar con ello que no tiene más fuerza que la que le prestan los demás ciudadanos. Pero todo ciudadano inglés está obligado a prestar al "policeman" su fuerza per-

Aniversario de la Independencia del Perú

Cumple la Nación hermana del Pacífico un nuevo aniversario de su independencia, fasto glorioso de la Epopeya que realizara, sumando heroísmos sobre heroísmos, el Capitán Granadero de América al frente de las legiones bisoñas, pero invencibles, que alentaban en su espíritu el anhelo sacrosanto de la Libertad y del Derecho.

Los restos insepultos del Inca se sintieron estremecer sobre la ardiente pira del sacrificio y palpitaron sus manes al contemplar que la hora de la justicia, póstuma y suprema, había llegado, rompiendo el eslabón, tres veces secular, que aherrojaba el suelo, testigo inmóvil de las hazañas de Pizarro, a la Monarquía caduca del Rey impotente en cuyas manos temblorosas vacilaba, al soplo del genio transpirenético, el cetro venido de aquel Carlos que miró al mar como una inmensa esmeralda sujeta a su pie y en cuyos dominios, donde nunca plegó sus alas la derrota, el sol no traspuso la línea moral y material del horizonte...

La ley ineluctable del crecimiento que lo mismo impera en los seres como en las nacionalidades, hizo que el retoño se desprendiera del añoso tronco ibérico, vástago robusto que florece ahora en óptimas cosechas generosas de idealismo y de cultura, en las nobles jornadas, del trabajo, bajo la égida protectora de la Paz constructiva y rumbo a las culminaciones luminosas del Porvenir.

Ha cumplido, pues, en poco más de una centuria de vida independiente, las finalidades que le trazaron los próceres fundadores. País que atesora en su seno riquezas incalculables, ofrece amplias perspectivas a las actividades del capital y la energía, extranjeros. La feracidad de sus valles y mesopotamias, el régimen de sus caudales hidrográficos, la bondad de su clima, sus ricos veneros mineralógicos, la abundancia de sus bosques y sus selvas, aún inexplotados, el extenso litoral sobre el océano con puertos naturales de aguas hondas, dan la certeza de su transformación, a breve plazo, en magnífico emporio; como lo merece la hidalguía de sus hijos, su pertinacia sin desmayos, la obra inspirada de sus gobernantes y el acervo de sus virtudes patrimoníacas.

Séanos dado, pues, saludar al Perú — hermano nuestro en la Historia al confundirse en una misma abnegación y en un mismo denuedo la sangre fluente de los soldados del Plata con la de los suyos — en su data conmemorativa que repercute tan honda y tan gratamente en el corazón argentino y vayan, hasta la Capital de los Virreyes, los augurios mejores de la República por la perennidad de su grandeza y por las victorias, cada vez más resonantes, de su progreso.

¡Si Vd. tose es porque quiere!

El resfrío, la gripe o la tos que usted padece, se lo quitarán inmediatamente las

Pastillas RIN-RIN

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1.— la caja

sonal, si fuese necesaria por ejemplo, para detener a un delincuente, como a decir ante los Tribunales la verdad, "toda la verdad y nada más que la verdad". Y es típicamente británico el espectáculo de las carreras de policías y paisanos hombres y mujeres detrás de un criminal que trata de escaparse.

Siempre ha habido disidentes en Inglaterra. El "objetante conciencioso", el pacifista que no quiere batirse, es un tipo reconocido, pero al que nadie llama "gentleman", ni él mismo se lo llama. Pero el tipo medio inglés es el del hombre que podrá no pagar sus deudas, pero que no deja de pagar un puñetazo. Mejor idea dan del alma británica las películas del Far West que las columnas del "The Times" e infinitamente mejor que las de "The National". El inglés es un "cow boy", que cuando vive en las ciudades metropolitanas no usa el revólver por comodidad; pero que no admira ni comprende otros sentimientos ni otras instituciones políticas que las del jinete de las grandes praderas.

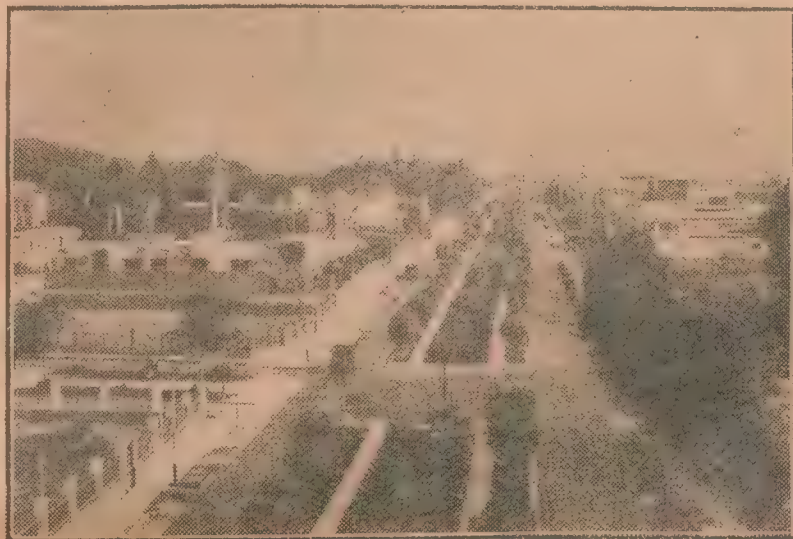
Un inglés no entendería a quien le dijese que el Estado se ha hecho para detener al individuo. Si un inglés medio empeñarse en depurar abstractamente lo que entiende por Estado, llegaría a la conclusión de que no cree que semejante palabra diga nada. En lo que realmente cree es en la ley y en Inglaterra, y no es Inglaterra y la ley quienes tienen la obligación de defenderle a él, sino que él y los demás ingleses tienen la obligación de defender a Inglaterra y a sus leyes.

Lo que si entendería a su manera es la afirmación de que el valor personal es un "instinto primitivo innecesario para la vida civilizada". Lo entendería a su manera, porque en los mejores colegios ingleses de segunda enseñanza se ha averiguado que el pacifismo es una afectación que se corrige a puntapiés. Al muchacho de inclinaciones pacifistas le dan de puntapiés sus camaradas, y una de dos: o muere a fuerza de recibirlos (muerto el perro se acabó la rabia), o da en la tentación de volverlos, con lo que también se le cura el pacifismo.

La civilización es valor personal civilizado. El valor personal por sí solo no es civilización. Pero sin valor personal no hay civilización posible. Hay que saber dar y devolver los puñetazos, para no quedarse atrás en el prestigio social y en el progreso moderno.

Ramiro de MAEZTU

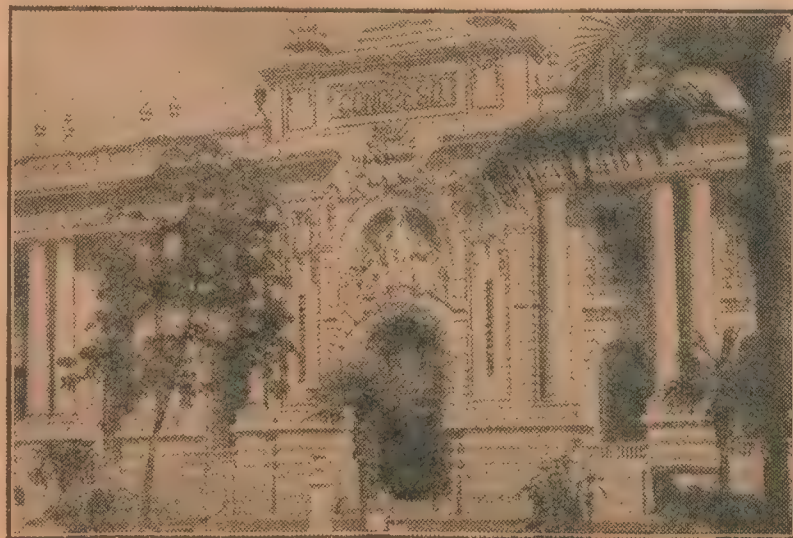
Detalles de la capital del Perú



Avenida Leguía en la ciudad de Lima



La estatua ecuestre del general San Martín, erigida en la plaza del mismo nombre.



La entrada del palacio del Congreso.
(Fots. galantemente cedidas por el señor Cónsul del Perú en la Rep. Argentina)



POTENCIA SIN VIBRACIONES

MOTOR CONTINENTAL MONTADO SOBRE GOMA

ACELERACION INSTANTANEA

AVANCE AUTOMATICO

VELOCIDAD 100 KILOMETROS Y MAS POR HORA

SEGURIDAD ABSOLUTA

CHASIS ROBUSTO

FRENOS BENDIX EN LAS CUATRO RUEDAS

CONFORT EXCEPCIONAL

NEUMATICOS BALLOON - ELASTICOS LARGOS

AMORTIGUADORES. DISTANCIA ENTRE EJES 2.70 M

ECONOMIA CONSTANTE

ALIMENTACION DE COMBUSTIBLE POR TANQUE AL VACIO.

CARBURADOR ECONOMICO. CUBIERTAS CON PROTECCION LATERAL.

COMODIDAD LUJOSA

CARROCERIAS POR HAYES HUNT

INTERIORES AMPLIOS TAPIZADOS EN CUERO

"65"

EQUIPO COMPLETO

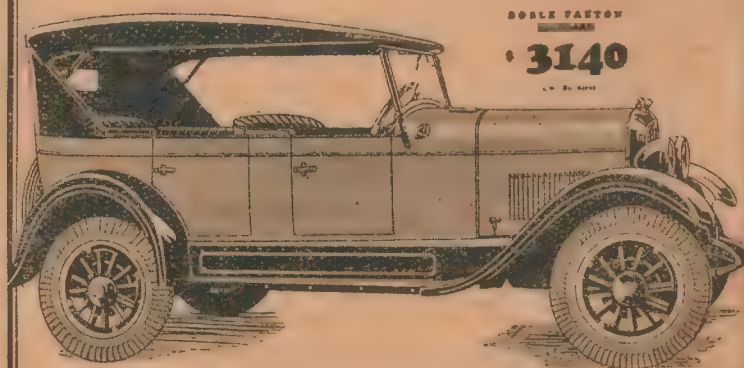
QUINTA LLANTA ARMADA - LIMPIADOR DE PARABRISA ESPEJITO
FABRILLOS LATERALES Y TRASERO "STOP" - MANIJAS EN LAS 4 PUERTAS

Su hermoso conjunto y capacidad extraordinaria, revelan el toque magistral de su creador.

El más reciente producto de W. C. Durant, este moderno coche combina en forma jamás igualada, las cualidades del automóvil aristocrático a un precio sumamente módico.

Exposición y Venta:

Av. de Mayo 600



IMPORTADORES

DITLEVSEN & Cía. Ltda.

COCHABAMBA 54

BUENOS AIRES

Cucharaditas cada dos horas

Por Lar

Los primeros días de enero habían ido pasando por la quebrada lo mismo que colegiales en trance de vacaciones. En tanto los campesinos bondadosamente les veían pasar, pensando, "bah, que se diviertan!", y sin darse tregua alistaban la tierra para el riego.

Mas cuando concluyeron las faenas, aquel consentimiento fué debilitándose, la disconformidad empezó a progresar rápidamente. Enérgicas protestas elevaronse al cabo contra la inutilidad de los días. Hacíase indispensable el advenimiento de un tiempo mejor; de otra suerte la quebrada sería esquilma por la miseria.

A fin de lograr este cambio los campesinos constituyéronse en asamblea general y confirieron plenos poderes al párroco; le erigieron líder de la política agraria. El hizo el párroco todas las gestiones pertinentes, inclusive, apeló al supremo recurso de llevar al patrono, en procesión solemne, hasta el cauce resaca del riachuelo, donde le formuló una conmovedora exposición de motivos, sin que desgraciadamente su sagacidad y tesón lograsen el apesadado resultado, en vista de lo cual los próceres de la aldea discretamente instituyeron la conveniencia de que liquidase determinadas relaciones sentimentales que mermaban su austeridad y por ende su ascendiente ante dicho patrono.

También accedió el párroco a este requerimiento; pero nada se mejoró con ello, por lo que los campesinos abandonaron la esperanza de una solución pacífica de su angustioso problema y asumieron una actitud beligerante que bien pronto trascendió en acérrimos denuestos contra el tiempo de marras y el cielo inclemente.

Tal ofensiva había llegado ya al límite máximo de la exasperación cuando, una mañana de febrero, el sol lanzó una proclama a los campesinos, redactada con extraordinaria luminosidad, en la que les expresó su calurosa simpatía e incluyó la promesa de satisfacerles ampliamente. En seguida, con febril premura, organizó numerosas cuadrillas de nubes y les fijó la consigna de aprovisionar adecuadamente al riachuelo.

Y toda la quebrada se embanderó de júbilo. Y por no ser menos pródigas que la tierra, aquella noche, embriagadas de licor y de cariño, como veinte mozas se ofrecieron en matrimonio.

"Qué lindo vendrá el riachuelo!", sonreían todos. Sí, el riachuelo. Sabían que cuando más atrevido, era él como esos chiquillos traviesos que dentro de la economía hogareña a lo sumo vulneran aquello que es decorativo y accesorio.

Sin embargo, esa vez asumió él una actitud mucho más punible. Vino a semejanza de un bandolero, al principio. Luego, a medida que su acometividad iba en aumento, los campesinos le compararon a un loco rabioso, a un toro chúcaro y al mismo demonio, tal era la tremenda pavora que a su paso pro-

vocaba, el estruendo y el ensañamiento con que atropellando todo estorbo, destruía los huertos y borraba los linderos de las chacras.

"Ah, bandido!" El asalto de la aldea fué su última hazaña. Aventura aparatosa e irreverente, porque él no respetó la propia residencia del Santo Patrono, si bien excusable, porque a manera de ofrenda, tal vez sincera, le ofreció dos corderos, robados no se supo a quién, y otras pigricias, bastan-

ra, tanta violencia, los campesinos se emborrachaban desesperadamente. Mas eran felices porque en la penumbra de su embriaguez avizoraban el resplandor acariciante de una ilusión promisoriosa. Tras aquella desolación reverdecería el bienestar.

Ellos no habrían escatimado sacrificios por mantener intacto el encanto de la vida discreta y rutinaria que en el fondo de la quebrada, de esa quebrada saludable y honda como una taza de leche, gravitaba enamorada siempre de la paz, su centro ilusorio. ¡Ay! nada fué bastante.

Ahora estaban iniciándose en una pasión inédita, mezcla de gratitud y de rencor hacia aquello que los encaminaba a través de la angustia, para que recién sintieran la verdadera alegría de vivir. Por fin sabían eso que no aprendieron en



—Si me hacen un descuento me como todo el menú.

—¡Qué bárbaro! Cómo se conoce que ha tomado el famoso HIERRO QUINA BISLERI.

DÍPTICO DE TUPIZA

Para "FRAY MOCHO"

Tupiza de noche

Altas torres rosadas de la iglesia que esbeltas parecen destacándose del rancharío pobre. Noche medrosa. Calles con vueltas y revueltas, viejas casas de adobe, rostros color de cobre.

Silenciosas plazuelas. En contorno la sierra, que eleva casi a pico sus largos paredones desnudos y negruzcos, la población encierra como en natural círculo de fortificaciones.

Típicas chicherías donde trancan las puertas cholas de altos sombreros y bizarros mantones; luz tenue de candiles en las salas desiertas.

Toscas indios chicheños de cabellera larga duermen junto a los muros, las extrañas facciones inmóviles, en tanto Tupiza se aletarga.

II

Mercado tupiceño

Se nos antoja un cromó del tiempo colonial la colorida escena que puede contemplarse en esta tupiceña recova. En un igual ambiente, hace ya siglos, debieron encontrarse

los soldados de España. Los anchos corredores de pilares de barro, los patios empedrados y las salas sombrías del mercado, en rumores vibran; están los últimos rincones atestados.

Cholos ladinos, cholas de semblantes tostados, ornadas de vistosos y pesados pendientes tras los puestos comercian con indios que porfiados

regatean sus compras. La quichua algarabía se hace ensordecedora. Y los rayos ardientes del sol, dan el retoque final con su alegría.

Justo G. DESSEIN MERLO

te estropeadas, pero aún aprovechables.

Y las tres fanegadas que le prometían a don Federico sendas botijas de aguardiente! Quedaron como lamidas por gato hambriento. Menos mal que, según la buena gente, don Federico tenía así merecido, por su conducta brutal para con los peones y hasta con sus mismos parientes.

Incapaces de neutralizar, siquie-

la escuela, que no supo revelarles el párroco y que ellos vagamente habían intuido cuando en su pecho dominaba la gozosa fatiga de fecundar la tierra o cuando un agrio y dulce sabor, a la hora del tramonto, dábales a sentir que estaban bebiendo una naranjada, hecha con el jugo del Sol.

Quizá don Federico, pese a la pérdida de sus tres fanegadas, habría también exaltado en su vida esa

nueva alegría, sino hubiese sido más fuerte la pesadumbre de contemplar agonizando sin remedio a su hija Esther, chacarera de quince primaveras que él no cambiaría por una hacienda tan grande como el mar.

Desconectado de la aldea, donde acaso el ingenioso boticario pudiera hallar un remedio para la dolencia de su hija, don Federico clamaba vanamente al cielo, mientras la Luna, gordiflona como cocinera, bonachonamente confeccionaba con leche para el desvelo de los luceros.

Esa misma noche, por salvar a la enferma, un oscuro serranillo hizo lo que el autoritarismo y el dinero de don Federico no lograron imponer al más intrépido de la peonada; consiguió, montar un mal caballo, vencer la turbulencia del riachuelo, llegar al villorio y adquirir los medicamentos que sobre meras presunciones prescribió el boticario.

Ya de regreso y cuando estaba próxima la orilla, jinete y caballo fueron golpeados por una irresistible correntada. Y no más se volvió a verlos. Quedó, sin embargo un vestigio de aquel sacrificio inútil; tirada en la orilla, quedó vacía y rota una botella de "Cucharaditas, cada dos horas".

TERAPEUTICA

El marido. — ¿Por qué estás tan furiosa con el médico? ¿Qué te ha dicho?

La mujer. — Cuando le conté que lo que yo sentía era un gran cansancio, me dijo que sacase la lengua.

DE COMPRAS

La cliente. — ¿Tiene usted algo para las canas?

El comerciante escrupuloso. — Nada, sino el mayor de los respetos, señora.

LOS PIBES DE HOY

El Padre. — ¿Enseña mucho la maestra?

El hijo. — ¡Quí! ¡Tú no sabes lo larga que lleva la pollera!

De la esperanza y del recuerdo

Quiero ocuparme de estos dos grandes contrapesos que equilibran o desequilibran la vida. La cuenta se salda, generalmente, con un remanente de activo: la *esperanza*. Esto es lo general; más hay algunos hombres pesimistas que saldan siempre con un pasivo de pesar: el *recuerdo*.

Hay hombres de cuenta tan estática que no encuentran diferencias en contra ni en pro: ni recuerdan ni esperan. Viven en el momento presente. El espíritu indiferentes a todo lo que pasó como a todo lo que venga. Es fuerza convenir que así la fe como el recuerdo son instrumentos que acompañan al vulgo a todas partes. Yo suelo preguntarme si será menester darle todo el valor que se le da a los sucesos del mundo externo; si esto de dar valor a estos sucesos no será, en muchos casos, pedantería nuestro afán de hincharnos. Creo que sólo tenemos poder sobre nosotros mismos y que nuestra personalidad es nuestro único campo de acción. En tal sentido nada se nos ha ido (*Recuerdo*), ni nada podemos esperar (*Fe, Esperanza*). ¿A qué viene, pues, la amargura del recuerdo? Lo importante del recuerdo está en nosotros; lo demás, el suceso externo, ¿qué importa? Hemos visto un día unos ojos femeninos cargados de luz y de promesas. No los hemos visto más; la portadora de tan bellos ojos, llenos de luz y cargados de promesas, se ha ido, se ha muerto. ¿Qué importa! ¿Acaso tenía en realidad los ojos cargados de promesas y llenos de luz?

Cuanto a la esperanza, ¿no es toda nuestra?

En cuanto fuese realidad, ¿no dejaría de ser belleza y estímulo? No; el hombre ni ha perdido ni tiene por encontrar nada. Todo está en sí; todo lo que es de él, todo lo posee él.

Nuestra ignorancia no nos autoriza para decir que un suceso cualquiera perturbe la marcha de nuestro modo de vivir. Claro es que no doy valor a la fortuna material ni a la gloria humana, que considero insignificantes al lado del ritmo interior de la vida.

Un espíritu de ciertas condiciones es tan desdichado con una fortuna como sin ella. Un espíritu de ciertas condiciones es tan venturoso con la gloria humana como sin ella.

Un espíritu viene al mundo para tener ventura y todo en el mundo le es adverso, y esta adversidad es su ventura. Un espíritu viene al mundo para ser desventurado y todo en el mundo le es favorable, y este favor es su desventura. El hombre debe mirar con indiferencia los sucesos del mundo exterior.

Del derecho y del deber

De la demanda de *libertad* resulta la demanda de *facultades*; pero de la solicitud de *fraternidad* e

igualdad, todo lo contrario. La posición de hombre a hombre es una posición de respeto; la posición de hermano a hermano es de afecto y sacrificio.

Si el sentimiento de *fraternidad* no implicase deberes, sería absurdo, porque los hombres no se estrechan e intiman en una esfera más alta de la amistad por el gusto de disputarse lo *mío* y lo *tuyo*, sino precisamente para establecer una cierta comunidad de lo que fuese propio de cada cual, buscando la armonía y solidaridad por medio del recíproco sacrificio. ¿De dónde, pues, el envanecimiento de las gentes?

"Ahora somos *libres*", dijeron. Sí, pero *hermanos*; de modo que si cultiváis ese sentimiento, tanto el de la revolución como el de la libertad, sois menos libres que antes, pues que ya no hay *siervos* ni *señores*, y, por consiguiente, vais a vivir menos distanciados. Lo ocurrido fué que la *fraternidad* se olvidó por completo y sólo se ha cul-

tivado el sentimiento de la libertad, que halagaba los egoísmos y las pasiones, todo lo cual parecía convenir por el momento. Pero, lógicamente, al darles a los hombres el derecho de regirse, al hacerlos a todos mayores de edad suprimiendo las tutelas, suprimiendo las clases directoras; en una palabra: al hacer libres a las gentes, tuvieron éstas que buscar el eje de sus movimientos, el criterio de sus actividades, de sus conductas en sí mismas; y como estaban a ciegas, como no estaban hechas ni habituadas a la luz, y si a caminar con andadores, se encontraron, al hacer su inventario, con que dentro de sí mismas no tenían una norma, no tenían un criterio — el criterio y la norma que da la autoeducación y el refinamiento —; sólo tenían egoísmos, sólo tenían ambiciones, y con eso se gobernaron y con eso vivieron — ¡triste vida! —; y por eso sobrevino el choque estupefaciente: la terrible lucha por la existen-

cia, despiadada, encarnizada, brutal, antihumana.

Hace falta, pues, hablar de moralidad, hablar de fraternidad, hablar de deberes. A mí me parece que el *deber* es mucho más aristocrático que el *derecho*. Corresponde éste a la voluntad semi-inconsciente de todo lo que quiere crecer, desarrollarse, *ser*, en fin. Y el *deber* corresponde a lo que está hecho, a lo que tiene la plenitud.

V. GARCIA MARTI

Un asalto

— ¡La bolsa o la vida! —

— Les advierto que acabo de perder en la ruleta hasta el último centavo que poseía.

— Bueno, pues va usted a hacer el favor de quitarse del vicio, porque nosotros no estamos aquí para perder el tiempo.

¡No se lo deje agravar!



¡AHORA es un simple resfriado, pero si se lo descuida, dentro de veinticuatro horas puede haberse convertido en una pulmonía!

¡Atáquelo inmediatamente, tomando

Fenaspirina



Es la última palabra de la ciencia moderna tratándose de resfriados, influenza, y gripe. No sólo alivia los síntomas iniciales, como dolor de cabeza, quebranto, malestar, etc., sino que desconggestionan los centros afectados, favorece la eliminación de las toxinas e impide el desarrollo de los gérmenes.

NO TRASTORNA EL ESTÓMAGO NI AFECTA EL CORAZÓN.

Tomando al acostarse dos tabletas y una limonada caliente (un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar) se acelera considerablemente el resultado. ¡Ensáyelo y verá!



Para la molesta obstrucción de la narices, **Rape Medicinal Bayer OXAN**. Destapa, refresca, facilita la fluxión despeja la cabeza y ayuda a cortar el resfriado.

Curiosidades

En el Sur de Francia existe un arco de cemento conocido con el nombre de "Puente del Guarda", que fué construido en el año 56 de nuestra era.

La fe religiosa que profesa, impone al jefe de la nación china la obligación de ayunar sesenta y cuatro días cada año, y es fama que cumple fielmente con el precepto.

En los pueblos cercanos a Montecarlo las muchachas llevan graciosamente las vasijas de cobre que utilizan para abastecerse de agua.

La odontología debió de conocerse en la antigua Honduras, a juzgar por un cráneo encontrado que mostraba dientes con puente de pirita de hierro.

El plátano es cuarenta y cuatro veces más nutritivo que la batata.

Los monjes benedictinos están reconstruyendo la abadía de Buchfast en Devonshire (Inglaterra), en el mismo lugar en que fué destruida hace mil años.

El Tribunal de la Inquisición de Méjico fué abolido el 29 de mayo de 1820.

El damasco es originario de Armenia.

El juramento no existe en el lenguaje siux. Colocando el dedo de forma que parezca una flecha y demostrando desprecio se exterioriza la condenación.

Las sillas y sillones que se hacen con las fibras del jacinto acuático son más elásticos que los que se hacen con bambú.

Los naturales de Oman (Arabia) llevan fuerte calzado para librarse del calor de la arena.

La nieve que se usa en la filmación de películas se hace, en gran parte, de fragmentos de pino.

La operación de arar a mano requiere más fuerza que todas las tareas agrícolas juntas.

En el parque de Yellowstone (Estados Unidos) la mayor parte de los árboles están fosilizados.

En Ceilán hay diez y seis variedades de palmeras que producen azúcar.

Las investigaciones arqueológicas nos dicen que en la antigua Siria y en Egipto se conocían ya los postizos y los profesionales sabían ondular el pelo.

El ajedrez, entre los malayos, es el pasatiempo favorito.

El agua del mar contiene plata en considerables cantidades. Muchas veces se encuentra depositada en el revestimiento de cobre de los buques.

Las plantas, a las cuales se les inocula veneno de serpiente mueren infaliblemente a los cuatro días.

La perla es el único producto natural usado en joyería que no necesita ser trabajado para brillar en toda su belleza.

En Australia hay un árbol que tiene toda la forma de una gigantesca botella.

El nombre de Venezuela se lo dieron los descubridores españoles a esa República por la semejanza que encontraron en sus construcciones lacustres con las viviendas de Venecia, sobre el agua.

Las arañas más grandes que conocen los entomólogos se crían en la región montañosa de Ceilán. Hacen telas de seda amarillenta de más de tres metros de diámetro.

La mayor producción mundial de salitre pertenece a la República de Chile.

Un elefante puede transportar una carga diez veces más pesada que la que soporta un caballo.

HOY

A LAS 8³⁰ HORAS

INICIAMOS NUESTRA GIGANTESCA

LIQUIDACION

JAMAS

SE HA OFRECIDO UNA OPORTUNIDAD SIMILAR

NO PIERDA TIEMPO
SAQUE PROVECHO A SU DINERO

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

El Perú en el aniversario de su Independencia

La República del Perú que celebra el 107.º aniversario de su independencia declarada por San Martín, el 28 de Julio de 1821, cinco años después de idéntica manifestación del Congreso de Tucumán, para las Provincias del Plata, ocupa lugar destacado entre sus hermanas del continente por las riquezas que atesoran su suelo y por la universalidad de la cultura superior que la caracteriza.

Reasumiremos — siquiera en breve síntesis — las páginas históricas de su emancipación y contemporáneas. Sede, Lima, de las autoridades civiles y eclesiásticas de la Colonia: Virreyes, Audiencias, Cabildos y Obispados, compendió en sí el mayor poderío de la metrópoli, constituyendo un verdadero nudo gordiano que habría de cortar la espada flamígera del vencedor de San Lorenzo.

Derrotado el español en Chile planea con O'Higgins la expedición libertadora. En poco tiempo se preparan las fuerzas y recursos necesarios. Pueyrredón, director supremo, otorga los mejores auspicios a los propósitos de ambos jefes. Se incorpora Lord Cochrane, como almirante, a cuyas órdenes sirve un artillero ilustre: Blanco Encalada, y el desembarco de las tropas criollas se produce el 7 de septiembre de 1820, en Paracas, cerca de Pisco, con un total de cuatro mil hombres de tropa, profusamente armados y municionados, y ocho navíos de alto bordo.

Antes de avanzar sobre la "Ciudad de los Reyes" Alvarez de Arenales prepara el ánimo de las poblaciones y las subleva. De la Bezuella negocia entonces la paz, sin resultado, se bloquea al Callao y, por fin, pasando al Norte, desembarca en Henara y se apodera de Lima, abandonada por Laserna. La conferencia de Guayaquil, con Bolívar, sugiere al Protector su renuncia indeclinable. Junín y Ayacucho, finalizan la dominación española en América dos años después, definitivamente.

Ocupa el Perú, una extensión aproximada de 1.200.000 kilómetros cuadrados en la parte centro-oeste de América, con una población de cinco millones y medio de habitantes, siendo sus límites el Ecuador al Norte; Brasil y Bolivia al Este; al Sud, Chile, el océano Pacífico al Poniente, con un litoral que alcanza a 2000 kilómetros, poco accidentado en su parte media y central, con amplias bahías y ensenadas profundas.

Su aspecto físico es sumamente variado. Ofrece tres zonas perfectamente determinadas, la de la costa, la central o andina y la oriental de la llanura selvosa. La primera goza de un agradable clima, con lluvias escasas; y se ve surcada por numerosas corrientes de

agua provenientes de las cumbres, fertilizando los valles donde prosperan los cultivos de la caña de

numerosos ramales de menor altura.

Su forma de gobierno es unitaria,

SONATINA

Dulzura y paz.

En la calma

de la aldea va la luna,
suave y tranquila, como una
consoladora del alma.

Todo reposa y se aduerme;
el mar, con su mansedumbre,
me va dando la costumbre
de soñar y entristecerme.

Ni un árbol; la tierra triste
no da flores, ni hay la fuente
murmuradora y doliente
que de ensueño nos reviste.

Todo es gris.

En el camino,

la huella del caminante,
va dejando el vacilante
recuerdo de su destino.

Tierra sin savia y sin rosas,
donde el dolor se regala;
tierra gris, donde resbala
la tristeza de las cosas.

Dulzura y paz.

Raro encanto

de cosas muertas; tranquila
dulcedumbre que destila
en nuestros ojos el llanto.

Tierra para la añoranza,
para el sueño y la pereza,
donde vence la tristeza
y se pierde la esperanza.

Donde miro resignado
mis amarguras traidoras;
donde el viaje de las horas
es más lento y alargado...

A veces en lo lejano,
con son amargo, la quena
me hace recordar con pena
la aristocracia de un piano.

En medio de estos abrojos
pienso en perfumes y en flores;
los luceros brilladores
me recuerdan unos ojos...

JOSE GALVEZ

azúcar, algodón, el arroz y la vid.
Su orografía pertenece al Ande
que se divide en tres secciones, con

representativa y democrática. El
culto del Estado es el Católico Apos-
tólico Romano, con tolerancias de

otras religiosas. Su capital es Lima con doscientos mil habitantes, siguiéndole en orden de importancia, Tumbes, Payta, Trujillo, Callao, Pascamayo, Eten, Mollendo, Cuzco, Arequipa, Ayacucho y muchas otras.

Ocupa el quinto lugar en el comercio americano, habiendo la apertura del Canal de Panamá, estimulado la exportación metalífera, florestal y agrícola, cuyos productos son tenidos en alta estima en los mercados extranjeros.

Debe destacarse, por sus eficientes valores, la obra gubernamental de su actual Presidente, don Augusto B. Leguía que por segunda vez ocupa la suprema magistratura del País, consagración con que el pueblo premia a uno de sus más esforzados servidores. Sus relevantes condiciones de estadista se pusieron de relieve en las administraciones de los doctores Candamo y Pardo que le confiaron la cartera de Hacienda. Sus múltiples y oportunas iniciativas ministeriales, su profundo conocimiento de la ciencia de las finanzas, su convincente elocuencia en el Congreso, donde una oposición brava obstaculizaba sus propósitos y de la que saliera triunfante, perfilaron su personalidad ganándole la suma de las simpatías del electorado.

Elegido jefe de la Nación, rigió sus destinos con singular energía y acierto. Los pleitos seculares de límites con Bolivia, Ecuador y Colombia se resolvieron favorablemente, después de una crisis aguda, con un profundo sentimiento de solidaridad continental que honra a la cancillería del Mopocho. De retorno a la vida privada, fundó en Inglaterra la cámara de Comercio Anglo-Sudamericana, con éxito brillante. En 1919, venciendo sus resistencias se le reelige presidente. Tócale, entonces, resolver los arduos problemas de post-guerra, lo que obtiene gracias a su inteligencia clarovidente.

Al someter al arbitraje de los Estados Unidos, las diferencias con Chile del tratado de Ancon su patriotismo intenso trata de liquidarlas para siempre y ese objetivo acaba de corporizarse en la efectividad de las relaciones diplomáticas oficiales, ya resueltas por ambos ex-adversarios.

Administrador rectilíneo y honesto, con acabada conciencia de sus responsabilidades, temperamento civil y democrático, bajo su influjo indiscutible, viene realizando una reconstrucción total de los valores éticos, políticos y económicos. Por eso que la fecha gloriosa que hoy conmemora, encuentra al Perú en franca prosperidad y progresos morales que han de continuar por el esfuerzo de su gobierno y el tesón inquebrantable de sus hijos.

Calzado "NEWARK"

VENTA DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$ 15.- m/n.

EL PAR

CORRIENTES 745 - FLORIDA 245
Y CARLOS PELLEGRINI 342

Los dos mendigos

Por Max Davieaux

¿Quién no ha visto a esos dos pobres mendigos ciegos, parados a media noche en los bulevares, los pies en el barro y ofreciendo sus resignadas espaldas a la lluvia y a la nieve? Inmóviles, a orillas del río negro de la gente que pasaba indiferente, la mano tendida, silenciosos y negros, parecían la doble estatua de la miseria, un olvido de la muerte. Allí estaban, parados bajo la descorazonada lluvia, cuando esa noche el judío Rubén Moisés pasó y los miró detenidamente. "¡Admirables!", murmuró. Hizo un ademán como para rechazar una idea cuya crueldad le hacía brillar los ojos "¡Sería gracioso!", pensó. Los ciegos agitaban su tacita de estaño en vano. De sus sombreros grasientos el agua corría como de una gotera, y caía sobre sus barbas, y de ahí sobre los carteles de cartón, borrando las trágicas palabras destinadas a conmover a los transeúntes: "¡Tenga piedad de un pobre ciego!".

Rubén Moisés los miraba, y de repente se acercó y arrojó una moneda en la tacita de estaño. Luego, con una mano metida en el bolsillo del sobretodo y la otra manteniendo el paraguas erguido, dijo:

—Anda mal el negocio, ¿no?

Uno de los viejos contestó como para sí:

—La lluvia endurece los corazones.

—¿Cree usted que la piedad que inspira lleve a los corazones?

—Que llegue a la carterita y me basta — contestó duramente el ciego.

Y el más viejo gruñó:

—Y éste, ¿por qué nos habla?

—Les hablo porque me dan lástima y quiero ayudarles. Ustedes no saben nada de la vida moderna, y sus métodos de implorar la caridad pública están fuera de moda. Si yo hice fortuna fué porque supe adaptarme a mi época y trabajar a la americana.

—¿Es usted ciego?

—No. Soy fabricante de chapas esmaltadas.

—Ha cesado la lluvia — dijo el más pequeño.

Rubén Moisés tocó el letrero de cartón empapado del ciego, y dijo:

—La lluvia ha borrado la tinta.

Ya nadie sabe por qué están aquí, ni lo que esperan. Si quieren, les haré dos chapas esmaltadas con letras negras, que se verán de lejos. ¿Aceptado?

—Por nosotros...

—Entonces, convenido. Dentro de tres días vendré aquí y les daré sus chapas nuevas.

—La verdad es que éstas ya están poco decentes.

Rubén Moisés se alejó con la alegría que de él se apoderaba cuando había hecho un buen negocio.

Al día siguiente Rubén Moisés se presentó al jefe del servicio de publicidad de la fábrica de automóviles Limonen. Era un amigo suyo. Le dijo:

—Te traigo una idea. Si quieres, dos tipos pintorescos, conocidos, casi célebres, pasearán todos los días y todas las noches en los bulevares dos letreros, que llevarán colgados como collar, y que cantarán las cualidades de tus automóviles. Y tú me darás doscientos francos por día.

—Y esos tipos, ¿quiénes son?

—¡Ya verás! Y si los diarios hablan, en vez de doscientos, me darás el doble.

Y firmaron el contrato.

Dos días después, a media noche, Rubén Moisés fué a buscar a sus dos ciegos.

—Aquí les traigo sus letreros — dijo.

Moisés sacó sus chapas del papel que las envolvía. Dos cadenitas de aluminio las sostenían. Las pasó por encima de las canosas cabezas.

—¿Y qué dicen las letras negras? — preguntó el viejo.

—Dicen unas: "La bondad es la luz de los

ciegos". Las otras: "Lo que al ciego se da al cielo se cobra".

—¡Dios quiera, señor, que usted por estos letreros cobre una eternidad de alegría!

—Ya estoy pagado — dijo Moisés.

Con maligna sonrisa miraba el efecto de los dos letreros colgados en el pecho de esos miserables haraposos, y cuya novedad empezaba, ya a llamar la atención de los transeúntes. Pues no decían lo que afirmó Moisés, sino que en ellos se leían palabras más prosaicamente comerciales.

En el uno: "Ciego es el que no ve que el mejor automóvil es el Limonen".

Y el otro: "La deslumbradora belleza del automóvil Limonen me dejó ciego".

Los dos viejos quedaron solos. Oían los pasos de la muchedumbre, se daban cuenta de que muchos se detenían un momento ante ellos, y que, a media voz, leían los letreros y luego se alejaban; pero ninguna moneda caía en la tacita de estaño, y los ciegos no comprendían.

Grande era su sorpresa y más grande aún su decepción. No osaban comunicarse sus impresiones, pero cada día se sentían más abandonados.

De vez en cuando pasaba Rubén Moisés, y de reojo los miraba, y cada día cobraba sus doscientos francos.

Y pasaban las noches; el frío y el hambre acosaba a los dos pobres ciegos, convertidos sin saberlo en pintorescos postes de anuncios. Y ellos oían a los transeúntes que pasaban, se detenían, reían y se iban.

Célebres en la ciudad, y abandonados, míseros y tristes, los dos pobres ciegos se hundían en su agonía y nunca comprendieron por qué se había apagado de repente la piedad en el mundo.

Y un día ya no volvió a vérselos en el bulevar. Pocos fueron los que notaron su ausencia. Sólo Rubén Moisés tuvo para ellos una palabra de recuerdo. Dijo:

—¿Qué se habrán hecho esos idiotas?

Y se alejó malhumorado.

Por razones de Higiene Pública Se debe Combatir la Tos

El que tose no solamente fastidia a los que le rodean, sino que con su tos, esparce gérmenes peligrosos que infecta todo lo que toma contacto con el aire que expulsan sus pulmones. Cada ataque de tos, significa un desalojo forzoso de millones de microbios que pueblan los pulmones.

Para combatir la tos, están las ya conocidas

Pastillas **IODEINA** Montagú

que no son un simple bombón, sino un medicamento eficaz, de sabor agradable.

La Iodeina descongestiona los bronquios, facilita la expectoración (agotándola luego) y suprime el cosquilleo molesto que incita a toser

Las Pastillas Iodeina Montagú quitan la tos crónica de los fumadores y aseguran un sueño tranquilo

En todas las Farmacias y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO Y FLORIDA

BUENOS AIRES

Don Augusto B. Leguía, Presidente del Perú

Su intensa y formidable obra de gobierno. — Su fisonomía moral y política

El Perú actual, que al decir exacto de un sagacísimo observador como Sanín Cano, es la nación americana de un hondo temperamento español, temperamento que no ha perdido ni perderá, no obstante el entroncamiento incásico y las fluctuaciones de otras corrientes étnicas europeas, es obra de un solo hombre don Augusto B. Leguía, su Presidente, cuyo gobierno se sucederá constitucionalmente hasta concluir la empresa que se ha impuesto de llevar a su patria a la categoría internacional que le corresponde de derecho.

Don Augusto B. Leguía, temperamento enérgico, clara visión política, espíritu afectuoso, une en sí un núcleo de cualidades que, generalmente, no son sino una excepción en los hombres de gobierno. Con certeza afirmaba Montalvo que la política sólo cultivaba una cualidad particular en la mayoría de los hombres. El propio Presidente del Perú confirma la regla. Es difícil seguramente hallar hombres de gobierno que, con mayor armonía, concilien las cualidades diversas que exornan la prestigiosa personalidad de D. Augusto B. Leguía. Y más difícil aún quien las haya aplicado al servicio de una nación con tal seguridad y éxito, que puede adelantarse que su obra de gobierno es de las que serán recogidas como enseñanza de la historia. D. Augusto B. Leguía comparte con tres o cuatro ciudadanos más, de distintos países, la gloria de haber hecho de América latina el continente hacia el cual la brújula de la historia marca el derrotero futuro del mundo.

Heredero legítimo de la proapia de los Haro, tiene como Pizarro — de quien dijo John W. Doty que era el único con quien podía compararse, en lo que a la obra del Perú se refiere — el espíritu noble y conquistador. Grandes conquistas son, por ejemplo, y magnificadas por las circunstancias políticas especiales en que asumió el mando, el restablecimiento amplio y definitivo del crédito financiero del país; la sabia política impositiva, que hizo del Perú uno de los pueblos económicamente poderosos, la reducción inteligente del presupuesto, que solucionó el problema difícil de la burocracia, que con tantos agravantes presentan otras naciones americanas; el saneamiento del Perú; la formidable política caminera nacional y municipal, que ha hecho de las ciudades del Perú verdaderos centros modernos de población, y de su campo y sierras envidiables parajes de turismo; el encauzamiento del problema del indio, que marcha en vías de resolver-

se para siempre; en fin, mil empresas de progreso efectivo, de práctica orientación nacionalista, y entre las que cabe señalar aún su ductil y contemporizadora política internacional, a la vez pacifista y enérgica, y por último su tesonera organización del Ejército y de la Armada. El conjunto de la obra de gobierno de D. Au-

gusto B. Leguía no se apreciará nunca, suficientemente, en la sucinta crónica periodística. Bien se merece ella la atención minuciosa y cabal del estudioso, que la compendie con sus acotaciones políticas y morales, en un libro de largo aliento.

Precisamente en este último sentido adquirirá la personalidad de D. Augusto B. Leguía el relieve extraordinario que exigía Carlyle, para su héroe civil. Hombre de partido surgido en momentos de decaimiento del sentimiento nacionalista del Perú, él ha sabido restaurarlo, impregnarlo del intenso patriotismo de su espíritu y de nítida fibra hispana, para encaminar a sus conciudadanos hacia el puesto que la historia les ha reservado en el concierto de la civilización. Hombre, también, de convicciones arraigadas, de sincera y hasta apasionada filiación ideológica, nada logró quebrantar su fe, ni impedirle el acceso por la grada que se había propuesto ascender. De ahí que circunde su figura el respeto y la admiración de propios y extraños. La celebración del centenario de Ayacucho, fiesta que fué de esas que se graban profundamente en el recuerdo, puso de manifiesto la simpatía internacional que supo conquistar para el Perú, D. Augusto B. Leguía. Estuvieron allí presentes, en señal de homenaje a la nación hermana del Pacífico y a su mandatario querido e ilustre, todos los pueblos del mundo. Y nun-

ca como entonces se tuvo la sensación evidente de que la obra de gobierno de D. Augusto B. Leguía será recogida como decíamos, entre aquellas que servirán de enseñanza y estímulo en la historia.

La plenitud financiera, política y espiritual del Perú, renglón éste en el cual D. Augusto B. Leguía se puso a la altura de los grandes señores antiguos que sabían amparar las artes y las ciencias, es la mejor garantía de la perduración de su obra y de su nombre. Digámoslo, pues: cuando el Presidente del Senado del Perú, señor Rey, impuso por segunda vez la banda presidencial a D. Augusto B. Leguía, interpretó el sentir unánime de su país y de quienes, ciudadanos argentinos, españoles, alemanes u holandeses, saben apreciarlo y anhelan la conquista de sus altos destinos.



Señor Augusto B. Leguía

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

Doctor don Pedro Rada y Gamio, una de las personalidades más descollantes del Perú.

Un rasgo firme, pronunciado por el signo evidente de los labios. La mirada enérgica y serena, que parece sin embargo, esforzada en ocultar una expresión de profunda bondad. La frente limpia, amplia como es propia en los hombres de reconcentrada vida interior. Gesto apacible, pero de rectitud y confianza en sí mismo. La banda ministerial que cruza su pecho, donde rense también las rutilantes condecoraciones conferidas por los gobiernos del mundo que han debido premiar su inteligencia y su dedicación en pro de las más diversas actividades internacionales, agregan un tono severo al conjunto de su fisonomía.

Tal el retrato del doctor Pedro Rada y Gamio, una de las figuras consulares del Perú actual. El doctor Pedro Rada y Gamio se ha ganado por derecho propio un lugar descollante en la historia del país hermano. Su nombre aparece estrechamente vinculado a la obra de gobierno de D. Augusto B. Leguía, con el cual cooperó en la tarea de reorganización institucional, política y económica del Perú, en una medida de que da cuenta exacta su carrera en la magistratura y los cargos superiores y de entera confianza que ha merecido del mandatario de la nación del Pacífico. Hombre de extraordinario sentido político, de lealtad probada, de actividad múltiple y febril, únense en él las dotes cabales del estadista complementadas por una cultura honda y una fina sensibilidad contrahidas en la larga vida universitaria y en el contacto de la lectura de los grandes maestros.

No sólo ha revelado sus condiciones excepcionales en su paso por las altas funciones públicas, sino también en obras de significativo alcance literario. En efecto, el doctor Pedro Rada y Gamio es además de un notable jurisconsulto y hombre de Gobierno, un escritor de claro talento, habiendo merecido de la Real Academia Española la designación de miembro correspondiente del Perú. De ahí que su personalidad se perfila nitidamente en dos sentidos: la puramente política, que significó sus cualidades de habilidad, consecuencia y espíritu laborioso, y la puramente artística, que puso de manifiesto sus indiscutibles condiciones de creador de obras de verdadero aliento. Agréguese a todo esto un don de palabra que lo destaca como uno de los más altos oradores de habla caste-



Señor doctor don Pedro Rada y Gamio, presidente del Consejo de Ministros y encargado de la cartera de Relaciones Exteriores del Perú

llana, y un modo de ser cordial, atrayente simpático y se tendrá la impresión acabada del ilustre ciudadano a que nos referimos. El doc-

tor Pedro Rada y Gamio nació en Arequipa, la histórica ciudad, y cursó estudios en los principales institutos educacionales de su pa-



CALLAO. — Una pintoresca perspectiva del balneario de La Punta

tria. Desde muy joven tocó demostrar la enjundia de sus cualidades. En la vida universitaria del Perú recuérdase su actuación en los claustros como una auténtica tentativa de genio. El Dr. Pedro Rada y Gamio egresó en breves años, y durante su estudiantado dejó huellas memorables de su espíritu. Entonces aventuró los primeros ensayos literarios que tanto nombre habían de darle, y entonces afirmó sus prestigios de orador, una de las voces más arrebatadoras de multitudes que se haya oído en el Perú.

Arequipa lo llevó, en distintas oportunidades, al Congreso Nacional, sucediéndose como diputado durante varios periodos hasta que, por unanimidad caso excepcional en la vida de un parlamentario, fué elegido Presidente de la Cámara de Diputados. Su descollante actuación en este alto cargo le condujo poco más tarde, por el voto popular de sus conciudadanos, al Senado de la Nación. Conserva todavía su cargo representativo, no obstante haber sido sucesivamente Ministro del Interior y Ministro de Fomento, carteras desde las cuales realizó una obra intensa y profícua de orden administrativo y social. Como alcalde municipal de Lima, función en la que fué designado sin desmedro alguno de su personalidad, ofreciendo así una acción cierta de democracia, encará el problema edilicio de la ciudad conal llegando a transformarla, mediante su esfuerzo, en lo que es hoy: una de las más bellas metrópolis del continente.

En lo referente a las relaciones Exteriores el doctor Pedro Rada y Gamio fué, en su carácter de diputado o senador nacional el portavoz oficial del gobierno en todos los debates parlamentarios, y el más fiel intérprete del sentimiento nacionalista del Perú. En suerte, le correspondió desempeñar la cartera del ramo al reanudarse, recientemente, las relaciones con Chile, circunstancia feliz que asegura la solución pacífica y leal de los litigios que separaban a ambas naciones hermanas. Puede afirmarse, pues, que el doctor Pedro Rada y Gamio ocupa en el respeto y el sentimiento de sus compatriotas el lugar de preferencia que ha sabido ganarse con su recta, inteligente y tesonera labor pública.

El señor Embajador del Perú, doctor don Miguel A. Checa Eguiguren

No podía haber escogido el Gobierno del Perú, mejor y más dignísimo diplomático que quien lo representa ante nuestra Cancillería: D. Miguel A. Checa Eguiguren. Si la diplomacia es un arte, no cabe duda a nuestro juicio, que su tacto, su don de gentes, su clara e ilustrada inteligencia, han sabido interpretarlo como pocos; si no lo era, ya es seguro que D. Miguel A. Checa Eguiguren lo ha elevado a tal categoría, y que, desde su nombre de hidalgo resmanca, es ya un arte: el arte de atraer a los pueblos por la simpatía, de compenetrarlos, de confundirlos en un lazo auténtico de unión que sea algo más que las meras frases protocolares.

D. Miguel A. Checa Eguiguren representa para nosotros no sólo al Perú actual, vinculado a nuestro país por afectos tales, y por tales intereses sociales y morales que nada podrá quebrantar la recíproca firmeza de sentimientos, sino además al Perú histórico, tradicional; al Perú que compartió la hasañosa empresa de los Andes y que, cobijado bajo la bandera hecha jirones del Libertador, entró a los triunfos de la historia, y a su conquista, al mismo paso que nosotros y oyendo los mismos clarines belisónos. De ahí que, si bien jamás una nube desveló el cielo de paz ceñido desde el Plata al Rimac, como no lo desvelará nunca, puesto que fuera absurdo imaginarlo siquiera, la representación de D. Miguel A. Checa Eguiguren significó el afianzamiento definitivo de las relaciones entre ambos pueblos;



Doctor don Miguel A. Checa Eguiguren, embajador del Perú, en la República Argentina

es decir, significó la reanudación de aquellos vínculos intensísimos de otrora, de los tiempos heroicos, que las vicisitudes de la organización nacional respectiva había apaciguado. D. Miguel A. Checa Eguiguren puso en ello todo el fervor de su espíritu y la gentileza de su personalidad.

Ha sabido dotar a la diplomacia del calor de simpatía que, generalmente, no está en el frío ademan palaciego, en la indumentaria oficial, ni en las palabras de rigor. Ha sabido ganarnos, tanto por su representación, cuanto por sus propias cualidades. Sportman consumado hombre de letras, político hábil pero espontáneo, franco, llano, su aristocracia espiritual es un galardón que exalta su figura representativa. Habitado prontamente a nuestra vida pública y a nuestras modalidades, es un ciudadano nuestro, que une a la investidura del pueblo hermano un sincero argentinismo.

¿Qué más decir para señalar la trascendencia internacional de su paso por nuestra Cancillería, paso que ojalá perdure por muchos años? D. Miguel A. Checa Eguiguren ha logrado que la representación diplomática deje de ser, en el país donde se ejerce una condición de extranjero, de ciudadano de otro pueblo. Sabe servir así los altos intereses de su patria, a la vez que se conquista la cordial gratitud de la nuestra por sus indiscutibles servicios a la fraternidad recíproca, en que ha de basarse en un futuro no lejano la comunión de todas las naciones.



LIMA. — El magnífico edificio ocupado por el Hotel Bolívar



LIMA. — La piscina de baños Country Club



Doctor Humberto Fernández Dávila, primer secretario de la embajada del Perú en la República Argentina

El doctor Humberto Fernández Dávila, 1er Secretario de la Embajada del Perú, ha sabido descollar en sus delicadas funciones diplomáticas por sus indudables aptitudes y condiciones personales. Al frente de la referida secretaría realiza constantemente una labor técnica y política que, por su claro acierto, mereció a menudo la aprobación y el estímulo de su Gobierno.

Vinculado a nuestro país desde el año 1919 su inteligente desempeño de otras misiones no menos responsables, lo llevaron sucesivamente al cargo que ahora ocupa. Designado encargado de Negocios en Alemania, impuso asimismo el alto concepto que había acreditado ya en la Cancillería del Perú, y fué más tarde reintegrado a su actual puesto. De tal modo, desde el cargo de Agregado Civil a la Legación de su país en la Argentina, en la misión del doctor Emilio del Solar, llega a las más altas representaciones de la diplomacia, no siendo difícil, tratándose de un funcionario joven, que alcance prontamente la plenitud de su carrera. Incorporado a nuestra sociedad por su enlace con la señora Elsa Berisso, distinguida dama, hija del malogrado autor D. Emilio Berisso, el doctor Humberto Fernández Dávila es indiscutiblemente una de las simpáticas y conocidas figuras de nuestro mundo.



Señor Augusto Rojas Matiz, vicecónsul del Perú, en la capital federal.

Diplomáticos peruanos acreditados ante nuestro gobierno



Señor Manuel Eduardo Sánchez Concha, segundo secretario de la embajada del Perú



Teniente coronel Maximiliano Frías, agregado militar a la embajada del Perú



Señor Federico M. Bullen, cónsul general del Perú en nuestro país.

Para la realización de los altos destinos del Perú, figuras de "pioneros" tesoneros, inteligentes y activos trabajan en todos los confines del mundo. Entre ellos, hay uno que merece citarse particularmente no ya porque sea hoy el Cónsul General en nuestro país, sino porque su larga carrera pública ha venido perfilándolo en caracteres propios y firmes.

Nos referimos, claro está, a la personalidad de D. Federico A. Bullen. Oriundo de Paita, la tradicional ciudad del Piura. D. Federico A. Bullen nació en el año 1868. En plena adolescencia, el espíritu emprendedor que lo distingue llevólo a emplearse en la compañía cablegráfica que es ahora la All América Cables. Sus quince años de servicios en esta empresa, a cuya actual prosperidad cooperó con su actividad e inteligencia, dan buena cuenta del temperamento admirable de D. Federico A. Bullen. Más tarde se radicó en Chile, donde permaneció durante veinte años compartidos por Valparaíso y Santiago, y en cuyo comercio llegó a destacarse singularmente. Trasladado luego a Mendoza, donde permaneció once años, el Gobierno de su patria, procediendo sabiamente, fué a buscarlo allí para confiarle la representación consular que, indudablemente, no podía ser mejor asignada.

En octubre de 1917 fué nombrado cónsul del Perú en la ciudad cuyana. Calificado por su obra, en octubre de 1922 fué elevado a la categoría de Cónsul General en la misma ciudad de Mendoza.

Atendiendo a sus condiciones sobresalientes y a su hermosa labor al frente de dicha representación, en mayo de 1928, el Gobierno del Perú resolvió trasladarlo a Buenos Aires con la alta investidura que ejerce actualmente.

Carrera brillante, como se ve, habla bien en favor del distinguido funcionario consular de quien se espera aún una obra mayor en pro de la cordialidad y mutuo conocimiento del Perú y la Argentina.



Señor Abraham García Cisneros, secretario del consulado general del Perú

DAMAS PERUANAS



Señora Elsa Berisso de Fernández Dávila, esposa del primer secretario de la embajada del Perú en la República Argentina. — La acompañan su senora madre y su hijito.



Señora Paulina Tarnasi de Bonaventura, esposa del embajador del Perú, acreditado ante el gobierno del Japón.



Señora María Luisa Solari de Checa Eguiguren, esposa del embajador del Perú, en la República Argentina.



Señora Glorinda Wicks Ibáñez de Bullen, esposa del cónsul general del Perú en la República Argentina.



Señora Blanca Vegas de Frías, esposa del agregado militar a la embajada del Perú, teniente coronel Maximiliano Frías.



Señora Amelia M. de Rojas Matiz, esposa del vicecónsul del Perú en Buenos Aires.



:: Bellezas de Lima ::



El monumento erigido a la fecha nacional del Dos de Mayo, en una de las plazas de la capital peruana



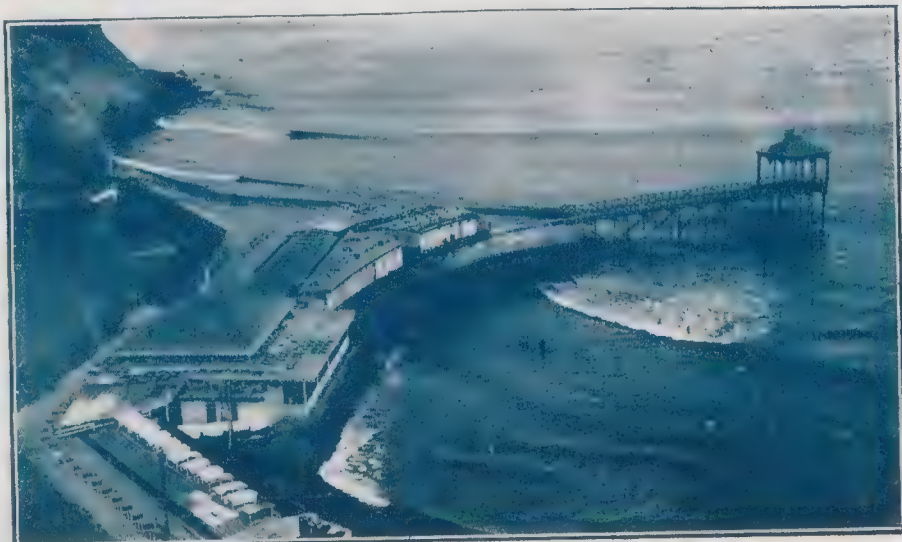
Bello arco de estilo morisco levantado en la Avenida Leguía



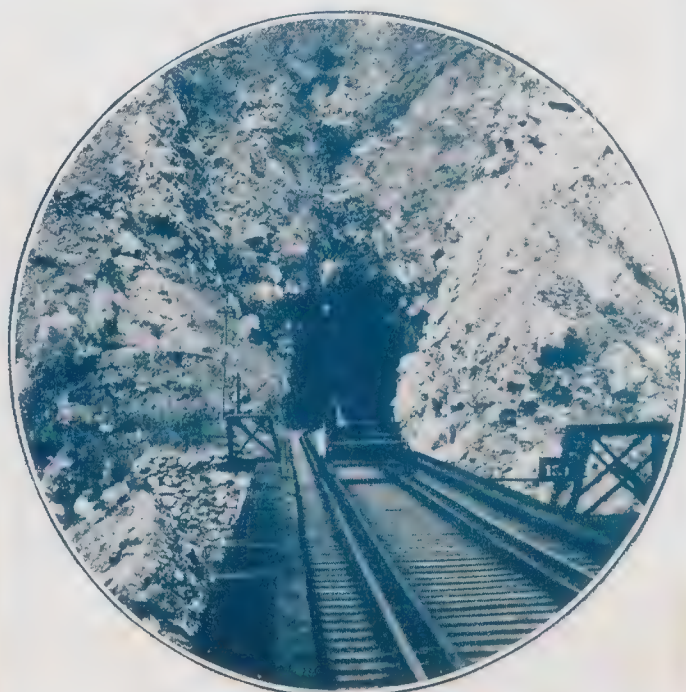
El frente de la histórica casa de Torre Tagle



Edificio del palacio arzobispal de Lima



Un aspecto del hermoso balneario de Chorrillos



La entrada al túnel abierto en la línea del Ferrocarril Central

Doctor
de la

E
Se
da
p
con
rile
lab
ac
el
A
su
no
me
que
su
dile
má.
De
C
tine
ber,
de
dos
pro
cor,
con
na
ris
be,
e

❁ Fallecimiento del Vicepresidente electo de la República ❁



Doctor Francisco Beiró, vicepresidente electo de la República, cuyo reciente fallecimiento determinó un hondo sentimiento de condolencia popular.



La capilla ardiente levantada en el salón de pasos perdidos de la Cámara de Diputados, por donde un numeroso público desfilaría rindiendo homenaje a los restos del extinto.



La carroza fúnebre conduciendo el cadáver del vicepresidente electo de la República, al ponerse en marcha desde el palacio del Congreso, seguida de un enorme acompañamiento.



El féretro, atravesando el peristilo de la necrópolis del Norte, es conducido al lugar de la inhumación.



El cortejo fúnebre escuchando los discursos necrológicos al dar sepultura al cadáver. Entre el acompañamiento, puede distinguirse al presidente electo de la República, doctor Hipólito Irigoyen



EN PRESIDIO

Por Eduardo Zamacois

El acusado, sentado en el fatal banquillo por donde pasan los que en un arrebatado de codicia o de cólera puso fuera de la ley, escuchaba el terrible informe acusatorio del fiscal con los ojos en la tierra, que le atraía como reclamando ya la inmediata posesión de aquella pobre carne condenada al patíbulo.

Era un mozo de veintiocho a treinta años, moreno, con cejas fuertes y pupilas brillantes y sangrientas como brasas; la cabeza cuadrada y terca, los hombros anchos, las manos cortas y gruesas de matador que no tiembla al herir...

El fiscal terminaba su discurso pidiendo para Gerardo López la pena capital. El crimen del acusado era una de esas terribles hazañas que, de cuando en cuando, rompen la uniformidad de la vida diaria, caloriando la sociedad con un estremecimiento de horror.

La tarde del crimen, Gerardo llegó a su casa inopinadamente, cuando todos le creían en la fábrica; la puerta estaba entornada; aquello le sorprendió... Dentro, en la pequeña habitación que servía simultáneamente de gabinete y comedor, resonaban las confusas voces de un hombre y una mujer. El marido avanzó cautelosamente sobre la punta de los pies, conteniendo el aliento... Al llegar al término del pasillo, reconoció a los que con tanta vehemencia y misterio discutían: eran su mujer y don Cleto, el casero, a quien adeudaban tres meses de alquiler; él, sofocado por el torvo deseo carnal que le oprimía la garganta, jadeaba asegurando que todo aquello tendría fácil arreglo si ella era complaciente... La esposa le rechaza enérgicamente, sintiendo que aquella innoble proposición flagelaba su rostro como un látigo. Entonces don Cleto arremetió a la joven empujándola hacia un sofá.

Este fué el momento elegido por Gerardo López para perpetrar su crimen: sin pensar que a la generosidad de su víctima debía haber dormido bajo techado aquellos tres últimos meses, cayó sobre ella derribándola al primer manotazo de sus manos hercúleas; luego le cogió por el cuello, arrastrándola, magullando su ensangrentada cabeza contra los muebles, y, finalmente, le mató arrojándole a la calle desde la altura de un cuarto piso...

El fiscal alegaba y zureña malévolamente cuantos puntos eran, más o menos, hostiles al acusado; pues Gerardo estaba seguro de la fidelidad de su mujer, sus caías no tenían disculpas ni explicación legítima; López, en vez de ceder a la ira, debió limitarse a despedir al casero y

presentar contra él la oportuna denuncia; para algo vivimos en una sociedad civilizada y bajo el amparo de códigos sabiamente compuestos...

El abogado defensor comenzó su discurso coronándolo con párrafos brillantes y ampulosos enderezados a conmover la honrada sensibilidad del Jurado.

Gerardo López no era un criminal, sí un hombre de arrestos y de honor: examinó sus antecedentes sin tacha y su existencia metódica, consagrada al trabajo y al cariño de aquella mujer que era todo su bien, su familia, su consuelo y su esperanza; y luego pintaba con frases cortadas y duras, como golpes de escoplo, el trágico cuadro de la lucha: al propietario, crapuloso y obsceno, invocando, para vencer la honrada resistencia de la pobre obrera, sus títulos de acreedor, y cayendo después bajo los puños de Gerardo López, que defendía lo suyo, la mujer que era para él deleite y arrimo; compañera santa en sus fieros combates por el pan, consoladora como un amigo, bondadosa como una madre...

Al llegar cierto momento en que el abogado invocaba el derecho indiscutible que su defendido tenía para hacer lo que hizo sin acordarse del Código que, como todo lo reglamentado, es muerto y frío, Gerardo López, fuera de sí, le interrumpió para exclamar:

—¡Sobre todo, antes que hombres civilizados... somos... hombres!

No supo decir otra cosa, pero él se entendía; su defensor también le comprendió, y aquella interrupción le sugirió una improvisación elocuente. Gerardo, sin más luz que la de su buen instinto, había dado en el hito: "antes que hombres civilizados... somos hombres"; seres que saben sentir intensamente y querer hasta el sacrificio heroico y odiar hasta el crimen; de poco sirven los códigos cuando la pasión se revuelve y estalla. En los trances supremos, el instinto independiente y dominador del macho primitivo despierta; ¿qué hombre, viendo amenazados el honor o la vida de su madre o de su esposa, podría reprimir el impulso vengativo de todos sus nervios para invocar fríamente el socorro de la ley?...

El fiscal se levantó a ratificar; su despiada inspiración tuvo párrafos de terrible y abrumadora elocuencia; el Jurado se declaraba en su favor; Gerardo López fué condenado a cadena perpetua.

Pasaron muchos años; don Víctor, el fiscal que envió a Gerardo a presidio, se había retirado del foro para casarse y dar a los últimos años de su vida algún reposo.

A pesar de sus cincuenta y cuatro años, don Víctor se conservaba fuerte y erguido dentro de su levita negra, amplia y larga; vivía en un hotelito, cerca del Hipódromo, en medio de un vasto jardín con callejas enarenadas y frutales que la primavera cubría de flores; Joaquina su mujer, que apenas contaba veinte mayos, parecía adorarlo y su temprana juventud le prometía herederos robustos, que, por ciertos indicios inequívocos, no tardarían en llegar.

Muchas noches don Víctor, sentado ante su mesa de trabajo y rodeado de estantes atiborrados de libros, recordaba aquel pasado de luchas que iba alejándose, como algo que se hunde en una noche sin fin; a veces Joaquina le acompañaba, leyendo una novela bajo la luz de la lámpara.

Don Víctor, sumido en delicioso emparejamiento, comparaba su existencia actual, tranquila y feliz, con las luchas de otros días.

A su alrededor, dormidos en la penumbra de los estantes, reposaban los centenares de volúmenes que guardaban cuando acerca de las injusticias y derechos humanos se ha escrito, y en los cuales él aprendió el ingrato arte de mandar gente a presidio o al patíbulo: a ratos, evocando los bizarros extremos de su verbo brillante y frío como la cuchilla de una guillotina, le asaltaba el temor de haber sido cruel, y reconstituía escenas: el reo sentado en el banquillo, con la cabeza caída sobre el pecho, cual si la oratoria implacable del fiscal le patease el cráneo; y él en pie, empujando sañudamente hacia el castigo la conciencia de los jueces. Pero no; él siempre fué justo; él nada legisló; se había circunscripto a ser el representante de la legalidad, la encarnación del Código, la voz temerosa de aquellos libros cerrados.

Sí; él fué justo y bueno: sin esto no se concebía que el Destino recompensase sus afanes pretéritos rodeándole hogano de tantos agasajos: aquella mujer joven, dulce y bonita, aquel hotel que en las noches estivales dormía bajo la luz blanca de la luna, entre un bosque de frutales y sobre un adorante táliz de flores era el condigno premio a sus esfuerzos en pro de la humanidad honrada.

Y don Víctor creía que su felicidad sería eterna, como el suplicio de los condenados a cadena perpetua.

Transcurrieron doce años; el anciano fiscal, embebecido en el cariño de su mujer y la crianza de su hijo único, no visitaba a sus viejos compañeros, que también le habían olvidado; su antiguo prestigio era agua pasada.

Un día, al regresar a su hotel a hora desusada, le impresionó dolorosamente oír en su gabinete un murmullo indefinible de conversaciones y de risas: don Víctor, subió las escaleras de puntillas; Joaquina hablaba con un hombre a quien el fiscal procuró inútilmente reconocer por la voz: don Víctor se desizaba a lo largo del pasillo, y al llegar a

la puerta de su despacho se detuvo y aplicó el oído... Oyó una frase de amor, luego otra... y sus mejillas ardieron con el incendio de la vergüenza y de la ira.

Fuera de sí allanó la habitación, babeando, agitando los brazos, como un oso herido que zarpea. El amante cobarde huyó, saltando por la ventana, Joaquina, abnegada y heroica, protegió su fuga, colocándose irás él, defendiéndole con su cuerpo. Don Víctor se arrojó sobre ella, la derribó al suelo, pateó su vientre, sus entrañas traidoras, oprimió su garganta hasta estrangularla.

Después se levantó aturrido, pero satisfecho de sí mismo, pareciéndole respirar mejor, y paseó en torno suyo una mirada estúpida, sin comprender el mudo lenguaje de aquellos centenares de volúmenes que le acusaban recordándole que la venganza de todas las afrentas, como él tantas veces había dicho, no estaba nunca entre las manos del ofendido, sino en los tribunales de justicia...

Pero, pasados algunos minutos, don Víctor creyó oír aquella voz que llenaba su juventud, y por primera vez el anciano fiscal tembló, reconociéndose injusto y frío y cruel...

Don Víctor fué preso; sus antiguas relaciones no le favorecieron: el día de la sentencia el representante de la ley le atacó furiosamente y la defensa fué mala. Don Víctor fué condenado a tres años de presidio.

La noche en que el viejo fiscal llegó a la penitenciaría le impresionó un semblante moreno, de ojos ardientes y grandes y poderosas cejas, al que estaba seguro de haber visto otra vez...

—¿Es usted Gerardo López? — preguntó.

—Sí, señor.

El antiguo recluso, a su vez, reconoció en aquel viejecillo a quien la fatalidad parecía haber encorvado repentinamente, al fiscal que le condenó.

Y usted — dijo, — ¿es don Víctor?

Don Víctor comprendía, entonces, lo que jamás pudo entender; y las palabras con que el oscuro presidiario había querido defenderse volvieron a su memoria.

—Aquí estamos los dos — exclamó el viejo magistrado; — tenía usted razón al decir que, antes que hombres civilizados... somos... "hombres". Sí, fui injusto con usted; no me guarde por ello rencor. Deme usted la mano...

La visita del presidente electo del Paraguay, doctor Guggiari



El presidente electo del Paraguay, doctor José F. Guggiari, acompañado del presidente de la República, doctor Alvear, momentos después de desembarcar en la dársena norte.



El doctor Guggiari y el primer magistrado, agradeciendo los aplausos del público que aguardaba la llegada de los mandatarios, estacionado frente a la casa de Gobierno.



El presidente electo del Paraguay doctor Guggiari y el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, mientras se efectuaba el homenaje tributado al primero en la Escuela 'República del Paraguay'.



El director de la Escuela 'República del Paraguay' leyendo una salutación dirigida al doctor Guggiari y a la República hermana, durante la ceremonia realizada en aquel centro docente.



Exposición de pintura de Mallorca



presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado del embajador de España, don Ramiro de Maeztu, y de otras personas, durante el acto inaugural de la exposición de pintura de Mallorca.

Sociedad de Farmacéuticos



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete organizado por la Sociedad de Farmacéuticos y llevado a efecto en los salones del Centro Catalán.



Aniversario del Colegio Militar



Como en años anteriores, se realizó, con todo lucimiento, la celebración del aniversario de la creación del Colegio Militar, institución fundada por Domingo Faustino Sarmiento, que acaba de cumplir 58 años de existencia. — El ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, acompañado de las autoridades del colegio y de un grupo de familias invitadas, presenciando el homenaje tributado ante la estatua del creador de dicho instituto, situada en Palermo.



El mayor José Molina pronunciando una alocución patriótica durante el homenaje a Sarmiento.



Vista parcial de los cadetes del Colegio Militar y de las familias concurrentes, rodeando el monumento a Sarmiento, en ocasión de celebrarse el aniversario de la fundación del colegio.



El ministro de Guerra, general Justo acompañado del director y profesores del Colegio Militar y de otros jefes del ejército, que tomaron parte en el banquete efectuado en la institución, con motivo de la celebración del aniversario de la misma.

Vida científica



Doctor Carlos H. Nisseggi, representante de la Asociación Médica Argentina en las jornadas médicas brasileñas.

Partida del Cónsul de la Argentina en el Japón



Nuestro colaborador don Ricardo Aramburu, distinguido escritor y diplomático, acompañado de un núcleo de familias y de intelectuales que fueron a despedirle a bordo, a su partida, con destino al Japón, donde desempeñará el cargo de Cónsul de la República Argentina en dicho país.



Celebración de la fiesta nacional belga



Dos instantáneas obtenidas durante el lucido baile llevado a efecto en los salones del Círculo Belga, acto con el cual dicha institución se asoció a la celebración del aniversario de Bélgica.

Concierto de obras del compositor Chimenti



En la Asociación Amigos del Arte realizábase el concierto de obras del malogrado compositor Armando Chimenti, que un grupo de amigos organizara como homenaje a la memoria del extinto. — A la izquierda: la señorita Helena Larrieu interpretando varias obras del mencionado compositor. — En el centro: vista parcial de la concurrencia. — A la derecha: el crítico musical señor Mayorino Ferrara haciendo uso de la palabra.

Conferencia del señor Tirso de Lorenzo



En los salones del Club de Flores pronunció el conocido escritor, señor Tirso de Lorenzo una interesante conferencia que versó sobre el tema "Los eternos motivos poéticos". — A la izquierda: un aspecto del auditorio. — A la derecha: el señor Tirso de Lorenzo mientras hacía uso de la palabra.

Logia Hijos de Hiram



Con motivo de la renovación de sus autoridades, la logia Hijos de Hiram, realizó un banquete, al que asistieron numerosos asociados. — Vista parcial de la mesa.

En el Círculo Andaluz



Banquete realizado en el Círculo Andaluz en honor del socio doctor José Vidal, con motivo de haber terminado brillantemente sus estudios en la Facultad de Medicina.



Señor Carlos L. Gracidas, agregado obrero a la embajada de Méjico que ha regresado a su país, por haber sido elegido diputado nacional en dicha República. El señor Gracidas enviará a FRAY MOCHO interesantes colaboraciones que nos complaceremos en ofrecer a nuestros lectores.

En honor del agregado obrero a la embajada de Méjico



Concurrentes que asistieron al lunch realizado en honor del agregado obrero a la embajada de Méjico, señor Carlos L. Gracidas. El acto, que se efectuó en el local de la Unión Obreros Municipales, fué organizado por un núcleo de militantes en los partidos obreros de la Argentina, como despedida tributada a dicho señor, en ocasión de su partida para Méjico.

Inauguración del Parque Rivadavia

EMBAJADA DE MÉJICO
AGREGADO OBRERO
BUENOS AIRES

El obrero argentino en la Revolución Mexicana la verdadera fuerza para asegurar el triunfo de los postulados del Nuevo Surco, y la Revolución halla en el obrero y en el campesino el único elemento para afirmar en el espíritu nacional que la conciencia universal. - *C. Gracidas*

Autógrafo del señor Gracidas, para FRAY MOCHO



El presidente de la República, doctor Alvear, el intendente municipal, doctor Casco y demás personas de la comitiva oficial, en el acto de la inauguración pública del Parque Rivadavia

Escuela José Manuel Estrada



Los alumnos de la escuela José Manuel Estrada, durante la fiesta conmemorativa organizada por un núcleo de ex alumnos que cursaron sus estudios en la mencionada institución docente.



El doctor Manuel María Oliver, dirigiendo la palabra a los concurrentes al acto.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



May Mac Avoy y Conrad Nagel en "Si yo fuera soltera", cinta Ajax que la General exhibe desde el viernes último



Lois Wilson y Williams Irving, protagonistas de "En la isla de los placeres", película Rialto que la General estrenará el próximo viernes



María Casajuna, la nueva estrella española y Víctor Mac Laglen, protagonistas de "Una novia en cada puerto", que la Fox estrenará el jueves próximo



Buster Keaton y Marión Byron en "El loco Bill", que Artistas Unidos estrenará mañana



Gertrude Astor y George Sidney en "Forasteros en París", cinta Jewel que la Universal estrenará hoy.



Raymond Hitchcock y Blanche Mehaffey en "Detrás del biombo", superproducción Tiffany que la Corporación estrenó anteayer

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Mariana L. Orgambide con el señor Y. Gdansky



Señorita María Ernestina Oliveira Estéves que recientemente contrajo enlace con el señor Julio César Maffei.



Señorita Clara C. Lendres con el señor Carlos H. Lucioni



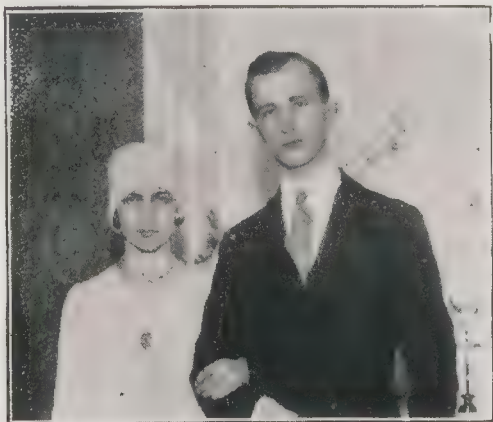
Señorita Carolina Labal Garmendia con el señor Roberto G. Taylor



Señorita Elida Vengoechea con el Sr. Zulimo García



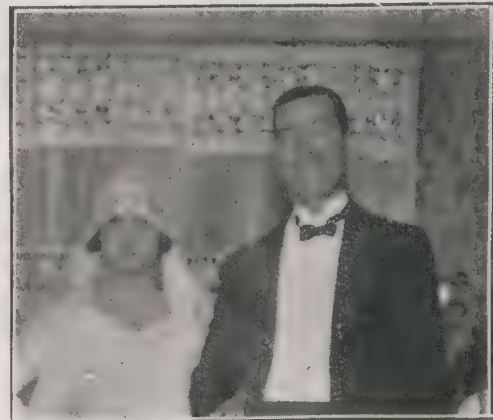
Sta. María Esther Stella con el Sr. Marcos Díez (h.)



Señorita Nélida María Lafón con el señor Angel C. Bori



Señorita María Teresa Salvo con el señor Armando Forni



Señorita Emilia Cribari con el señor Juan J. Geanelli

— Gente menuda —



Nélida Matilde Caballero



Roberto Oscar Marconi



Niños de Pagola



Juan T. Bianchi Bojarano

Información gráfica del interior



MENDOZA. — Concurrentes al lunch realido en "La Quincena Social" en honor de los profesores y bachilleres platenses que visitaron a Mendoza



AZUL. — Alumnos de la escuela núm. 17 que obtuvieron el primer premio en la recolección del bicho de cesto



NEUQUEN. — El gobernador del Territorio y demás autoridades presenciando el desfile de las tropas en la conmemoración del 9 de julio.



Algunas de las tropas de guarnición en el Neuquén que tomaron parte en el desfile efectuado con motivo del patrio aniversario



CORRIENTES. — La sección enfermería del nuevo cuerpo de boy-scouts "Don Bosco", durante el desfile del 9 de julio.



SAN RAFAEL. — El intendente municipal señor Casnati leyendo su discurso en la inauguración de la estatua de San Martín



El monumento erigido al general José de San Martín, recientemente inaugurado en San Rafael (Mendoza)



LA PLATA. — Señor Javier Marrazo, autor del "Cuadro demostrativo de los partidos comprendidos en la provincia de Bs. Aires"



La señora María Josefa Garmendia de Demaría Mossey y sus hijitos Alberto y Hebe



Señor Federico della Croce, recientemente fallecido en la ciudad de La Plata

Para ella.—

Surgía del piano una sonata; no recuerdo cuál. Era dulcísima. Podía muy bien haber sido de Mendelson, de Beethoven, de Mozart o de Listz no importaba saber en qué genio musical había nacido aquella sublime inspiración romántica.

Por aquel entonces festejábamos, entre familias íntimas, el onomástico de doña Dolores, a la que se unía la doble felicidad del cumpleaños y la curación total de Lolita, la hija única de la casa, que había salido ilesa, afortunadamente, de entre las garras de dos cirujanos, los cuales unos días atrás, se pusieron a la tarea de perforarle la epidermis abdominal, en busca del apéndice infestado.

Había presentes, además algunas señoras — madres y otras no madres, tres pollas, tres pollos (al decir del lenguaje madrileño), y varios niñitos. No faltó, por otra parte, el fotógrafo "amateur" que reunió todas las imágenes de la fiesta en una placa de 9 x 12. De aquella copia conservo un fragmento pequeño, el que reúne dos rostros sonrientes, ávidos de vida, casi felices, y me acompaña desde entonces, en el bolsillo del chaleco que dá frente al pectoral izquierdo.

¡Han pasado dos años ya desde aquel modesto festejo que nada significa aún, para el lector!

Lilián era la intérprete de la sonata, que gravitó en mi espíritu como una brisa fresca venida de las alturas; sus manos, recorriendo el teclado, acariciaron, en aquellos instantes, mi alma, hasta entonces altanera, rebelde e inaccesible para las mujeres.

La felicitamos todos al final; pero ninguno debió sentir lo que yo sentí. Nadie temblaba de emoción y de turbación; los presentes habían sentido el halago del timpano, yo el de mi universo interior.

—¡Admirable! — le dije.

—¿Quién? ¿La sonata?

—Ambos; no sabría decir cuál de las dos lo es más.

Sus ojos pardos se fijaron en los míos. Un frío intenso bajó desde mi cerebro, acelerando, por el contrario, la circulación de la sangre.

—¡Adulón! — contestó, mohína, levantándose del taburete.

—¿Por qué adulón? — reproché.

—No se ponga usted así. Lo he dicho en tono de broma; aunque a la verdad yo no merezco ser admirable...

—Lo merece, se lo digo con toda sinceridad.

—Lo creo a usted sincero, no obstante...

LILIAN

Por Arturo Alezzandrini

Lolita nos interrumpió, obsecuándonos con oportuno. Bebimos y los tres pasamos al balcón. La noche era fresca pero a mí me daba la sensación de estar frente a la puerta de un horno encendido. Desde la sala venía el murmullo de las señoras entregadas a la cháchara.

—Le agradezco a usted que me haya creído sincero — musité a Lilián.

—Hum; no le haga caso; éste

—Si ella no estuviera delante, te diría que sí...

—¿Lo dices para que lo oiga?

—No, lo digo para que lo lleve el viento...

—...No digo tanto...

—Pues estás frito. Tiene novio.

Lilián se sonrojó ante la brusca franqueza de nuestra común amiga. Adiviné que era cierto. Sentí desplomarse algo interior y tratando de componer la mente respondí:

—Esa no es una razón valedera

guien decidió que se bailase y la fiesta transcurrió amablemente. No obstante, yo no podía soportar la angustia que hacía presa de mi ánimo, a pesar de cuanto hice para tratar de disimularla. Al cabo me excusé y me fui. En la calle, la noche me bendijo con un hálito fresco acariciándome el rostro. Anduve unas cuadras como idiotizado; me sentí, por fin, en una confitería y me trajeron whisky. Amaneciendo, llegué a mi dormitorio bajo la torturante semi-inconciencia alcohólica, me tiré en el lecho... y no recuerdo más.

El noviazgo de Lilián se había producido por una de esas raras coincidencias circunstanciales que traducen a menudo las comedias y las películas. Supongamos que Lilián no quiso ser novia... y lo fué. Lo demás queda confiado a la imaginación del lector.

De tiempo en tiempo, accidentalmente, nos encontramos dos o tres veces. Al estrechar sus manos (aquellas que otrora habían acariciado mi espíritu) presentía que aún no debían desfallecer mis esperanzas. Además sus pupilas pardas denunciaban, al encontrarse con las mías, una fijeza emotiva y como nostálgica. ¿Sufría ella lo que yo?

Esta interrogante razonaba mi cristalización sentimental y llegué a sentir por ella una verdadera tortura íntima, tan íntima que

jamás nadie, excepto mi almohada, ni la presumió siquiera.

Pasó un año. Corría el mes de junio. Hasta entonces me había confiado a la providencia; no me quedaba otro recurso, y el tal si lo era hipotético o baladí reconfortaba un tanto mi vida, tonificándola con un remoto pero óptimo presentimiento. Por entonces mi primita Pochola, se debatía en su lecho de febriciente, presa de una congestión pulmonar. Algunas visitas acudieron a nuestra casa a interesarse por el estado de la enfermita. Entre ellas compareció Lilián. El tiempo transcurrido había divinizado. Su presencia me conmovió. Quien haya amado a una mujer, poco menos que imposible, alguna vez, ha de suponer la emoción de esos instantes.

Poco después, instalados ambos en el hall, dimos en charlar sobre los tiempos idos. Remontamos el pasado y al cabo me preguntó:



es de lo más mentiroso que ha dado la creación — intercedió Lolita.

—No lo creo.

—La felicito por ser la única que no me adjudica la difícil propiedad de mentir.

—Bah, si te conoceré yo...

—¿Oye? Lolita es una de las amigas para quien es fuerza que yo no sea alguna vez sincero...

—¿Alguna vez?

—Sí, porque según ella no lo soy nunca...

—Y tú ¿qué te metes en esto? ¿sabes a qué venía la conversación?

—Me lo imagino...

—Dílo.

—...Alguna zalamería.

—Has acertado — afirmó Lilián.

—Te has equivocado — exclamé — le decía a Lilián que era digna de admiración. Lo que es verdad.

—¿Te gusta ella? — me preguntó Lolita con ese su temperamento alegre y desparpajado.

para privar mi predilección.

No soy de los que creen que un novio, en la vida de una mujer que admira o estima, ha de invalidarme para ser gentil con ella.

Este argumento servía para salvar la situación pero mi personalidad íntima estaba lacerada. ¡Novio!

He aquí el fantasma del Destino, puesto delante de la mujer que había hecho vibrar, por primera vez, mi sensibilidad, de manera tan intensa como inmediata.

Un novio, cuando no se ama, si no es invencible, por lo menos representa la conjunción de los formulismos familiares y los prejuicios, entre cuya gama se agitan impotentes los más intensos impulsos de los huérfanos que tropiezan más tarde con sus almas gemelas. ¿Y acaso Lilián no le amaba?

Doña Dolores apareció en el dintel instándonos a que pasáramos al interior y amonestándonos por la "ocurrencia de andar a la pesca de un constipado" Una vez dentro, al

—¿Qué es de su novia?

—No tengo ni he tenido novia...

—Suponía que la tuviera... aunque, ahora que recuerdo, usted prometía entregarse al más obstinado celibato.

—Es exacto; ¿Qué otro recurso nos queda a los desheredados del amor? Pero en mi fuero íntimo esa es una solemne mentira con que disfrazo el infortunio. Mi ideal femenino ya apareció en mi existencia... y es como una estatua! Bella estatua, privada de sentidos para las solicitudes de mi sentimentalidad!

—¿Y dónde está su ideal?

—¡En usted!

—¡Por Dios me deja atónita!

—No se colme de asombro. Se lo he dicho tan suavemente que no me explico su perplejidad...

—Es que ha sido tan intempestivo...

—Sin embargo yo creí que aquella noche fría, en el balcón, sus ojos y los míos se habían penetrado... suponía en usted mucho de mi gran dolor interior...

—Y bien, es verdad, ¿para qué finjir? Yo también he soportado la tortura de mi mudez sentimental. Presentí como usted, que aquella noche, después de la sonata, se habían encontrado dos almas afines: la suya y la mía. Desde entonces he sufrido de una rara congoja. Recién me la explico, es decir, no precisamente ahora, sino en las dos únicas veces que nos hemos vuelto a ver, de pasada, en la calle, fugazmente...

—...sublime criatura...

—...He recordado constantemente aquella vez que usted me hizo decir: "hermoso Brummel"...

—...Sí, el rictus de sus labios al pronunciar esas dos palabras y la insinuante melosidad de su voz, me parecía una breve oración de amor, la dulce iniciación de una oda...

—¡Eramos aquella noche unos románticos!

—Por mi parte he tratado de serlo siempre...

—En cambio yo...

—¿Acaso sufre aún...?

—Sí. Es horrible. Tengo un novio que no amo; ni he amado. "No nos comprendemos" ¡En estos términos se disimula la realidad: En el lenguaje del amor no comprenderse es no amarse, peor aún, ni siquiera estimarse. ¡Si él comprendiera que el único amor de mi vida vive ya en mi corazón desde hace tiempo!...

—¿Entonces?...

—Amo a otro...

—A quién.

—A usted.

—¡Oh, amor mío! He aquí el milagro, el ansiado milagro que yo le pedía cotidianamente a la Diosa Providencia.

—El milagro no es reciente, es viejo ya.

—...Y yo que he sufrido tanto; yo que he padecido con estoica resignación las noticias de su próximo compromiso; yo que he sentido aquí, en el pecho, el aguijoneo constante, del estileto del amor perdido. ¿Supones cómo llegan a mis oídos esas tus palabras? Yo, que he soportado con el rostro sonriente y el corazón palpitante la trayectoria de tus relaciones, descritas por Lolita, ignorante de mi pena profunda e inconsolable. Yo, que durante dos años interminables, he recordado la abnegación de Cristo, el estoicismo de Sócrates y la entereza de Santa Juana de Arco, vecinos al instante supremo, y que

he buscado en aquellos ejemplos el bálsamo espiritual, el tónico reconstituyente de mi voluntad roída por el desaliento. ¿Supones Lillian mía, amor mío, supones, cuánto bien me traes en este día venturoso?

—Sí, lo supongo, porque también mi pobre espíritu siente un gran alivio y una dicha inefable en este instante...

—¡Tengo miedo de que estemos

visita del médico. Dos campanilleos breves a las seis de la tarde. Entrado el cual al aposento de la enfermita, las otras visitantes vinieron a reunirse con nosotros.

Un rato después acompañé a Lillian hasta su casa. Metidos en el ascensor que nos conducía a su departamento; fijó sus ojos pardos en los míos, y era tal su arrobo miento, que, embellecidos y nostálgicos se humedecieron de amor.

EL COMPLEMENTO OBLIGADO DE
UNA BUENA COMIDA

OTARD-DUPUY
COGNAC

soñando! Estoy tan acostumbrado a la infelicidad que este momento me parece irreal, novelesco, inaccesible...

—¿Por qué?

—Porque los grandes amores de la literatura, sublimemente desgraciados, habían colmado mi ánimo de sugerencias escépticas.

Me había acostumbrado a la idea de resultar un Werther, el grande y desgraciado amador silencioso. ¡Cuánto se engrandecía para mí su puntualidad pasional!... Y todo porque en mi vida había otra Carlota, una Carlota humana: tú.

—¿Tanto sufrías por mí?...

¡Oh, sí, vida mía, tanto... tanto! El timbre de calle denunció la

—Dí, "hermoso Brummel" — le susurré suavemente.

Ella moduló las dos palabras, melosa, temblorosa, emocionada y casi imperceptiblemente. El rictus invitante de sus labios, como por sortilegio extraño, me impulsó a reposar los míos en aquella su boquita carmínea que, como la mía, sentíase martirizada por la divina sed del amor.

El ascensor se detuvo; habíamos llegado al quinto piso.

A tí, curioso y amable lector, es necesario informarte de todo: ¿Qué fué del novio? ¿Qué es ahora de nosotros? El novio, comprendió que

ANECDOTA

Puesto que, según dice Pierre Mille, es un miembro de la familia Reet de Inglaterra, el propio sobrino del duque de Connaugh, quien cuenta esta historietta en sus "Memorias" parece que no ha de haber inconveniente en referirla.

Poco después de la muerte del príncipe consorte Alberto, el llorado esposo de la reina Victoria, un buque de guerra británico la fragata "Eurydice", naufragó a la vista de Portsmouth.

Pereció gran parte de la tripulación. Sin embargo, aunque con un poco de trabajo, el navío pudo ser puesto a flote y llevado hasta el puerto, del que era jefe el almirante Foley.

La reina Victoria, que se hallaba en Osborne, hizo ir allí al almirante, y, para escuchar de sus labios la relación del siniestro, le invitó a almorzar.

El almirante era un viejo lobo del mar, de rostro escarlata y patillas blancas, franco y jovial por naturaleza, pero sordo como una tapia.

Igual que a otros muchos sordos, que gustan de oír, por lo menos, el sonido de su propia voz, hablaba a gritos.

A petición de la Soberana, el viejo marino explicó detalladamente, el desastre y sus causas.

Cuando la Reina se consideró bastante enterada, y queriendo sin duda, cambiar de conversación, pidió al almirante noticias de su hermana, Lady X., a quien conocía y distinguía mucho.

Pero la torpe oreja del marino no percibió bien la pregunta. Y como él había ido para hablar de la Eurydice, creyó que de la Eurydice se seguían hablando...

Y a la pregunta de la Reina acerca de Lady X., contestó el hombre a toda voz:

...Señora: con ella no nos queda más que una cosa que hacer. Ponerla patas arriba, registrarla bien por abajo y darle un buen recorrido en la popa.

La Reina no pudo contener la carcajada.

El duque de Connaugh y los demás invitados, también soltaron el trapo todos. Todos, menos el almirante Foley, que conservó su actitud, solemne, aunque reflejándose en sus ojos cierto asombro por aquella general hilaridad, que no se explicaba.

El rey del Afganistán

El rey de Afganistán acaba de realizar un viaje por Europa.

Como es natural, los periódicos de las distintas capitales que ha visitado el padischá, se ocupan del ilustre viajero; y algunos de ellos, sin duda para dar a conocer mejor su personalidad, refieren anécdotas y episodios de la vida del monarca afgano en su propio país.

"Le Cri de Paris", por ejemplo, cuenta que, al llegar a Djella-Labad, adonde fué en automóvil un crudo día de invierno, S. M. Amanullah vió que un viejo mendigo trataba de acercarse a su coche, lo que impedían los soldados de la escolta.

—Dejadle pasar — ordenó imperativamente a sus guardias.

Y cuando el pobre estuvo ante él, le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Quería, simplemente, ver una vez de cerca al padischá — contestó el mendigo.

—Pues bien; ya me has visto. ¿No quieres nada más? ¿No? Aunque no lo dices, tú eres pobre y tienes frío...

—¡Mucho frío, señor! — interrumpió, tiritando, el viejo.

El padischá miró a su secretario, M. Ziahouyoum, que todo el mundo llama Zia. Este comprendió lo que aquella mirada significaba. Se quitó el magnífico abrigo de pieles que llevaba y se lo entregó al mendigo, que se marchó encantado. Al día siguiente, Zia recibió un abrigo mucho mejor, regalo de su soberano.

En otra ocasión, yendo a pie por una calle, el rey detuvo a un transeúnte y le interpelló, sonriendo:

—¿Qué pantalón es ese? Es demasiado ancho para tí. Con él te podrían hacer tres. Mira el mío, ajustado. Así es como hay que llevarlo; lo demás es derrochar la tela. ¡Si mañana no tienes uno como el mío, haré que te metan en la cárcel!

Porque la tela es una de las mayores preocupaciones del padischá. El rey no admite que sus súbditos usen tejidos que no estén fabricados en el país. La reina se viste en París; pero, por mandato del rey, los vestidos se hacen con telas del Afganistán, que se envían oportunamente a los modistas parisien-ses.

Entre ellas

—¿Tú crees que un beso puede contagiar alguna enfermedad?

—No lo sé. A mí nunca...

—Nunca te han dado un beso, Aurora?

—...Nunca me ha ocurrido nada.

EL HOMBRE EN EL CAMINO

—No tardaremos mucho en llegar a casa, — exclamó Ricardo Redfern dirigiéndose a su compañera mientras ponía en marcha su poderosa máquina. — Sujétate bien.

—Ya estoy, — respondió la joven, pasando los brazos en torno a la cintura de su hermano. Regresaban de una función de cinematógrafo y como vivían en un sitio alejado de la población necesitaban hacer un recorrido de unas ocho millas lo que para ellos, ya acostumbrados y disponiendo de una buena máquina, no suponía mucho sacrificio.

Avanzaban rápidamente por la carretera. Árboles y casas desfilaban ante sus ojos apenas iluminados por la luz del farol de la moto. De pronto...

Un grito de asombro y terror brotó de los labios de Ricardo. A la luz del foco había alcanzado a distinguir una sombra en el centro del camino.

Era un hombre caído todo lo largo que era. El joven acortó la velocidad en una forma un poco brusca, al extremo de que su hermana, quien por su posición no había podido distinguir nada, le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—¡Nada! Es que me ha parecido distinguir el cuerpo de un hombre caído en el camino. Voy a ver que le ocurre.

El hombre no hizo movimiento alguno cuando los dos hermanos se arrodillaron uno a cada lado de su cuerpo. Era alto, fornido. Llevaba gorro y un abrigo que al darse vuelta sobre la cabeza ocultaba su rostro.

—Parece que no tiene ninguna herida. Muy bien pudiera ser que...

No pudo continuar. El desconocido había vuelto repentinamente a la vida y dando un terrible puñetazo en la mandíbula a Ricardo, empujó a la joven hacia el lado opuesto y antes de que ninguno de los dos pudiera intentar movimiento alguno se hallaba de pie y corría hacia el sitio donde había quedado la motocicleta, se instalaba en ella y ponía en marcha la máquina.

Ricardo se puso de pie como movido por un resorte, pero nada pudo hacer, pues casi instantáneamente desaparecía la moto a lo lejos.

—¡Impostor! — rugió. — ¡No estaba herido! Todo era una estratagemma. ¡Estás herida, hermana mía!

—No, — respondió ella levantándose del suelo. — Pero me ha roto el collar y se han caído algunas cuentas... ¿Qué vamos a hacer ahora, Ricardo?

—Volver a casa caminando, — dijo contrariado el joven.

Estrella, que así se llamaba la muchacha, se entretuvo tratando de buscar algunas de las cuentas del collar que estaban entre el polvo del camino.

—No. Ahora no conviene entretenernos en dada, — exclamó su hermano. — Vamos a casa y avisaré por teléfono a la policía para ver si detienen a ese bandido. Mañana con luz encontrarás mejor lo que se ha perdido.

Como la joven vacilase, él encendió un fósforo y la ayudó a buscar. Al dar una vuelta notó que había un papel en el camino junto al si-

La casa de los abetos

Emocionante relato de una noche de aventuras de dos jóvenes motociclistas

tio donde se hallaba momentos antes el hombre. Lo levantó y notó en seguida que había escritas algu-

nas palabras con lápiz y que la mano que las había trazado no era muy experta.

Ultimo Modelo "Underwood"
PORTÁTIL — 4 HILERAS

6 Diferentes
Clases
de tipos



ESMALTADAS
en
VARIOS COLORES

AL CONTADO Y EN ABONOS

Unicos Importadores:

Sarmiento. 478

Arturo W. Boote & Cia.

U. T. 1020 Av. Buenos Aires

NOCTURNO EN LA CALLEJA

(Motivos de la ciudad)

La ciudad va durmiéndose, lentamente, como un monstruo cansado que se aletarga: han callado sus ruidos y, en el silencio, la sombra la recoge bajo sus alas.

Discurre entre los muros la calle triste, oscura y silenciosa como una pena; su luz escasa vuelcan los reverberos sobre las toscas piedras de las aceras.

Junto a un portal se besan dos que se quieren; en la penumbra callan dos que suspiran; bajo el follaje amable de la arboleda, dos que sufren se dicen todas sus cuitas.

Es el amor que pasa — ¡dulce misterio! con sus besos furtivos y sus caricias; es el amor que viene, por la calleja, avivando las brasas, como una brisa.

Es el amor que sale, como la luna, a pernoctar, paseando por la vereda; es el amor que canta, con dulces rimas, las eternas estrofas de su poema.

Huye el tiempo con ritmo vertiginoso, ha llegado la hora del postrer beso, que entre los labios deja, la sed perenne de un deseo insaciable, siempre despierto.

El amor va esfumándose como un sueño entre las sombras brunas de la calleja: la ciudad se ha dormido. Viste la noche su túnica bordada de lentejuelas.

Carlos de ZAVALIA y ZOGHEB.

—¡Hola! ¿Qué es esto? — murmuró.

—Encendió otro fósforo y leyó. Parecía ser una dirección: Hardtop House. Little Swensley. Iba a tirarlo cuando le asaltó una idea, y se volvió hacia Estrella.

—Ya sé a donde va ese canalla! — dijo. — Little Swensley se halla a unas ocho millas de casa... Y Hardtop House... Sí. Ya sé donde es. Está en esa región pantanosa que se halla a la derecha antes de llegar al pueblo... Pero esa casa se encuentra desalquilada desde hace muchos años...

—Cierto, — asintió la joven. — Y no sé que relación...

—Hay mil probabilidades contra una, de que este papel se haya caído del bolsillo de ese canalla, — continuó con excitación Ricardo. — ¿No ves? Está seco y ha llovido durante más de una hora. Tal vez necesitaba estar allí a una hora determinada y por eso me engañó a mí. Vamos, creo que lo encontraremos si nos apuramos.

—¿Cómo?

—Vamos a ir a Swesley, primeramente. Creo que llegaremos en una hora y acaso lo encontremos aún allí. De todos modos, si tú no quieres acompañarme puedes ir a casa y meterte en la cama.

Pero Estrella era tan aficionada a las aventuras de esa especie como su hermano y no vaciló en responder:

—¡Yo te acompañaré!

Se encontraban a una milla de distancia de su domicilio y corriendo o caminando cubrieron la distancia en un cuarto de hora. El Dr. Redfern, su padre, había salido para atender a un llamado urgente y Ricardo, sabiendo por experiencia lo que significaba solicitar a la policía por teléfono salió sin decir nada a nadie, sacó del garage dos bicicletas y marchó con su hermana en dirección de Little Swensley.

Aquellas ocho millas en unas bicicletas que estaban abandonadas desde hacía tiempo parecían no tener fin, pero cuando daban las diez de la noche en la iglesia de Swensley, desmontaron al comienzo de un estrecho sendero. Ricardo iluminaba el camino con una lámpara eléctrica.

—Mira, — exclamó. — Esas son las marcas del neumático de mi motocicleta. Estamos en un buen rastro, — agregó señalando una luz que se veía a cierta distancia. — Esa es la casa; hay gente en ella.

Dejaron escondidas las bicicletas y avanzaron con una habilidad digna de pieles rojas. Así llegaron hasta la puerta de entrada y Ricardo se detuvo. Allí, apoyada contra la pared, con el farol apagado, se encontraba la motocicleta que le habían robado horas antes.

LA CASA DE LOS ABETOS

Durante un largo minuto el joven permaneció indeciso. Ciertamente era que había esperado encontrar la máquina robada, pero nunca pensó que fuera una cosa tan fácil. Su hermana murmuró.

—Ya que la has encontrado, tómalala y volvámonos a casa.

—No será sin que hable antes una palabra con ese infame y le enseñe a lo que se ha expuesto dándome el golpe que me ha dado en la cara. Voy a la casa. Pero an-

tes voy a impedir que vuelva a utilizar la máquina.

Se inclinó sobre el aparato y sacó algo que guardó en su bolsillo.

Iniciaron luego la marcha por un camino bordeado de altos abetos. Hacía un viento tan fuerte que al pasar entre las ramas de los árboles parecía silbar como un ser humano. La obscuridad era profunda. Llegaron hasta la puerta de entrada y con no poca sorpresa notaron que se hallaba abierta de par en par y del interior llegaron hasta ellos voces de disputa.

—Yo te digo Bat que me apoderaré de ellos si otra vez...

Siguió un ruido de lucha y otra voz exclamó:

—¡Hogan, suéltame! No me pongas las manos encima, perro!

Ricardo no esperó a oír más. Adivinaba lo que ocurría. Hogan era el hombre que le había robado la motocicleta y Bat, el propietario de la casa. Hogar estaba robando a Bat.

¡Crash! Voló una silla por el aire y se oyó el ruido de cristales rotos. Ricardo se encontraba ya en el hall del piso alto y por debajo de una puerta que estaba frente a él se filtraba un rayo de luz. Buscó el picaporte y abrió la puerta. Una mirada le bastó para comprender que había adivinado en sus cálculos. Un hombrecillo de cabello gris estaba entre las garras de un mocetón fornido cuya característica más saliente era una aplastada nariz, que le cubría parte del rostro.

El hombrecillo, que momentos antes parecía considerar su vida en peligro no demostró mucha satisfacción al verlos, pues apoyándose en una mesa exclamó enfurecido:

—¿A que han venido ustedes aquí? ¿Quien les ha llamado?

Ricardo quedó sorprendido, sin saber que actitud adoptar.

—Hemos venido... porque este hombre nos ha... robado la motocicleta... y...

Se detuvo al oír la voz de Bat que les gritaba:

—¡Quietos los dos donde están!

Al mismo tiempo su mano que había permanecido oculta tras del cuerpo aparecía empuñando un revólver.

¿Qué era aquello? ¿Cómo los dos hombres que parecían enemigos momentos antes se unían ahora contra ellos?

Bat exclamó señalando un gran armario.

—Abra ese armario, Hogan. Creo que estarán seguros allí. Así no pensarán en llamar a la policía...

Al oír mencionar a la policía Hogan rechinó los dientes y abrió un gran armario en cuyo interior se veían trozos de leña.

—¡Métanse ahí y estén quietos o de lo contrario se arrepentirán!

Ricardo miró a su hermana, contrariado de verla en aquella situación pero la vista del revólver que continuaba apuntando le demostró que era inútil que tratase de resistir. De un empujón fueron derribados al interior y la puerta se cerró inmediatamente.

—¡Corre los cerrojos, Hogan! — dijo Bat. — ¡Los tendremos ahí seguros mientras arreglamos nuestros asuntos!

Lo que ocurrió después, no pudieron verlo los dos jóvenes. Pero sí oyeron de pronto el ruido de un golpe, un grito de Hogan, la caída de un cuerpo y una carcajada chillona de Bat.

—¡Ahora quedarás ahí hasta que la policía te encuentre, canalla!



EL CHAUFFEUR. — ¿Es usted la señora madre política del doctor Pérez?

LA SUEGRA. — Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?

EL CHAUFFEUR. — El doctor me hizo una buena descripción de cómo es usted. No era posible equivocarse.

MOTIVOS DE LA ESCUELA

"No hizo el deber"

Es el aula una colmena de abejas que zumban y zumban.

Es "la reina" una niña de lindos ojazos y semblante jovial.

Las "obreritas" la esperan ansiosas. Desean tenerla a su lado y hacerle preguntas que traen pensadas.

Hay un "zángano" en la colmena.

Es pequeño, está triste e inquieto.

Es que sabe que "la reina del aula" verá su cuaderno arrugado y la página en blanco donde falta el deber.

Cuando llega a este punto, siente ansias locas de huir de vergüenza.

—¡Ah! pero le fué imposible cumplir! Si su maestra supiera...!

Ya está cariñosa y severa a su lado.

—¿Y el deber?—

La pena del niño estalla en sollozos.

—Ven acá. Cuéntame. ¿Qué ha pasado?

¡Es tan dulce su voz!... Luisito se restregó los ojos!

—Señorita... papá... llegó ayer... estaba borracho... enojado... el cuaderno...

—No prosigas—

Se sienta a su lado. Hay momentos en que se juntan sus cabezas doradas, haciendo el deber.

Luisito escribe y escribe ¡Qué feliz se siente!

¡Cuánto tiempo se queda a su lado "la reina del aula"!

—Julia D. de GROSSO

¿Pensabas que me ibas a dominar, eh?

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Estrella a Ricardo, quien observaba por el agujero de la cerradura.

—Me parece que Bat ha dejado fuera de combate a Hogan. Está caído en el suelo.

Transcurrieron los minutos y oyeron las ida y venidas de Bat por la casa hasta que al fin sonó un portazo en la puerta del frente de la casa.

—¡Se ha ido!, — murmuró Estrella.

Ricardo no respondió. Se había apoyado contra la puerta del armario y apretaba con tal fuerza que empezó a crujir. Un par de empujones más y uno de los paneles cedió y les dejó paso suficiente. Segundos después corrían en dirección a la salida.

Junto a la puerta alcanzaron a distinguir al fugitivo Bat que trataba de poner en marcha la motocicleta. Ricardo saltó sobre él y tomándolo por sorpresa lo derribó. Los dos hombres luchaban desesperadamente cuando oyeron ruido de pasos que se acercaban y la vista de un uniforme hizo exclamar, aunque en distinta forma, a los dos combatientes y a la muchacha.

—¡La policía!

—¿Qué ocurre? — exclamó uno de los recién llegados.

—¡Este canalla me ha robado la motocicleta, — respondió Ricardo.

—Este no es el que andamos buscando, — manifestó otro. — Se ha fugado un presidiario...

—¿Acaso será uno que tiene la nariz aplastada?... — preguntó Ricardo.

—Sí. ¿Lo ha visto?

—¡Está ahí! En esa casa... Y...

El hombre conocido por Bat y al que parecían haber olvidado trató de aprovechar la ocasión para huir, pero Ricardo alcanzó a tomarlo de la ropa. Al tirar, el tejido se rasgó y algo cayó al suelo.

—¡Los brillantes de Elstree! — exclamó uno de los detectives levantando un collar. — Por este robo fué condenado a prisión Hogan y éste debe ser su cómplice. Sujételo Burke. Esta noche hemos andado con suerte.

Media hora después Ricardo y Estrella terminaban de contar su historia a los detectives y Hogan y Bax se hallaban con las esposas puestas.

—No puede quejarse tampoco usted, — dijo a Ricardo uno de los detectives. — Hay señalada una recompensa de quinientas libras para el que capturase a ese evadido. Por suerte no pudo poner en marcha la moto...

Ricardo sacó algo del bolsillo y riendo respondió:

—¡Claro está! ¡Como que yo había sacado el magneto!

Confidencias

—Yo gano el pan con el sudor de mi frente.

—Pues yo con el sudor de los demás.

—Eso no está bien.

—Cómo que no? Si tengo un establecimiento de baños turcos.

Artistas descollantes

Germaine Dermoz

Hace nueve meses, en París, al entrar al camarín de Germaine Dermoz, en el Teatro Antoine, nos recibió con una jubilosa noticia:

—Soy abuela... "d'un petit argentin..."

En efecto, acababa de recibir un cable desde Buenos Aires, anunciándole la buena nueva del nacimiento de un nieto.

No tememos incurrir en indiscreción, porque ella explica la íntima emoción de la gran artista al encontrarse de nuevo en suelo argentino y la sinceridad de sus palabras dirigidas a la brillante concurrencia que llenaba totalmente la aristocrática sala del Odeón en la velada inaugural de su temporada. Por otra parte, no es la primera "grand mama jeune"... y su juventud está a la vista, son nieto y todo.

Con su hermosa voz, velada por una intensa emoción, Germaine Dermoz habló de su orgullo de actriz por ser la única "comédienne" francesa que venía por cuarta vez a Buenos Aires, de su gratitud a nuestro público y de su amor a la Argentina; finalmente de la inquietud con que asumía, por primera vez fuera de Francia, la responsabilidad artística que representa la dirección de una compañía teatral.

Acallada la ovación con que la sala respondió al "je vous embrasse", que acarició a más de un espectador con sensaciones de realidad... levantóse el telón sobre Israel, inteligentemente escogida como "première" de la temporada.

Es de todos conocida, aún a través de versiones españolas, la resonante obra de Bernstein. El vibrante "j'accuse" contra el antisemitismo del ilustre autor de "Le voleur" y "La rafale" conserva todo su interés dramático y pasional a pesar de cuanto ha perdido, en los veinte años transcurridos, de su actualidad ideológica. Prueba significativa de lo que vale en sí misma por su caudal literario y por el arte con que pone en acción sentimientos humanos.

El problema racial, el conflicto de amor y el dilema de la sangre, se enlazan y se debaten en escenas que atraen y conmueven. Sobre todo, si ellas están a cargo de intérpretes de la calidad de Germaine Dermoz, Aimé Clariond y Maurice Escande, respectivamente duquesa de Croucy, Justin Gutlieb y el príncipe de Clar, los tres personajes dolientes en busca del autor, como diría Pirandello, que dan vida a su drama...

La cuarta figura, la del padre Silvian, realizada a la perfección por M. Joffre, se mueve en un plano distinto, menos material y concreto, como que encarna la mano de Dios... Se la siente, en efecto, al caer como una fatalidad sobre una de esas tres almas atormentadas que se agitan angustiosamen-



La notable artista francesa Germaine Dermoz, primera figura femenina de la compañía que lleva su nombre y que actúa con todo éxito en el Teatro Odeón.

AL OÍDO

Con voz tenue, velada
por emoción muy honda, bajo la luz discreta
de la lámpara, así decía aquel poeta
viril a una mimosa púdica, su adorada:

"No te impongan los rasgos altivos de mi cara;
no temas la energía de mi mirar, que doma
espíritus hostiles con su fijeza clara:
¡yo tengo perfil de águila y entrañas de paloma!"

"Mi garra duerme oculta bajo plumón mullido
y sólo estrangulando víboras se contrae.
Mi boca nunca dice: yo quiero; dice: pido!
Mi voluntad es fuerte, más con dulzor atrae".

"Mi voz conoce todos los registros del clave;
mi beso es docto y no aja ni un pétalo de rosa.
Mi instinto, en los problemas de amor, todo lo sabe,
con una ciencia arcana, profunda y misteriosa!"

"No mires si en mis sienes hay escarcha, octubreña:
nuestras almas sin años hablan un mismo idioma.
Junta tu cara nivea con mi cara trigüeña;
reclínate en mi hombro sin miedo; duerme... sueña!
¡Yo tengo perfil de águila... y entrañas de paloma!"

Amado NERVO

te, sin encontrar una solución en esta vida... ¡Tu Dios lo ha muerto"; es la frase final que el autor pone en boca del padre judío, imprecando al ministro de Cristo, por el arrebatado suicida del hijo cristiano.

Y el nudo trágico se desata, así, dejando dos cabos sueltos... el dolor de esos dos corazones que no supieron fundir el amor en una pasión más fuerte que la religión y en un sentimiento más hondo que el odio sectario.

Después de la Réjane y Clara de la Guardia, cuyas ejecuciones perduran en la memoria de nuestro público, el rol de Agnès, la madre pecadora del príncipe antisemita, ofrecido por Germaine Dermoz, fué de una realidad escénica insuperable. Se refleja en sus palabras, en su actitud y en sus gestos, el drama interior que la impulsa a ser persuasiva, maternal y mentirosa, sucesivamente, con el padre de su hijo, y luego con este mismo, para disuadirlos de la idea de batirse.

Naturalmente que con su ex-amante, la situación es relativamente fácil o por lo menos clara; a "cartas vistas", como dice ella misma.

No así con el hijo, que lo ignora todo y que se obstina ciegamente sobre su presa semita... Sus lágrimas de mujer, sus prestigios de madre, su feminidad toda eterna, se comprometen y se agotan en la lucha torturante por desviar del duelo inminente la mano parricida... Y su temperamento de artista vibra sin cesar en cada punto de su íntima "comedia", hasta desgarrarse en el grito final de la confesión... La Verdad desarma al hijo antisemita frente al padre judío y precipita dolorosamente el desenlace. Mientras tanto, la figura de Justin Gutlieb se acentúa y adquiere en cada acto un mayor relieve. También aquí las graves transiciones que recorre el "hombre simbólico", que diría Emerson, de la raza de Israel, obtiene una caracterización fidelísima de parte de Aimé Clariond, a punto de realizar una verdadera creación del personaje.

Preveíamos la impresión de sorpresa que produciría entre nosotros este actor de primer orden puesto en la segunda fila del elenco. Representaciones ulteriores confirman este juicio; desde luego en "Le rosaire", de Bisson, donde "defiende" muy bien el rol central de Gérard Dalmain, y más adelante, las que iremos aplaudiendo antes que como críticos, como simples "amateurs" y animadores entusiastas del buen teatro moderno, del cual Germaine Dermoz es una de las figuras representativas más destacadas y su compañía la más seleccionada de cuantas nos han visitado del teatro francés.

Enrique FEINMANN

La visión del silencio

Para "Fray Mocho"

ALBORADA—

Paisaje maravilloso de luces imprecisas; brotos de nueva existencia; es la alborada, casi la aurora, prólogo del día, lecho cinceado de espléndidos ornamentos para que en él se esparzan las divinas claridades.

Momentos mágicos de la agonía nocturna, instantes indecisos del funeral de las estrellas... Claroscuro; o negro que se levanta y se diluye entre los fulgores que surgen en la curva lejana del horizonte a la vista...

AURORA—

Es el oro y el color rosado de la mañana naciente. Violación de nubes pardas; derroche cromático en la inmensidad del firmamento. La Aurora es hija de la Alborada, por eso no es ella misma, sino un segundo estado del tiempo, que precede al día proyectado. Es el alba henchida de músicas celestes.

Florescencia de místicas tonalidades; irradiación de las fulgencias victoriosas; derrota estratégica de los batallones de las tinieblas. Hora en que las flores realizan su ablución matinal entre los diamantes temblorosos del rocío. Las golondrinas reanudan sus vuelos circulares, como libélulas en torno de la luz. Se abren los cálices, las corolas llenas de aromados zumos... Y el sol gusta el agri-dulce sabor de asesinarlas suavemente, levemente, dulcemente...

DÍA—

Luz en la plenitud de sus brillantes atavíos. Esperanza, martirio. Nuevo espacio de tiempo para la lucha implacable y áspera de la vida, de los seres y las cosas; uno de menos en el curso azaroso de la existencia humana. Soberano imperio de las máximas claridades. Dominio ofuscante de la verdad que es, como la luz, pura, diamantina... Tiempo para la vida fecunda y para los goces honestos. Guirnalda de antorchas que marca la ruta que nos separa del Túmulo.

TEMPESTAD—

Crisis nerviosa de la Naturaleza. Impetus de los elementos enfurecidos contra la paz de la Tierra. Vértigo impresionante e invencible. Gestación del mar, después de fecundar la atmósfera. Heroico gladiador suelto, veloz y elástico por los espacios, allá lejos... Nubes desmelenadas; Sol en derrota; árboles epilépticamente convulsos; Océanos ululantes en el espasmo de un aplauso frenético. Cielo sepulcro; Tierra acobardada y la Natu-

raleza bramando como una manada de lobos o de yagüaretés...

CREPUSCULO—

El Angelus de las claridades! La despedida del día. Mutaciones cromáticas, hasta llegar al negro profundo, como una mortaja. El círculo crepuscular es el imperio de los colores insuperables. Momento de las preces de la Nostalgia. Despedida sollozante como la de un hijo que es arrancado del seno ma-

mos; escondrijo de infamias y de amarguras. Período destinado a muerte transitoria. Es la doblez, el anonimato, la infamia...

SILENCIO—

Refugio de los santos pensamientos. Cofre para quienes tienen limpia la propia conciencia. Misterios interiores... Oración del espíritu viviente en el sacro altar de los que ya se fueron...

NOSTALGIA—

Estado permanente de mi alma, desde la partida de aquella que me engendró en su vientre fecundo. ¡Oh santa nostalgia de mi alma, es el escudo de que me revisto para afrontar las luchas humanas, y retar a los hombres, llevándote siem-

En la muerte de un gran hombre

A mi estimado profesor el ing. Emilio A. Coni.

Si grande es el dolor que a vuestro pecho aqueja mayor aún es la obra que vuestro padre deja; que si ella es comparable a vuestro gran dolor os sirva de consuelo y os dé nuevo vigor. Pasajeros, ay, somos, en el tren del vivir, en que sólo las huellas que habrán de persistir serán nuestras acciones, y que habrá más grandeza cuanto el fin sea más bello y haya mayor nobleza. Por eso la tristeza recordando esta gloria adquiere una profunda, perdurable memoria, y es por eso que digo, en este infausto día: Dichoso vos, maestro, que tenéis esta guía.

Paul ROUX

terno, de aquel regazo bendito en el que deberíamos tener nuestro sepulcro. Instantes de las hondas emociones; agonía de luces...

NOCHE—

Señora mefistofélica de los espacios; tumba del día; reino de las emboscadas y de las incertidumbres. Trofeo ennegrecido para servir de lecho a las estrellas... Horas de reposo y de placeres inten-

pre dentro de mí mismo, como quien llevara la suprema riqueza, avaramente, esquivamente...

TRISTE—

Es todo aquel que no pueda, jamás, reposar su cabeza en el regazo materno. Tristes serán todos los que conozcan el corazón humano, mas la mayor tristeza es la de no poder besar la cabeza veneranda de una Madre.

ANECDOTA

En la ciudad de Burgos había un pintoresco señor, don Angel Conde, muy aficionado a escribir folletos y artículos incommensurables.

Hallándose en Madrid, decidió llevar unas cuartillas a Nuevo Mundo; y preguntó por el director, que lo era a la sazón "El Caballero Audaz". Este se hallaba despachando asuntos urgentes con los señores Caripúa y Verdugo. Pero el colaborador insistió en que se le anunciara.

—¿A quién? — preguntó el portero.

—Al señor Conde, de Burgos...

El director hizo pasar al visitante.

—¿Es usted el excelentísimo señor Conde de Burgos?

—Sí, señor. Soy Conde de apellido y natural de Burgos.

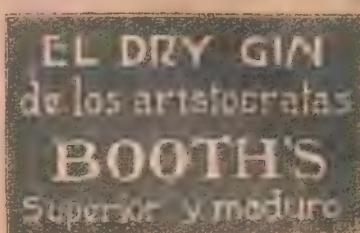
Pero aún no tengo tratamiento de excelencia...

José María Carretero se apresuró a decirle:

—Pues, entonces, entiéndase con este señor...

Y, presentándole a Verdugo, añadió:

—Aquí tiene al señor Verdugo... de Sevilla.



JUSTO—

Es quien se condena a sí mismo y perdona a sus semejantes.

LEAL—

Es quien empieza por no tratar de imponernos sus propias ideas.

DESHONRADO—

Es todo quien, después de saquearnos la faltriquera, nos roba nuestros pensamientos.

MARTIR—

...Es quien, repudiando el mal, se consagra al bien ajeno.

INGRATITUD—

Sinónimo de bien recibido.

PERDON—

Sacramento de los agraviados.

VIVIR—

Amargura para alcanzar, dignamente, el Fin.

MUERTE—

Apoteosis de quienes supieron merecerla.

DINERO—

Llave de infamias y claudicaciones.

CONCIENCIA—

Paraíso de los buenos.

La oscuridad de la noche sin luna, envuelve los paisajes circundantes. No hay murmullos ni en el Cielo ni en la Tierra. Los árboles parecen extraños fantasmas, hirsutos, inmóviles, erectos, cual si velaran las sorpresas de la noche. Y el silencio parece reunir episodios, para referirlos más tarde, cuando el viento resurja del seno de los mares.

Entonces, cierro la ventana y ocúltome en un rincón, para pensar en tí, Madre de mi existencia, recuerdo de todos mis instantes, en tí que me arrojaste en la planicie insegura de este Mundo, para sufrir penas después de penas, para apurar el agrio vino de los dolores, tras los dolores...

El mundo del silencio es inmensamente grandioso, más, el del dolor es, por cierto, extraordinariamente superior.

—Y sólo de un silencio puede exprimirse un dolor, y solamente el dolor es capaz de fecundar un silencio.

Reis NETTO

Montevideo, Julio 1928—

Cómo se divorció Napoleón I

Napoleón creía necesario, para la felicidad de Francia, tener un heredero legítimo, y como estaba convencido de que la emperatriz Josefina no podría dárselo, se vio precisado a pensar en el divorcio. Sin embargo, procuró por los medios más dulces, y con tacto exquisito, aperebrar a su esposa a tan doloroso sacrificio. No recurrió, como alguien ha supuesto, a los arrebatos, a las amenazas, sino que apeló a la sensatez de la emperatriz, y ésta consintió, resignada.

Napoleón se instaló en Fontainebleau, pero la vida fue allí extremadamente aburrida. En París, la presencia del rey de Sajonia produjo alguna animación; pero la emperatriz parecía más inquieta que nunca. Todo el mundo hacía conjeturas. La frente del emperador iba ensombreciéndose a medida que se acercaba el 30 de noviembre.

Aquel día, el almuerzo fue silencioso. La emperatriz pasó llorando todo el tiempo, y para disimular en lo posible su palidez y las huellas del llanto, se había puesto un sombrero grande, blanco, anudado bajo la barba, cuya ala cubría su frente por completo. El emperador tenía casi continuamente la vista baja; de vez en cuando agitaban su fisonomía ciertos movimientos convulsivos, y si levantaba los ojos era para mirar de soslayo a la emperatriz con evidente expresión de angustia.

Los oficiales de servicio, inmóviles como estatuas, observaban con curiosa inquietud esta escena sombría y penosa.

Napoleón se levantó de la mesa y la emperatriz lo siguió con paso lento, oprimiendo contra sus labios un pañuelo como para ahogar los sollozos. Llevaron el café; y, según costumbre, un paje presentó la bandeja a la emperatriz para que lo sirviese; pero el emperador lo tomó él mismo, llenó su taza y disolvió el azúcar, sin dejar de mirar a la emperatriz, que estaba en pie, como sobrecogida de asombro. Bonaparte bebió su taza y devolvió el servicio al paje; acto seguido hizo una señal para que le dejaran solo, y cerró la puerta del salón tras sí.

Al cabo de algunos minutos oyéronse gritos. El emperador abrió violentamente la puerta. La emperatriz yacía en tierra, llorando y gritando lastimeramente: — ¡No, no lo harás! ¡No querrás matarme así!

El señor de B... tomó en brazos a Josefina, mientras que Napoleón, tomando un candelabro alumbraba el pasillo donde principiaba la escalerilla que ponía en comunicación sus habitaciones con las de la emperatriz.

Napoleón, advertido por el señor B..., llamó al individuo encargado de vigilar a la puerta del gabinete del emperador que daba a este pasillo, y le entregó el candelabro.

Napoleón hizo pasar delante al guardián llevando la luz, y tomando de las piernas a la emperatriz bajó con el señor B... sin ningún contratiempo, llegando así hasta el dormitorio. Entonces el emperador

mandó venir a las azafatas, y cuando éstas llegaron se retiró con las lágrimas en los ojos, dando pruebas de una gran emoción.

Esta escena le afectó de tal modo, que no pudo por menos de decir al señor de B... con voz temblorosa y entrecortada algunas frases que nunca hubieran salido de su boca en otra circunstancia cualquiera. Harto intensa debía ser su turbación para que manifestase al señor de B... el motivo de la desesperación de la emperatriz, diciéndole que el interés de Francia y de la dinastía imperial se habían impuesto a su corazón, y que el divorcio tenía para él toda la fuerza de un deber deplorable y riguroso; pero deber al fin.

rango, del que sólo iba a quedarle la contrariedad!

Celebróse una fiesta magnífica en el Ayuntamiento; la emperatriz estuvo tan atenta como de ordinario. Esta fue la última vez que se presentó en público.

Algunos días después de todas estas fiestas llegó a París el virrey de Italia, Eugenio de Beauharnais. Su madre le enteró de la terrible medida que las circunstancias iban a hacer necesaria.

Esta confidencia lo apesadumbró; confuso y desesperado llegó a la habitación del monarca, y como si no pudiese creer lo que acababa de oír, preguntó al emperador si era cierto que iban a llevar a cabo el divorcio.

Bonaparte hizo un signo afirmativo, y con el más vivo dolor pintado en el semblante, tendió la mano a su hijo adoptivo.

Llegó el día fatal: era el 16 de diciembre. La familia imperial se encontraba reunida en traje de ceremonia, cuando entró la emperatriz llevando un vestido blanco muy sencillo, sin adorno alguno; estaba

RIMAS CHUSCAS

... Y así se agrandan las lenguas

Cierto chulo penetró en cierta tienda de telas diciéndole que le mostraran bufandas muy "com'il faut".

—Aquí tiene lo más chic— dijo el hortera trayendo del artículo pedido un stock de más de mil.

—¿Cuánto vale esta marrón? preguntó al chico el chulapo.
—Esta, señor, cinco duros; es lana de la mejor.

—Con que lana?
—Y de primera.
—Lo será...
—¿Y usted lo duda?
—No lo dudo...
—Entonces dice...
—¡Qué esto no es lana ni piensa!

—Usted me ofende al dudar, más es vicuña, créalo.
—Para tí.

—¿Y para usted?
—"Bi-coña" grande y procaz.

No entendió bien el hortera la aliteración del chulo, y llegó a la conclusión de que "bi-coña" era tela.

Y por esto, a otro "marchante" que vino tras el nombrado pidiendo que le mostraran bufandas muy abrigantes.

Le dijo: —Debo advertir que aquí vicuña es vicuña, no "bi-coña", como algunos están dando por ahí.

José PAVIA R. JAEN

La reina Hortensia y el señor Corvisant corrieron al lado de la emperatriz, que pasó muy mala noche. El monarca no durmió tampoco, y varias veces se levantó para ir a informarse él mismo del estado en que se hallaba Josefina.

Mientras tanto, los reyes de Nápoles, de Westfalia, de Wurtemberg y las reinas y princesas de la familia imperial llegaban a París para asistir a las fiestas que la población organizaba en honor del emperador como muestra de regocijo por las victorias y la paz de Alemania, a la vez que para celebrar el aniversario de su coronación. Durante el intervalo que existió entre la escena narrada y el día en que se firmó el acta del divorcio, fue preciso que la emperatriz se presentase en todas aquellas solemnidades y fiestas, mostrándose repetidas veces en público, cuando la soledad hubiera sido un lenitivo para sus males; tuvo que pintarse el semblante de carmín con objeto de disimular su palidez y las huellas de un mes de tormentos y lágrimas. ¡Qué torturas! ¡Y cuánto debía maldecir este

pálida, pero tranquila, apoyándose en el brazo de la reina Hortensia, no menos pálida, si bien más emocionada que su augusta madre.

El príncipe de Beauharnais estaba de pie, al lado de la emperatriz, con los brazos cruzados y agitado por un temblor tan violento que a cada instante esperábamos verle caer. Cuando entró la emperatriz, el conde Regnaud de Saint-Jean-de-Angely dió lectura al acta de separación, que fue escuchada con profundo silencio. Todos los semblantes reflejaban vivísima ansiedad; la emperatriz parecía más tranquila que todos los demás, aunque en sus mejillas veíase el rojo surco de las lágrimas.

Estaba en medio de la sala, sentada en un sillón y apoyando el codo en una mesa; la reina Hortensia sollozaba detrás de ella. Cuando terminó la lectura del acta, Josefina se levantó, enjugó sus lágrimas y con voz apagada pronunció las palabras de conformidad; después se volvió a su sillón, tomó la pluma de manos del señor Regnaud de Saint-Jean-de-Angely y firmó.

Fotograbados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

Inmediatamente después se retiró, sostenida por la reina Hortensia; al mismo tiempo el príncipe Eugenio salió por el gabinete, faltándole las fuerzas y cayendo sin sentido antes de traspasar el umbral. El ujier de la cámara lo levantó, dejándole en manos de sus ayudantes de campo.

Durante esta terrible ceremonia el emperador no dijo una palabra, ni hizo un gesto; permaneció inmóvil como una estatua; los ojos fijos, casi extraviados. Estuvo meditando y silencioso todo el día. Por la noche, cuando acababa de acostarse, y mientras esperaba sus órdenes, se abrió de repente la puerta y entró la emperatriz con los cabellos en desorden y el rostro descompuesto. Josefina — pues ya no era más que Josefina, — avanzó con paso vacilante hacia el lecho del emperador. Ya muy cerca, se detuvo y empezó a llorar desgarradoramente. Cayó sobre la cama y ciñó con sus brazos el cuello de Bonaparte. El emperador lloraba también; se sentó en la cama y abrazando a Josefina contra su pecho, le decía: — ¡Vamos, mi buena Josefina, sé razonable! ¡Vamos; valor, valor; seré siempre amigo tuyo!

Al día siguiente, Josefina debía dejar las Tullerías para ir a la Malmaison. Todas las personas a las cuales no les retenía ningún servicio, se habían reunido en el vestíbulo, para ver una vez más a esta emperatriz destronada, a la que seguían a su destierro todos los corazones. Mirábanse unas a otras sin atreverse a hablar. Josefina apareció cubierta por un velo, apoyada en el hombro de una de sus damas, y cubriéndose los ojos con el pañuelo.

Cuando esta mujer adorada atravesó el corto espacio que le separaba el carruaje, prodújose un coro de lamentaciones, difícil de describir. Subió sin volver los ojos hacia el palacio que dejaba para siempre. Bajaron las cortinillas y los caballos partieron.

Una hora después, el emperador salía para Versalles...

Las 8 y 18 horas de una mañana como muy pocas en esta época, por demás inclemente del invierno, de una hermosa mañana primaveral, me encontré dispuesto en los andenes de la, que ya se perfila magna y suntuosa, Estación Constitución.

Allí me esperaba mi compañero de excursión: un distinguido habitante de la urbe, de refinados gustos y costumbres sibaríticas, a quien nada grato era por cierto salir tan de madrugada, en una aventura campera o poco menos.

Arrellenados en un cómodo asiento de primera del tren, comenzó la al parecer monótona sucesión de cosas, panoramas y paisajes, vislumbrados apenas por la sudorosa ventanilla. Y digo al parecer, por cuanto ello solo sucede al despreocupado, al que se cansa de todo lo que ya ha visto y no saca consecuencias y pensamientos de lo que sus ojos dominan al pasar. Para éste, cada objeto, cada acción es un ejemplo, una lección; y así sucedió, que mientras la locomotora, rápida y retozona, serpenteando por el gran viaducto que une la altiplanicie de la Capital federal con el populoso barrio de Sarandí en Avellaneda, mi compañero y yo, dialogamos extensamente, comentando las inmensas ventajas que al país representaba esa vía, fuente de nutrida población, en su mayor parte obrera, que huye de la metrópoli en busca de aire puro y barato, donde el problema de la habitación no existe aún y la familia se desarrolla sana y fuerte.

Nuestra admiración por la Empresa poderosa del Gran Sur, se tradujo en gestos y palabras encomiásticas.

Así llegamos a la Ciudad de La Plata y, cambiando de tren, nos lanzamos decididos hacia el este, hacia el Río de la Plata, en dirección del Puerto.

Dejamos a la derecha; el amplio polígono del Tiro Federal, cuyos espaldones tropiezan con los redondeados tanques de la Gran Compañía refinadora de Petróleo, y en pocos minutos llegamos a la estación de Río Santiago, fin de nuestro viaje, por el momento.

De allí nos trasladamos a un desembarcadero, para tomar un bote que, atravesando el gran dock del puerto, nos condujera a la otra orilla, frente mismo al edificio de las Oficinas del frigorífico "Armour".

Ya en el botecito, que a mi compañero le pareció una cáscara de nuez, dado que, según me dijo, hacían muchos años que no navegaba, comenzó la travesía, surcando las aguas amarillentas del río.

A los lados del gran canal, recostados sobre los malecones, se encontraban varios vagones de alto bordo, cargando cuerambres y carnes congeladas. A la verdad que eran muy pocos, tres o cuatro, nada más y esa extinguida de embarcaciones contrastaba con la amplitud de las dimensiones del gran puerto.

En las orillas, varios y bien contruidos galpones, demostraban sus gran capacidad para recibir en sus entrañas, inmensas cantidades de toneladas de distintas playas. Pero todo estaba vacío... todo paralizado, daba una impresión de tristeza, de estancamiento. Eso sí, todo muy limpio, todo listo al parecer para comenzar la tarea prolífica, mas en vano tratábamos de descifrar el misterio.

Un paseo a Beriso en el puerto de La Plata

La política portuaria en franca oposición a la política ferroviaria. — Los grandes frigoríficos — La colectividad siria — El doctor Hipólito Irigoyen en árabe — La política de comité netamente criolla.

Sin embargo, el caso tenía una explicación clara y rápida, y yo, que había leído algo al respecto, y recordaba lo que sucedía tanto en Bahía Blanca, como en Mar del Plata, Necochea y demás puertos nacionales de nuestra extensa y rica costa marítima, dí la clave del asunto:

rrido posible antes de llegar al punto de embarque o al gran mercado consumidor, que aquí no es otro que el Puerto de Buenos Aires y la gran metrópoli. De ahí que las tarifas, sabiamente elaboradas obliguen al colono o ganadero a transportar sus productos a Buenos Aires, en lugar de hacerlo a Bahía

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro-Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0260

Los puertos de mar son antagónicos, aunque parezca un anacronismo decirlo, con la economía del riel, con los intereses de las grandes empresas ferroviarias del país.

A esos grandes colosos de la industria del transporte, les conviene necesariamente que los productos de las industrias madres de esta tierra, hagan el mayor reco-

Blanca o Mar del Plata, porque el flete le costará tal vez lo mismo, pero en cambio la mercadería llegará antes, y ya se sabe que en el comercio el aforismo inglés impera tiránica y absolutamente: "el tiempo es oro".

Además el Gran Sur, no tiene entrada directa a los puertos del sur y debe pagar un derecho de

HAZTE MUCHOS PEDAZOS

(A mi amigo Edgardo Bulnes)

Hazte muchos pedazos... Muchas Vidas!
Si eres Fuerza: levanta al que ha caído;
Escuda con tu brazo al perseguido;
Y cura con tu afecto sus heridas!

Y si eres Luz: esplende en las tupidas
Noches de la Ignorancia; si eres Nido:
Entibiélo el Amor, ese nacido
Al beso de dos almas confundidas!

Si eres Pan, si eres Agua, o si eres Fuente:
Deja saciar la sed en tu corriente,
Escucha mi pedido: hazte pedazos...

Abre tu pecho, cual la Cruz sus brazos,
Porque nos debe poseer el Mundo:
Una hora, un minuto o un segundo!

F. Belisario CESPEDES

C. del Uruguay.

tránsito, que encarece y dificulta el servicio.

El puerto de La Plata, es un significativo exponente de lo que afirmo. Allí se siente, se palpa la triste realidad. Ese inmenso puerto, construido con tantos sacrificios, y cuya habilitación costó millones de millones de pesos oro, yace solitario, destruyéndose por acción del tiempo demoledor de obras mucho más colosales sin duda.

Y no se crea que esto es utópico o la impresión lírica de una mente predispuesta a estas cosas; no, ahí está el hermoso canal del Este, sin terminar aún, pero ya con la profundidad suficiente para el tránsito de cabotaje que por despreocupación tal vez, de los encargados de su cuidado y conservación, ha sido cegado por los vecinos, que lo han cortado en su cauce con terraplenes y construcciones de pasos de madera y fierro, que permiten cruzarlo a pie enjuto. Tal sucede en la calle Montevideo del Pueblo de Beriso.

Pobre Puerto de La Plata, si no fuera por las dos grandes compañías frigoríficas, que allí operan, dando vida y animación a barrios populosos y de indiscutible progreso, pero que no hay que olvidar que tan solo subsisten al calor de tales empresas. No quiero pensar lo que sucedería si a cualesquiera de ellas le pasara un percance comercial, que la obligara a cerrar sus puertas o liquidar!...

A la izquierda del inmenso Gran Dock central del puerto, elevan sus imponentes moles ambas poderosas instituciones.

Primero el "Armour", con su edificio de corte moderno y elegante, y luego el "Swift", si bien mas achaparrado y bajo, mucho más grande en sus instalaciones.

El día nítido y claro, con una temperatura agradable y sin pizca de viento convidaba a gozarlo ampliamente, lujosamente, y así mi compañero se engolfó en una serie de consideraciones sobre la hermosura del barrio y lo triste que resultaba el ver que los potentados de la ciudad no elegían ese admirable barrio para levantar sus viviendas, al amparo de aires puros y sanos, pero en medio de estas elucubraciones, sorprendí en él una reacción contraria, que dió al traste con sus teorías higiénicas de pocos momentos antes; ¿qué había pasado? De inmediato lo supe: llegó a dañar mi membrana pituitaria un olorillo sui géneris, propio de los corrales donde pernoctaran grandes manadas de cornúpetos.

Tal percance, hizo decir a mi amigo: ¡qué lástima, no? Tan lindo y dando tan mal olor!...

Los Frigoríficos dan vida a poblaciones, que han llegado a contar con veintidós mil habitantes, como Beriso, por ejemplo, y esto sorprende sobremanera, pues, no es tan grande el número de sus peonadas y faenadores. Pero ello se explica, pensando en la inmensa cantidad de negocios, fruterías, tiendas, zapaterías, bares, restaurantes, casas de radio, relojerías y hasta grandes salones cinematográficos que allí existen.

Principalmente la barriada que se recuesta al sur del frigorífico "Swift" y que une a éste con el "Armour", es de las más importantes que allí se ven. Ella ha dado lugar a la formación de calles populosas como la de Nueva York y otras bien adoquinadas, de veredas

amplias, arboladas y en las que los negocios de toda índole se suceden puerta por puerta. Allí pulula una abigarrada colonia de sirios de Damasco, gente buena, sobria y adaptable a nuestras costumbres; respetuosa y de muchas otras condiciones que la hacen deseable en grado sumo, para el progreso y prosperidad de nuestra nación.

Todos, cual más, cual menos, musitan palabras en castellano, en una pintoresca mescolanza con términos criollos, que hacen su conversación por demás interesante.

Al azar, entramos en una tiendecilla, donde, detrás del mostrador, se encontraba un hombre, que daba la impresión de ser italiano. No fué así, sin embargo; era sirio, de la tierra del albaricoque y de los bordados famosos.

Iba a entrar en materia, referente al objeto que allí nos llevaba, cuando veo, con la consiguiente sorpresa, colgado en la parte más visible de la sala, un retrato del doctor Irigoyen.

Indago, y el árabe, don Jacinto Selim, con la parsimonia y meticulosidad propia de su raza, me contestó:

¡Don Hipólito grande amigo del pueblo! Aquí todos lo queremos mucho.

—¡Ah, sí? — le contestó mi amigo, perplejo como yo, por esta popularidad impensada del gran republicano.

—Sí, sañur — continuó diciendo mi interlocutor. — Nosotros somos radicales. Todo Beriso es radical y yo soy el presidente del subcomité. Vea este letrado — y nos sacó un gran papel cuadrilongo con garabatos y rayas imposibles de descifrar.

—Este letrado estaba poisto en la sala del comité, hasta que lo cerramos, por orden del Comité Central. — Y así diciendo me hizo ver una nota con membrete del comité central de la Provincia, que ordenaba clausurar todos los subcomités del partido. La nota estaba firmada por Maistegui.

Naturalmente, inquirimos la traducción del cartel y eso dió lugar a que nuestro interlocutor buscara más compatriotas.

Pocos momentos tardó en juntarse una colección de personajes, ejemplares típicos del más puro árabe.

Mi compañero insinuó a mi oído, lo ridículo que resultaban esas personas con la indumentaria europea, significando con ello cuán mejores estarían con sus trajes propios de los países de origen... y en ese instante, por un fenómeno de transformación que a menudo se vé en los cines, el sujeto que tenía delante perdió su indumentaria y me resultó en la imaginación vestido con el traje tradicional, fez y orlada su cabeza del bello turbante musulmán. Así me gustó mucho más. Pero, como eso no era más que imaginativo, me sacó de mi abstracción la llegada de otro señor de tez morena, simpático, de estatura más bien baja, educado y con maneras distinguidas, que a requerimiento de nuestro primer interlocutor, procedió a traducirnos el cartel.

Con palabra reposada y tono seguro el señor Sales M. Lazucar repuso:

—Aquí dice: "¡Viva la República Argentina!
¡Viva el partido Radical!"

Todos los circunstantes lo escucharon con respetuosa unción y con la cabeza descubierta y ante tal



EL FOTOGRAFO. — ¿Y tiembla usted de ese modo porque le he dicho que va a salir un pajarito?

¡Viva nuestro futuro presidente, doctor Hipólito Irigoyen!
1.º de abril de 1928".

demonstración, que más se asemejaba a una ceremonia o rito de carácter religioso, también nosotros

Una receta

Humábamos nuestras pipas en el interior del fogón, junto a la chimenea del hogar, que esparcía un color muy agradable. Era el mes de marzo, y hacía repiquetaba la lluvia sobre los cristales.

De pronto mi amigo saltó una carcajada, y, al preguntarle por el motivo de su buen humor, respondió:

—Es una historia graciosa, y siempre que me acuerdo de ella no puedo menos de reírme.

—Entonces cuéntamela.

—Todos los pueblos de este contorno — empezó diciendo mi amigo — son muy saludables, y en ellos apenas se conocen las enfermedades. Entre ellos ocupa el primer lugar el de Steinkerque, cuyos vecinos aseguran que allí no ha muerto jamás nadie, aunque yo me resisto a creerlo. Pero, sea o no verdad, es el caso que un día una mujer de ciento diez y seis años se sintió repentinamente enferma. Pude comprender la sensación que causó la noticia y que en el pueblo no se habló de otra cosa. Hacía sesenta y dos años que no se recordaba un caso análogo.

En Steinkerque no hay médico por no ser necesarios sus servicios. Hubo, pues, necesidad de avisar a un médico del pueblo inmediato para que reconociese a la paciente.

El doctor vino a la enferma y dijo satisfecho:

—Esto no es nada. Ahora mismo voy a recetarle a usted una cosa que le dejará como nueva.

Extendió la receta, la copió el maestro una vez que se marchó el médico, y un propio partió inmediatamente para Pourgettes, porque en Steinkerque no hay botica.

Pero apenas el boticario vió la receta exclamó:

—¡Cualquiera entiende lo que pone aquí! ¡Qué barbaridad!

—Pues lo ha escrito el maestro de escuela.

—Me lo figuro, porque no sabe leer ni escribir. Además yo no puedo despachar una receta mandada expedir por el maestro de escuela, porque la ley me lo prohíbe. Tráigame el original, de puño y letra del médico, y le despacharé.

Ante estas razones el demandadero regresó a Steinkerque.

Pero al día siguiente, muy de mañana, volvió a presentarse en la botica. Iba en un carro, del que, con ayuda de otros, bajó una enorme puerta de nogal cuyo peso no bajaría de trescientos kilos. Y sin decir palabra colocaron la puerta sobre el mostrador, que casi se hundió, poco habituado a soportar pesos tan grandes.

El boticario les gritó:

—Pero ¿qué es esto? ¿Os habéis vuelto locos?

—Nada de eso — dijo el recadero tranquilamente—. Ayer me pidió usted la receta del médico, y es ésta. Como no quiso usted aceptar la copia del maestro, he traído como usted me mandó, el original de la receta.

—¿Y éste es el original?

—Claro. Como en casa de la enferma no había papel ni tinta, el médico tuvo que escribir la receta sobre la puerta con un pedazo de yeso. Supongo que ya no tendrá usted inconveniente en despacharme la medicina.

Georges AURIOL

nos descubrimos, pensando *in pectore* y preguntándonos al ver las caras tranquilas y veraces de los sencillos árabes, ¿qué poder subyugante, que atracción magnética podía despertar en esos dignos hijos del Profeta, la austera y democrática figura de nuestro gran republicano, del argentino ilustre que dentro de pocos días más regirá nuestros destinos por segunda vez? ¡Misterio!...

Ante tal demostración, era necesario decir algo; había que hablar sin vuelta de hoja, y así lo hice.

Me referí a la acción de los comités, dentro de los barrios en que desarrollan su influencia. Dije que era un error mandarlos clausurar luego de terminada la campaña electoral. Que debía propenderse a que ellos constituyeran centros de ayuda mutua, de perfeccionamiento físico e intelectual y que con más razón era indispensable desarrollar esta acción constante y permanente, en centros como los de Beriso, compuestos de conglomerados de personas extranjeras ávidas de amalgamarse los problemas nuestros y de confundirse con nosotros, tomando parte en nuestras bregas políticas, que, en definitiva, no eran más que las bregas de perfeccionamiento local y colectivo a que estaba obligado todo habitante de esta tierra al amparo de nuestras libérrimas instituciones.

Conseguí, después de no pocos requerimientos, que me regalaran el consabido cartel y muy ufano con mi adquisición, nos corrimos hasta el sitio en que se toma el tranvía 25, que nos condujo a la ciudad de La Plata.

Enrique ALIO.

ODONTOLOGICA

El dentista (a los clientes que aguardan). — ¿Quién de ustedes lleva esperando más tiempo?

El sastre. — Yo, señor; que vengo a cobrar ese traje, que le hice a usted hace dos años.

ENTRE NOVIOS

Ella. — Bueno, ¿y cuándo te decides a pedirme?

El. — Hija, la verdad, me da mucha vergüenza; pero si te empeñas préstame cinco pesos.

CONYUGAL

El marido. — Esta navaja de afeitar no corta.

La mujer. — Pues esta mañana abrí con ella la lata de sardinas, y no querrás hacerme creer que tu barba es más dura.

ENTRE ELLAS

—¿Qué calmosa es Enriqueta!

—Mucho. Ha necesitado treinta años para cumplir veinte.

CURDELANEA

—Pero, hombre, ¡tú estás borracho!

—No me hables. ¡Estoy desesperado! ¡Mi hijo está malo! ¡Muy malo!...

Y se echa a llorar.

—¡No llores, hombre! — le dice el otro. — ¡Quien sabe... puede que no sea hijo tuyo!...

Para "FRAY MOCHO"

El barrio semi calmado por la paz dominical, se puebla de rumores vagos, inacordes, extraños.

El plañir de una música lejana repercute con insistentes compases, que recuerdan una murga carnavalesca.

Rítmicamente, aunque carente de armonía, sonos de flauta, bombo y violín; ya con más precisión van animando las bocacalles, que a esa hora solo se ven carros municipales y repartidores de leche.

En la próxima esquina se amontona una veintena de chiquilines. Gritan, saltan, se quitan la gorra, y algunos tirándose al suelo, locos de alegría, esperan ansiosos el paso de la "banda" que se aproxima lentamente.

Puertas, celosías, ventanas giran con estrépito, se ven por todas partes caras todavía insomnes; las miradas se tornan escrutadoras, ávidas. A través de los visillos, por sobre las tapias, desde los balcones; caras y más caras surgen misteriosamente.

El barrio vive momentos de expectativa, de angustia, va a presenciar un espectáculo nuevo.

Por fin en la esquina asoma el cortejo por la cándida figura de una chata de alquiler. Tres vendedores ambulantes, con sus canastos repletos de fruta, que el azar los tomó de sorpresa, van escoltándolo, imitados por varios niños descalzos y harapientos.

El cortejo ha entrado en la cuadra ofreciéndose a la vista de los espectadores con magnificencia de aparición.

Docena y media de paisanos en su mayoría mujeres, componen la típica procesión de San Isidro. Caminan silenciosos, tímidos, con la vista al frente contemplando la imagen del santo que avanza en medio de la polvareda.

Las mujeres llevan pequeños estandartes y banderas adornadas con puntillas y flecos (cuya confección habla de un arte casero, nada complicado). Cuatro hombres conducen las andas, a donde va el santo, al parecer, cohibido, por la mirada absorta de la multitud pueblera.

Tras de ellos van los músicos: un terceto de bombo flauta y violín, cuyo único repertorio consiste en la ejecución de cuatro compases repetidos por leguas enteras.

De repente de entre la algarabía surge una voz terminante: "que pare la procesión". Los chicos de la ciudad, cuya orden les ha sorprendido, alargan la voz a los que conducen el santo, que por la bulla no han alcanzado a oír, "Que pare la procesión"... Inmediatamente se detienen, van a efectuar el último descanso antes de llegar a la parroquia del barrio.

El origen de estas costumbres es legendario y remotísimo. Que ellas hayan tenido la época de un oscurantismo litúrgico y fetichista, no cabe discutir, puesto que abrevaron en manantiales completamente distintos: la edad media europea, fantástica y visionaria, y la ignota civilización del nuevo mundo, desde la azteca hasta los más absurdos rituales de la lejana tierra patagónica.

Pero los pequeños grupos de cre-

yentes que llegan a nuestras ciudades, en vistosas "procesiones" los componen gente de campo, trabajadora y sencilla, cuya indumentaria en nada varía con la de otras provincias, dentro de su misma posición social. No tienen afinidad con los rituales humahuagueños, cuyos devotos al presidir una procesión van disfrazados con fantásticas caretas con enormes máscaras, y cubiertos hasta los hombros con calaveras de guanacos.

Nuestros paisanos dejan el surco para venir al pueblo a gastarse un día de expansión.

Han recorrido tres leguas y media a pie. Son los González, vieja familia del Timbó, cuya tradicional costumbre transmitida desde sus tatarabuelos, aún no la han perdido.

"San Isidro, el patrón de los campos y de las siembras, necesita que se le reze todos los años una misa". Tales fueron las últimas palabras del más viejo de los González. Ahora nietos y biznietos respetan la tradición señalada por el apóstol de la familia.

Más o menos en treinta casas de una legua a la redonda eran todos hermanos. Reunidos en la mansión de Don Saturnino González, formaban una sola familia el día de San Isidro. Era de ver como más de sesenta personas, entre abuelos,

padres, hijos, nietos, etc.; dentro de una utópica armonía, celebraban las festividades del santo.

Se contaba que a la hora del mate, había junto al fuego tres docenas de pavas que se proveían de agua caliente de una enorme pava que hacía las voces de matrona.

En la actualidad ya las cosas iban disminuyendo paulatinamente. La familia se encontraba diseminada por todas partes. Y no era cosa fácil formar quorum ni aún con la mitad de aquel número fabuloso, para la asamblea anual, tal el mandato de sus antepasados.

Nuevamente se ha puesto en marcha la procesión. De entre la multitud sale la misma voz autoritaria que la hizo detener. Próximos a la parroquia callan, cada uno cuela su instrumento, y se vuelve para engrosar la fila junto al santo.

El señor cura, que está sobre aviso, los espera en el atrio.

Antes y después de la misa departen animadamente con él, escuchando sus sabios consejos, al par que le suministran datos de los progresos y epidemias habidas durante el año. Muchos han traído niños a bautizarlos y estampas en marcos para que se las bendiga. Todos, con el mayor alborozo y respeto reciben del párroco las medallas y los escapularios que él les distribuye uno a uno.

Un culto que se extingue

Por Ezequiel Díaz

Se oyen cohetes voladores y estruendos que cruzan estrepitosamente el ambiente pueblerino. Ha terminado la misa y momentos después emprenden el regreso... Afuera, en la calle, han aumentado los curiosos, se diría que todos van a acompañar la procesión que pronto desaparecerá humildemente en los boulevares.

Que esta costumbre marque un atraso como se murmura por ahí, no es discutible. Pero es que ellos respetan una tradición, y siempre las tradiciones han sido objeto de recordación para los pueblos. Hoy ya vale poco la sinceridad de esta gente, única capaz, de profesar un culto abiertamente, de manifestar una idea.

Ellos son más valientes que nosotros, no les importa de las risitas irónicas ni de la admiración cursi e hipócrita de que son objeto por todo un pueblo moderno.

No es posible que se conserve el culto a un mito legendario, en esta época de trompadas y de charleston. Escenas que lejos de resultar "ridículas", serían, por el contrario, motivo de respeto, de reminiscencias, por todo lo que hemos oído contar en la infancia. No sabemos apreciarlas, ya nada vale lo de ayer, vivimos ávidos de novedades. Pagamos entrada para gustar un poco de emoción, aún dentro de la más artificiosa maraña novelesca.

A ello se debe que el "inculto" pueblo legendario tenga que penetrar en nuestras calles, humilde, tímido, a veces atemorizado por las miradas raras que escrutan a través de los visillos o de los balcones.

Y día llegará en que tengan que venir blindados, porque a lo mejor al doblar una esquina, en un "pase magistral", el football callejero, vaya a terminar contra la cabeza del santo.

Lección de catecismo

—¿Cuántas son las personas de la Santísima Trinidad?

—Veintisiete. Y a todas les lava mi madre la ropa.

—¿Hombre! Esos serán los frailes de la Santísima Trinidad!

—Oiga usted, señor Cura, ¿y es que los frailes no son personas?

Entre "húmedos"

—Vino más viejo que éste yo le aseguro que no lo encontrará.

—¿Ya lo creo!... Bebí en cierta ocasión uno, que de viejo que era hasta la botella estaba arrugada.

Terapéutica

El doctor. — Hoy tiene usted mejor cara de lo que yo esperaba...

El enfermo. — Quizá sea debido a haber seguido al pie de la letra las instrucciones del frasco de medicina que usted me mandó.

El doctor. — ¿Cuáles eran?

El enfermo. — Mantener el frasco herméticamente cerrado.

AL MULO

Al mulo, al pobre mulo que, denigrado tantas veces se ha visto, van mis estrofas; al que sirviendo a todos marcha callado, sufriendo con paciencia golpes y mofas.

Al que en los precipicios firme y seguro, temor o desconfianza nunca revela, y aligera en las calles su paso duro cuando su vientre raya traidora espuela.

Llevando doce arrobas marcha ligero, cuando el sol a torrentes las cumbres baña y los gritos monótonos del arriero se pierden con las brisas de la montaña.

Dicen que cuando chico fué muy gallardo: heredó de la yegua fuerza y modales, y de su padre el burro su tinte pardo y el sufrir con paciencia todos los males.

Su voz no es armoniosa: triste quejido semeja. ¡Pobre mulo! Mas no lo extraño. ¿Cómo no has de quejarte? Tanto has sufrido que es tu vida, cual muchas, un desengaño!

La espuela, ese terrible, vil instrumento que un chalán inventara de alma menguada, para tí la fabrican y es tu tormento: "La mula sin espuelas no vale nada".

En unión de tu hermano, golpes sufriendo, con campanilla al cuello por la ancha vía con aire resignado vas conduciendo millares de personas en el tranvía.

Y sin embargo ¡oh, mulo! tu gloria tienes: en Belén contemplaste recién nacido al que vino a este mundo pobre de bienes y en un madero infame fué escarnecido.

Antonio G. MANRIQUE.

El romanticismo de un marino mercante

Hace bastantes años, un capitán inglés de la Marina mercante llamado James Brand, llegó a Lausana y conoció a una muchacha, de la que se enamoró profundamente.

Le pidió relaciones; pero ella le dijo que estaba comprometida para casarse con un ingeniero apellidado Francis.

Entonces James Brand repuso:

—Cátese con él; pero estoy seguro de que se quedará pronto viuda. Si ello sucediera escribame.

Y dejó sus señas de Londres.

La joven se casó con el ingeniero Francis, y se fueron a vivir a Moudon, cerca de Lausana.

Tuvieron una hija, a la que llamaron Magdalena, y a los pocos años el ingeniero moría.

La viuda quedó en mala posición económica, y entonces, acordó se del capitán Brand, y le escribió a sus señas de Londres.

Pero Brand había partido para Australia, y después de abandonar la Marina mercante se había dedicado a ganadero.

Desde Londres reexpidieron la carta a Australia, y apenas la hubo recibido contestó a la viuda en estos términos:

“Estoy aquí haciendo fortuna. Espéreme algún tiempo todavía. Iré a Suiza muy rico, y nos casaremos”.

Pasaron los años, y James Brand no volvía a Suiza.

Hace tres meses murió la viuda Francis, dejando sola en el mundo, y con muy pocos recursos, a su hija Magdalena, de diez y siete años de edad.

Ocho días más tarde se presentaba en Moudon el capitán Brand y preguntaba todo anheloso por la viuda Francis. Le dijeron que había muerto hacía pocos días y que había dejado una hija.

Fué a ver a ésta y entre ambos hubo una entrevista emocionante. Brand lloraba amargamente y se reprochaba el haber tardado tanto en volver a Suiza.

—Quería venir rico — decía —, y no encontraba la manera de vender con ventaja mis grandes rebaños de carneros. Por fin lo hice, y traigo millón y medio. Como tú madre ha muerto, esta suma será para tí.

Salió de la casa, fué a Lausana y redactó su testamento, dejando el millón y medio para Magdalena Francis.

Después encerróse en su cuarto del hotel y negóse a ver a nadie y a tomar alimento alguno.

Se pasaba los días y las noches andando por su habitación con los brazos a la espalda, y diciendo con voz entrecortada:

“He terminado mi vida. No quiero vivir”.

COSAS DEL MUNDO

El dueño del hotel, alarmado, llamó a un médico; pero éste no pudo entrar en la habitación.

Cuando alguien pretendía penetrar en la estancia Brand gritaba por el ojo de la cerradura:

“¡Tengo un revólver! ¡Al que entre lo abrazaré a tiros!”.

Por último, en la habitación se hizo un gran silencio, y el hotelero llamó a la Policía. Esta forzó la entrada y encontró a Brand tendido en su cama y muerto. No presentaba herida alguna y, según los médicos, había fallecido de hambre y desesperación.

Abierto su testamento, éste fué combatido por un sobrino de Brand, que quiso entablar pleito afirmando que su tío, cuando lo había hecho, carecía de razón.

Pero como Brand, había tomado bien sus precauciones, la Justicia no ha hecho caso de los alegatos del sobrino, y Magdalena Francis acaba de heredar el millón y medio del romántico ex capitán mercante.

y desembarcaron bruscamente, en número de 2.000, en el territorio de los marigios, a los cuales sorprendieron.

Los marigios tenían apostadas la mayor parte de sus fuerzas en los pantanos, y su sorpresa fué grande al ver que sus enemigos les atacaban por la espalda y quemaban sus aldeas.

Siguió una lucha terrible, en la que fueron completamente vencidos los marigios, que concluyeron por refugiarse en los pantanos.

Pero unos 550 de ellos, entre hombres, mujeres y niños, habían muerto en la lucha o habían caído prisioneros de los goros, y los vencedores, en la frenética exaltación de su triunfo, decidieron devorarlos.

Mataron a los prisioneros y organizaron un colosal banquete, que duró varios días.

Cuando estaban en él, unos misioneros, sabedores de lo que ocurría, llegaron al lugar del festín y trataron de impedir que éste con-

FRAY MOCHO

Ha trasladado sus oficinas de Dirección, Redacción y Administración, a su nuevo domicilio situado en la calle
CERRITO 607

esquina a Tucumán
U. T. 33-MAYO 1899

Un gigantesco festín de antropófagos

Han ingresado en la ciudadela de Port-Moresby cien papúas de la Nueva Guinea, acusados de haber cometido delitos de canibalismo en circunstancias verdaderamente espantosas.

Los antecedentes del suceso son como sigue:

A mediados de diciembre del año pasado estalló la guerra entre la tribu de los goros y la de los marigios. Estas tribus papúas viven en la isla de Marigio, situada en la costa de Nueva Guinea.

La causa de la guerra fué que nueve goros que habían penetrado en el territorio de los marigios con fines ni muy claros fueron apresados por éstos, sacrificados y comidos en un banquete.

Al saberlo la tribu de los goros se reunió en asamblea, y acordó tomar sangrienta venganza de la muerte de los nueve indígenas.

Los marigios eran difíciles de atacar por tierra, a causa de unos pantanos que separan su territorio de los goros, y entonces éstos, utilizando verlos centenares de piraguas dieron la vuelta a la isla

continuase; pero los goros, que sólo cesaban de comer para bailar danzas guerreras y entonar salvajes cantos, dijeron a los misioneros que si no se retiraban se los comerían también, pues aún no habían acabado de saciar su apetito.

Los misioneros escribieron a las autoridades australianas contando lo que habían visto, y diciendo que era preciso imponer un severo castigo a los caníbales, y a fines de abril salió una expedición de Australia a bordo de un barco de guerra, que desembarcó en la isla de Marigio y emprendió inmediatamente operaciones contra los antropófagos.

Estos resistieron ferozmente, y durante muchos días tuvieron en jaque a los expedicionarios australianos; pero al fin, gracias a la cooperación de varios aeroplanos, se logró someterlos.

Reunida la tribu de los goros, pidió la paz; pero no le fué concedida sino a condición de que entregara a las autoridades inglesas los cien culpables principales del banquete antropofágico.

La tribu los ha entregado, y se les ha transportado a la ciudadela de Port-Moresby, donde comparecerán ante un Consejo de guerra.

Algunos diarios australianos dicen que para hacer un escarmiento es preciso fusilar a los cien go-

ros caníbales; pero se cree que el Consejo de guerra los condenará a trabajos forzados.

La tempestad y los leones

Hace pocos días ocurrió en Lowicz un trágico suceso.

Había llegado un domador ambulante que exhibía cinco leones, los cuales ocupaban dos jaulas.

Pidió permiso a la autoridad, y ésta le dejó formar un circo en un solar de las afueras de la población.

Un domingo por la tarde acudió gran multitud a ver trabajar al domador, el cual se llamaba Wittes y era de origen ruso. El domador encerró a los cinco leones en la jaula más grande, y entró en la misma.

Durante algún tiempo les hizo practicar ciertos ejercicios fáciles con gran entusiasmo de los espectadores. Pero en esto se levantó una gran tormenta y empezaron a brillar los relámpagos y a oírse formidables truenos.

Las fieras comenzaron a dar pruebas de gran inquietud, y por último se apelotonaron en un rincón de la jaula y se negaron a seguir trabajando.

El domador indignóse y empezó a latigazos con ellas, con gran espanto de la multitud, que le gritaba: “Déjelas! ¡Déjelas!”.

De pronto uno de los leones saltó sobre el domador y le derribó en tierra. El infortunado pidió socorro a su ayudante, y éste introdujo por entre los barrotes de la jaula un largo hierro enrojecido al fuego; pero no obstante ello, los cinco leones se lanzaron sobre el domador y lo destrozaron, entre los gritos de terror de los espectadores.

El ayudante, en su aturdimiento, abrió la puerta para entrar y salvar a su amo, y entonces los leones saltaron a la pista. La gente echó a correr en todas direcciones, y en aquel instante cayó un rayo sobre la jaula.

Había empezado a llover torrencialmente. Los leones salieron del circo y se dirigieron dando terribles saltos a un arrabal de Lowicz. Uno de ellos penetró en una cervería donde había numerosos bebedores, los cuales se apresuraron a meterse debajo de las mesas. Otro se precipitó dentro de una carnicería donde había colgados algunos carneros desollados, cogió uno de los carneros con los dientes y salió a la calle sin que el carnicero se atreviera a disputarle su presa.

Un tercer león subió por una escalera hasta un segundo piso y entró en una cocina donde una pobre mujer estaba guisando. Esta se refugió en la despensa y dejó al león dueño de todo el piso.

Los otros dos leones entraron en un corral donde había caballos y mataron a dos de éstos; pero se les logró encerrar en el mismo.

Por último, después de muchas peripecias, se consiguió matar a tiros a tres de las fieras y meter en una jaula a las otras dos.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para quitar el óxido de las placas de cinc se funden al baño-maria, en un recipiente de barro, 250 gramos de manteca de cerdo con 16 gramos de alcanfor. Hecha la solución se retira la vasija del fuego y se añade a su contenido la cantidad de plumbagina necesaria para que el producto adquiera un color intenso.

Con un trapo o una muñequilla de algodón se aplica la composición caliente sobre el metal, y pasado un poco tiempo se le da brillo frotando enérgicamente con otro paño limpio.

Tintas simpáticas. — Se disuelve en un frasco una parte de nitrato de cobalto en tres de ácido nítrico, a fuego moderado. Hecha la solución, se añaden dos partes de carbonato de potasa y una de sal de cocina, aclarando el todo con agua pura. Esta tinta, que al usarse resulta roja, bajo la influencia del calor se torna violeta. También se puede hacer una tinta azul que humedeciéndola se cambia en carmín, disolviendo una parte de nitrato de cobalto en tres de ácido clorhídrico. Una vez que se ha vuelto carmín esta tinta, basta calentarla para que recobre su color azul.

Se obtiene un lustre ininflamable para los pisos según Beaumont, mezclando 550 partes de tetracloruro de carbono, 225 de trementina, 125 de cera, 10 de copal duro y 90 de alcohol metílico. Los componentes pueden variar, pero en todos los casos la trementina no debe exceder en cantidad al tetracloruro de carbono. El tetracloruro de carbono se calienta al baño María sin pasar de los 70.0 centígrados y se echa la cera cortada en trozos menudos, agitándola hasta que esté completamente disuelta. Luego se echa la trementina y se sigue moviendo hasta obtener una masa homogénea a la cual se agrega el alcohol metílico, en el que se habrá disuelto previamente el copal. La cera puede teñirse con siena, ocre, rojo inglés, etc., y aromatizarse con esencias.

Para limpiar los muebles de roble, se les quita primeramente el polvo y se friegan con agua y vinagre. Cuando están secos se les frota con un poco de aceite de parafina y un trapo, y finalmente se les saca lustre con un paño limpio. Con este procedimiento quedan como nuevos.

Contra las grietas de las manos— He aquí dos fórmulas excelentes: Después de haberse lavado con agua hervida, ni fría ni caliente, y de haberse secado con una toalla suave y sin frotarse, se aplica el linimento siguiente:

Acido gálico 25 centigramos
Glicerina neutra . 30 gramos
Hidrolato de rosas 90 ..

Se deja aplicado unos instantes y se enjugan con suavidad.

Este linimento suele bastar siempre, pero en casos rebeldes hay que darse por la noche una untura con esta pomada:

Ortoformo 25 centigramos
Mentol 10 ..
Sanolina pura .. 10 gramos

Barniz negro al betún. — Este barniz, fácil de hacer y muy ba-

rato, sirve para pintar de negro linternas de fotografía, depósitos de hojalata, cubetas de revelar de cartón piedra, visores, y también bicicletas, varillas de paraguas y otros objetos metálicos. Para prepararlo, se disuelven 30 gramos de betún de Judea en 100 centímetros cúbicos de bencina ordinaria. Se tiene esta solución en un frasco bien tapado, en sitio obscuro, y se agita un buen rato cada día. A las

dos semanas, se decanta el líquido, que aparecerá de un color bronceado, y se le añade la mitad de su volumen de negro de humo. Se agita bien la botella que contenga la nueva mezcla, y puede hacerse desde luego uso de ésta, para lo cual basta echar un poco en un vasito y extenderla, con un pincel, sobre el objeto que se quiere pintar, después de limpiarlo *grosso modo*. Para bicicletas y para objetos de cartón piedra, conviene emplear más negro de humo, hasta un volumen igual al de la solución de betún. De este modo, el barniz dura mucho más tiempo que cualquier otro, y no salta nunca en escamas.

Lápices quita manchas. — Se hacen con los siguientes ingredientes: Extracto de palo de jabón, 160 gramos; bórax, 120; alcanfor, 15, carbonato de potasa, 40; hiel de vaca fresca, 30. Se empasta la mezcla hasta una consistencia espesa, y se moldea en barritas de un centímetro de diámetro por cinco de longitud.

Para usarlo, se disuelve un poco de este lápiz en agua, se aplica la solución a la mancha, y se frota con un cepillo.

Tinte para el roble. — 80 partes de carbonato de sosa, seco; 250 partes de ocre claro finamente preparado, y 2.000 partes de agua de lluvia, se ponen a hervir durante media hora, transcurrida la cual, se añaden otras 2.000 partes de agua.

A esta tintura se agregan 700 partes de una masa compuesta de 1.000 partes de cera, 2.000 de agua y 70 de potasa, todo ello hervido y movido hasta que se enfríe.

Los tapices antiguos se limpian sacudiéndolos y cepillándolos primero con gran cuidado para que no les quede nada de polvo y luego se les untan por el revés hiel de vaca mezclada con diez partes su volumen de agua, procurando que el líquido penetre bien entre los pelos del tejido.

Después de esta operación los colores recobran su aspecto primitivo.

El piano debe estar siempre cerrado para impedir que penetre el polvo, y además conviene cubrirlo con una funda o con una colcha cuando se barre la habitación. Las teclas no deben lavarse nunca con agua porque quita el color al marfil. Si están manchadas se frotran las manchas con un poco de zumo de limón y sal.

Barniz negro para el cinc. — Se disuelven dos partes de nitrato de cobre y tres de cloruro de cobre cristalizado en sesenta y cuatro partes de agua y añádase ocho partes de ácido nítrico.

LEÑA E'CORONIYA

Con mi china

¿Te preocupa, entonces, que me quede, a veces, los ratos, haciendo e' mi cuerpo, gachao serca'el juego, un número cuatro, y cayáo la boca, con los ojos quietos y entornáo, te mire así un rato largo?

¡No es nada, mi china!... Es que a veces pienso que ya no te quiero lo mismo qu'en antes...

¡Pucha!... ¡Y me dá rabia!
¡Corasón maldito! ¡De carne!...

Medio sierro entonses los ojos.
Y, puede que sean talvés las pestañas, veo unos hilitos que son como di agua...
¡Di agua de recuerdos!

Un'agüita mansa, qu'emborróna tuito lo qu'está pá'elante, y me quedo ansina solo con mi alma... Como cuando yueve quedamos adentro del rancho y no vemos más que nuestras caras.

Al pingo'el recuerdo, qu'es como senteya, me le horqueto entonses y sale que güela!...

¡Bien sab'el camino!... Siempre v'á'quel rancho de terrón y paja ande vos nasistes, que un ombú, grandote, pá taparlo, adrede, medio s'inclinaba.

Y ayí, estás vos siempre lo mismo qu'en antes! Vivo en un minuto los años tan lindos en que juimos novios... En la puerta 'el rancho, como m'esperabas tuitos los domingos, m'estás esperando...

Me abajo del pingo, y vamos p'adentro, a la sala... Y a pesar del viaje largo que ha hecho el tiempo, ¡siento y veo tuito!

Se m'enyena l'alma di aqueyo. ¡Se m'enyena tanto, que hasta me rebosa por las dos ventanas que le hasen los ojos! Y eyos, que hasía un rato entornaos estaban, se me abren de golpe, ¡grandotes! ¡grandotes! y en vos clavan, china, tuitas sus miradas, ¡yenitos di aqueyo que m'enyena l'alma!

¡Y no sos la mesma di hase sólo un rato! ¡Has cambiao en tuito! Ven que tenés muncho di aqueya chinita que los tuvo al trote, locos y perdidos... ¡Sos la mesma di antes; más marchita un poco! Y quedan alegres, mirándote fijos.

En viéndote ansina, yo güelvo a quererte ¡lo mismo qu'en antes! Y quedo contento al saber que tengo un corasónito qu'es de güena carne.

¿Ta contenta, china?
Güeno: deme un beso; pero, largo... largo!... Lo mismo que aqueyos...

Guillermo Cuadri

CONCEPTO DEL ARTE CINEMATOGRAFICO. — El actor imitador, el formidable artista, que llena con su arte todo el mundo, expresa, de la siguiente manera su concepto del arte cinematográfico.

Nada de lo que se hace a base de caras bonitas, y de sumuosos escenarios, puede llamarse arte cinematográfico, mientras esas caras y esos escenarios no aparezcan como simples accesorios, imprescindibles, para la exaltación de un sentimiento. La cámara cinematográfica ofrece recursos maravillosos, pero mientras esos juegos de cámara, no tengan otra finalidad, que la de sí mismos, serán demostraciones de arte fotográfico, pero nunca de arte cinematográfico. Los alemanes abusan de la cámara, y le dan o pretenden darle a las cosas inanimadas un significado que no siempre tienen. Nosotros somos más humanos. El hombre prima siempre sobre las cosas inanimadas. Hay que mostrar el sentimiento en su máxima intensidad, limpio de sugerencias extrañas, que lo enturbian y lo desvirtúan; hay que mostrar el sentimiento palpitante, fresco, como sale del alma, que todo desaparezca, y que de sólo el sentimiento. Hay que poner el alma y el corazón en las expresiones, y que se vean y, se sientan el corazón y el alma, hasta el punto de que se ocluten el gesto. La actitud y la situación, que les muestran. El ser humano posee un número infinito de sutiles matices de expresión, muda que sólo el artista de verdad conoce y explota. Por eso cree en el artista como elemento primordial del cinematógrafo. Un gran artista se va derecho al corazón del espectador, para provocarle el sollozo, o la carcajada, y poco interesa la calidad de la obra, porque el artista levanta la obra, hasta su nivel. El escenario es la decoración, de un sentimiento, hace el paisaje, lo alumbra o le oscurece, de acuerdo con los tonos de su alegría o de su dolor. Manejar la cámara es arte de fotógrafos, manejar el sentimiento, es atribuido a los artistas. El sentimiento no tiene ángulos de visualidad, existe o no existe. Cuando existe se lo perciba, desde cualquier parte, y cuando no existe, es decir, cuando al actor no ha sabido arrancarlo en sus expresiones, es inútil, que se le busquen ángulos, para encontrarlo. Nosotros somos humanos, queremos el sentimiento a la vista, en el orden común de las cosas. La mejor obra de arte es siempre la más simple.

GEORGE LEWIS. — El simpatísimo mexicano es otro mimado de la suerte. — Co-protagonista de **MARIAN NIXON** en la ingeniosa comedia "EL AMOR VELA" y en

Notas cinematográficas

el drama "EL VENENO DEL JAZZ" sigue la misma marcha triunfal de **REGINALD DENNY** en los mismos albores de su prometedora juventud.

DENNY inició su camino estelar en la colección de película deportiva "LAS AVENTURAS DE UN BOXEADOR" lo mismo que **LEWIS** en "LAS ESTUDIANTES", y así como las primeras merecieron considerarse las mejores películas cortas de su tiempo, así mismo lo son "LAS ESTUDIANTES" en el presente.

Después de "LAS AVENTURAS DE UN BOXEADOR" tal fué la popularidad de **DENNY** que su inmenso éxito en sus super-comedias estaba descontado.

refugia en su cuarto de música, y allí permanece durante muchas horas, a veces cantando y tocando. Por lo general improvisa al violín o al piano preciosas melodías que jamás escribe, y cuenta su ex-esposa que estas improvisaciones son cuando esta de vena, es el "causeur", más ameno y divertido, su gracia para imitar a otros personajes, su irresistible simpatía personal, su humor divertido, su maravilloso poder de mímica, hacen de él el "leader", de toda reunión en que se encuentre, asemejándose en este sentido a **Oscar Wilde**, uno de sus autores favoritos.

Tras la máscara bufa que al público tanto divierte, alienta una vibrante alma de artista, desgarrada

trenar **Glücksman** — dos artistas de la pantalla de los más simpáticos a nuestro público: **María Prevost** y **Harrison Ford**, nombres vinculados a una larga serie de brillantes éxitos, como "En la habitación de Mabel" y tantos otros.

Es, este film, una comedia cómica de enredo como las que acostumbra interpretar la famosa pareja. La acción, endiablidamente movida, rebotante de situaciones de irresistible hilaridad y de una gracia delicada, gira en torno a una joven esposa, morena ella y cuyo marido se siente atraído por las rubias.

Se hallan en París cuando ella, llevada por los celos, resuelve darle una lección a su esposo.

Para ello se vale de un gracioso y muy femenino ardid: se torna rubia, por arte de peluqueros.

Imposible seguir en todos sus detalles la serie de peripecias que constituyen el interés del film, el cual, además de su ágil y divertida trama y de su brillante interpretación ofrece el atractivo de desarrollarse en el ambiente del París mundano y alegre.

Secundan a **María Prevost** y **Harrison Ford** excelentes actores como **Franklin Panghorn**, **J. Roy Barnes**, **Lucien Littlefield** y otros.

CARLITTOSS CHAPLIN ANTE LA OPINION DE LOS INTELECTUALES

Max Reinhardt y Charles Chaplin

Max Reinhardt, el famoso productor teatral alemán, ha manifestado que **Charles Chaplin**, es el más grande artista cinematográfico del mundo entero. Durante el transcurso del banquete anual celebrado por el National Board of Review, **Max Reinhardt**, pronunció un discurso, y hablando sobre la cinematografía en general, dijo, respecto del célebre bufo:

"Grandes artistas han contribuido al mejoramiento de la cinematografía; pero el que ha elevado más su nivel, y el que se encuentra más cerca de mi corazón es **Charles Spencer Chaplin**. La vida de trabajo de Chaplin, tiene una importancia histórica, y sus esfuerzos no podrán ser olvidados. El es escritor, director, y actor, al mismo tiempo. No le importa adaptar novelas, o dramas, ni comedias: él las crea; ha enriquecido la "comedia cinematográfica", con su figura inmortal. "Al rededor de su figura, ha creado nuevas formas de argumentos, que nos hacen reír o llorar; pero, Chaplin, nunca ríe o llora; su integridad artística, es admirable. Es imposible hablar de la cinematografía, sin empezar y terminar con la vida, y obra de Chaplin".

ARGENTINA

(Zamba)

Es la hermosa de mi tierra
Con la sal de Andalucía,
La que llena de poesía
A la tristeza destierra,
Su dardo de oro lo entierra
En donde encuentra pasión,
Después con tierna emoción
Canta con su voz de onduna:
—¡Soy de la patria Argentina,
El más grande corazón!

Es la airosa provinciana
Que por su amante suspira,
Es la bella que delira
Con su provincia lejana;
En su juventud temprana
Toda llena de rubor
Tenía miedo al amor,
Pero sabía la Zamba,
Y aplaudíala ¡caramba!
Por su baile encantador.

José M. OYUELA

Igualmente, **GEORGE LEWIS** ha preparado su advenimiento a los primeros papeles de producciones grandes por el extraordinario éxito alcanzado por él como héroe de las películas "LAS ESTUDIANTES" éxito mayor, si cabe, que el de "LAS AVENTURAS DE UN BOXEADOR".

La Universal ha comenzado a presentar la segunda serie de "ESTUDIANTES".

LAS TRANSFORMACIONES DEL CARACTER DE CHAPLIN. — **Carlitos Chaplin**, que ha reaparecido en "El Circo", del programa Extraordinario de Artistas Unidos, ha dicho su primera esposa, **Mildred Harris**, en unos artículos interesantísimos recientemente publicados, que tiene tres grandes amores que le dominan: su arte, su madre, y los niños, por los que siente cordial predilección.

El carácter de Chaplin, es variable. Cuando la tristeza lo invade se

y sangreante; y tras el Hamlet, es céptico, neurótico y triturado por la vida, el hombre conmisericordioso y bueno. Su espíritu vive en perenne tensión, y esta hiperestesia, de la sensibilidad lo aleja de la vida tumultuosa, que le irrita. En tales momentos busca la soledad, de las montañas o del campo, donde pasa a veces muchas horas en fecunda meditación. (Oh, Quijote). Quién podría suponer que el hombre cuyas películas han hecho reír a centenares de millones de personas, es un ser solitario, en quien la risa casi nunca florece, más que muy de tarde en tarde?

Tales son las transformaciones del carácter de **Carlitos Chaplin**, que el miércoles próximo será nuevamente aplaudido en "El Circo", que se estrena en los cines, **Petit Splendit** y **Palace Theatre**.

"RUBIA POR UNA NOCHE". — Reaparecen con "Rubia por una noche" — cinta que acaba de es-

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . \$ 2.50	Trimestre . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . 5.00	Semestre . . 6.00	Semestre . . oro 4.00
Año 9.00	Año 11.00	Año oro 8.00
N.º suelto . . 0.20	N.º suelto . . 0.25	
N.º atrasado . 0.40	N.º atrasado . 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	\$ 12 —	3.70
Tapas sueltas	chico	" 8 —	3 —
"	grande	" 9 —	2 —
"	chico	" 6 —	1.50

TEATROS

El público es sin duda, un tirano. Tiene caprichos, injusticias, manías, violencias, mal gusto... Tiene todos los defectos de los tiranos, con los complicados consiguientes a su fatigada de poseer infinito número de cabezas. Pues bien, si no es posible saber lo que piensa una cabeza de tirano, mucho menos ha de serlo penetrar en la conciencia de un monstruo multicefalo. En esto hay que reconocer las dificultades con que en el teatro se tropieza para contentar a su tirano. Pero necia esta salvedad primordial, debe reconocerse también que los tiranos existen porque hay siervos que los soportan y reverencian, pues la historia ha demostrado muchas veces que no hay tirano que resista al espíritu de la libertad.

Un actor está siempre tiranizado por sus propios méritos, que el público elogia siempre en demasía, pidiéndole al artista la superación de sus facultades. Esto lo interpreta mal el artista por lo común y entendiéndolo que debe exagerar en la escena aquel rasgo, aquella entonación, aquella mueca o aquel traspies que le ha celebrado el público con exageración. Así nacen o, para decir mejor, así se hacen los artistas demasiado cómicos o demasiado dramáticos y, en general, los artistas amanerados.

Es cierto que una parte de la culpa de ello corresponde al auditorio, pero el artista no debe olvidar que sobre los aplausos efímeros y fáciles del primer momento y de cierta parte impresionista del público, se encuentra la conciencia artística, para controlar severamente su labor en escena.

Hay que renovarse, hay que amoldarse. El supremo arte del actor es la transfiguración, de uno a otro papel y esto es lo que olvidan muchas veces algunos buenos artistas que por haber encarnado muy bien varias veces "La chica del gato", por ejemplo, ya se cree en el caso de andar toda su vida por la escena, con el gato a cuestas, aunque esté representando "Macbeth" o "Casa de muñecas".

PINTO

"LA TAZA DE CALDO" (Sociedad catalana de socorros a los necesitados), en el Liceo.

Ha tenido buena aceptación en el Liceo esta pieza de Vicente G. Reta en la que el autor presenta varias graciosas escenas a que da lugar la superchería de que se vale una modesta dueña de casa de pensión para hacer frente a las necesidades que le plantean los continuos déficits de sus balances domésticos. Va ligada a las situaciones referentes al conflicto económico, una desventura de amor sufrida por un pobre hombre que no es correspondido, pero que al cabo puede consolar sus penas casándose con la madre de la que le quitaba el sueño.

El asunto no es gran cosa y su desarrollo se ajusta a los procedimientos y recursos usuales en esta clase de piezas, que solo aspiran a proporcionar a un auditorio sencillo, una hora de fácil solaz.

Pierina Dealesi constituye el eje de la pieza, en torno de la cual giran María Esther Lerena, Amelia Bernabé, Susana Vargas, Mercedes Caus, Zárate Farnán, Lan-

da y Bello encarnando los demás personajes con vivacidad y eficacia.

"EL ESCANDALO DEL DIA" en el Comico.

Como estamos acostumbrados, demasiado acostumbrados a la vulgaridad y rutina de nuestro teatro por horas, es de sorpresa y de desconcierto la primera impresión que nos causa una pieza que no renega desde sus primeras escenas el solar propio de nuestros salones, que es el arrabal, o el campo propio de la clase media. El numeroso repertorio de esa clase de piezas, ha explotado ya casi todos los aspectos cómicos y sentimentales de tales medios, pero se insiste casi siempre sobre ellos, lo mismo que un fumador experto fuma siempre cigarrillos de la misma marca.

Por esto, nos produjo cierta inquietud en sus primeras escenas la pieza del epigrama, de Carlos César Lenzi. Acaso el autor penso que lo mismo iba a pasarle al público y, temeroso de comprometer el éxito de su concepción, la redujo a terminos comedidos y de claridad meridiana, que han estorbado el completo desarrollo de la idea del autor y le han hecho incurrir en ciertas formas técnicas de expresión que desvirtúan un tanto el alcance y mérito artístico de "El escándalo del día".

El conflicto explotado por el autor radica en los problemas de la doble personalidad que resulta, unas veces, del contraste entre nuestros actos y lo que los demás nos atribuyen y, otras, de nuestro modo de ser y las situaciones que nos crea la realidad. Así desfilan ante nosotros una mujer que se ha entregado a un hombre que no le gusta un donjuán que no consigue vencer a esa adúltera a pesar de que a ella le agrada y de que él pasa ante todos por su amante, un marido que se finge miope para no ver los trapicheos que le atribuyen a su mujer y otros cuantos tipos que viven fuera de su órbita natural.

Aunque, como hemos dicho, no se ha logrado en toda plenitud el pensamiento encerrado en la obra, resulta ésta interesante y fuera de lo común, logrando entretener al auditorio y divertirlo en muchos momentos franca y ruidosamente.

Merece muchos elogios la interpretación que dieron a la pieza los actores del Cómic, debiendo mencionar en primer término a Teresa Serrador, inteligente y simpática, y junto a ella en armónica colaboración Berta Gongloff, Leonor Rinaldi, Mercedes Delgado, Luis Arata, Carlos Bouhier, Rosinana, Varela y Arias.

MARINEROS AHOGADOS

La catástrofe ha ocurrido en el Marconi, en plena ciudad, como quien dice en dique seco. Es una catástrofe incruenta, un naufragio cuyas víctimas no serán lloradas por nadie. Si no se hubiera ya escrito "Los dramas del mar", éste que nos ocupa podría merecer ese título. Pero, no y mil veces nó. Este drama supera a todos. Es el drama de lo imposible, de lo absurdo, de lo metafórico. Una catástrofe

marina en la calle Rivadavia, llega a lo apocalíptico. Y sin embargo, ha tenido lugar en la forma sencilla en que ocurren las grandes cosas de la vida. Ni un grito, ni una queja, ni una lágrima. Tampoco han quedado rastros del desastre. Todo ha pasado como en un sueño o en una novela de Martínez Zuviría, que ya nadie lee.

Pues bien, digámoslo de una vez. Esos pobres marineros ahogados en seco, esas pobres víctimas desaparecidas sin dejar rastro ni causar penas, son "Los marineros" de Enrique Suárez de Deza que encallaron en el Marconi y perecieron modestamente, entre la indiferencia de los espectadores.

Fué únicamente de lamentar que la insigne actriz Concepción Olona celebrara su beneficio con un episodio tan lactuoso.

"TRIGO GUACHO", en el BUENOS AIRES.

Si fuera necesario buscar en cada obra la moraleja, diríamos que la de "Trigo guacho" de Pedro E. Pico, consiste en la exaltación de las fuerzas autónomas, por contraposición a la malignidad o a la cruel indiferencia con que las fuerzas nuevas, van aniquilando, en la acción sucesiva de los tiempos, la obra precursora de los "pionners" de la civilización.

El tema, como se ve, no es nuevo, pero es siempre interesante y no ha de perder cierta actualidad mientras no se produzca el total desarraigo de los diversos modos de la tradición, tarea larga y difícil por cierto.

Sobre esa base ha escrito Pico una pieza no muy clara en cuanto a la psicología y modos de proceder de los personajes en los conflictos que en la pieza se ventilan. No es clara en sus aspectos individuales y, sin embargo, el ambiente está reproducido con fidelidad y en toda la obra campea una sana y eficaz impresión de verismo.

El argumento es sencillo. Un hombre, fuerte de espíritu y de cuerpo ha dedicado su vida a despararramar sus fuerzas vitales por el terruño salvaje donde la casualidad lo hizo nacer. No solo ha ido depositando en él la fuerza de sus brazos, de sus iniciativas, de su carácter, sino también la de su ardiente temperamento, que le ha proporcionado nupcias salvajes en todas las rancherías y aún en todos los rincones propicios. Y al final de su vida activa y fecunda, en vez de cosechar los frutos preparados, solo obtiene el desengaño de los fracasos y de las traiciones. Pero en ese cuadro de desolación final, una joven que pasaba por hija suya, pero que en realidad no lo es, le brinda en su amor una exaltada compensación de sus tribulaciones.

Los tres cuadros en que se divide la pieza están bien contruidos y acusan un noble propósito de realización artística. Los diálogos son sobrios y expresivos, manteniéndose en toda la obra un interés que no decae en ningún momento.

Por todos conceptos es digna de encomio la actuación de la compañía de Enrique Muñio, empezando por éste, que dió vida y realidad al personaje central. Le secundaron con eficacia, las actrices Faluggi y Cornaro, y los actores Poestá, De Angelis y Coiro.

CARTERA DE ESTRENOS

—En el Nacional, "El sábado a la noche" de Alberto Vacarezza.

—Sillas de preferencia (ring side)", de Florencio V. Chiarello, en el Nuevo, por la compañía de Roberto Casaux.

—De Nicolás Evreinoff, en la Comedia, por De Rosas "La comedia de la felicidad".

—Por Muñio, "Tábanos", de Vicente G. Reta y Carlos V. Dumont, en el Buenos Aires.

—Angelina Pagano, "En nombre de Cristo", de Elías Castelnuovo, en el Ideal.

—Para los niños, por la compañía infantil del mismo teatro, "La venganza de la mariposa", de Adelia Carolina Alió.

—De Eduardo R. Beccar y Carlos Romeu, "Yo soy tu padre", por Díaz-Perdiguerro, en el Mayo.

DOS BUENOS DEBUTOS

Para estos días se anunciaba la presentación de la compañía mejicana "Montoya", en el Avenida y la de Casenave-Barreta, en el San Martín. De ambas nos ocuparemos detenidamente en el número próximo.

LO QUE SIGUE EN CARTEL

Se defienden valientemente: en el Argentino, la humorada "En Villa Bonete ha sonado un cohete" y en el Smart, "El teniente Peñalosa" y Locos de remate".

EL BUEN LADRON

El actor José Gómez es un ladrón, pero un buen ladrón, simpático, elegante, invencible. Daría gusto que todos los ladrones fueran como el ladrón que encarna Gómez en "Raffles", todas las noches ante el público del Ateneo.

EN EL POLITEAMA

La compañía Menichelli-Migliari-Pescatori prosigue con merecido éxito en el Politeama, su temporada, en la que se renueva el cartel vertiginosamente para complacer todos los gustos.

GRAND SPLENDID

Inmejorable programa en elegantísima sala, es siempre el lema de este acreditado cine, donde las funciones son verdaderas reuniones sociales de selecto público.

CAPITOL

Para la presente semana ha sido preparado un selecto conjunto de estrenos.

GLORIA

Este cómodo y distinguido salón de la Avenida de Mayo, ofrece siempre a su numeroso público las últimas novedades de la cinematografía universal, combinados en programas de la mayor amenidad.

CINE PARC

La sala más popular de Palermo sigue siendo favorecida por un selecto público de familias, que van a recrearse en los interesantísimos programas que ofrece tarde y noche.

Ultimas creaciones de la moda femenina



1 — Modelo Philippe y Gastón. — Traje para la tarde confeccionado en crespón Gergette rosa, adornado con bordado metálico de varios tonos. — Abrigo del mismo tono, ejecutado en muselina brochada con raso más oscuro. Cuello y vueltas de piel beige. — 2 — Conjunto compuesto de un abrigo de drapella color negro adornado con nervaduras y riscaliado con piel gris dorado. El trajecito guarnecido de blanco; botones negros circundados de oro.





Para servir con el te

El *Surtido Visitas* de *Bagley* le hará hacer un buen papel, señora. Sus amigas y convidados alabarán su buen gusto al paladear tan deliciosos bocaditos frescos, rellenos algunos con dulce de fruta y vainilla, obleas con crema otros, tentadoras y finas creaciones de *Bagley* todas, reunidas en un solo conjunto a propósito para tes, reuniones, lunches, etc. Conviene tener siempre provisión de estas ricas galletitas, pues las visitas se presentan a veces sin avisar.

GALLETITAS BAGLEY

SURTIDO VISITAS

